San Buenaventura,

**Soliloquio**

(en Experiencia y Teología del Misterio Julio Gómez Chao y Jesús Sanz Montes (ed.) BAC Madrid 2000, 80-184)

*PRÓLOGO*

1. *Doblo mis rodillas ante el Padre, de quien torna nombre toda fa­milia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloría, que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y co­nocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os va­yáis llenando hasta la total Plenitud de Dios* (Ef 3,14-19).

Con estas palabras, el apóstol Pablo, vaso de eterna elección (Hch 9,15), sagrario de divina santificación, espejo y modelo de contemplación, nos muestra el origen, el objeto y el fruto del ejercicio espiritual del alma 2. Este ejercicio del espíritu, para que sea piadoso y saludable, debe tener la potencia que confor­ta sobrenaturalmente, la sabiduría que lo gobierna y la clemen­cia que lo consuela. Entonces el alma devota, toda encendida en amor por la contemplación divina, dobladas las rodillas de la mente ante el trono de la bienaventurada e inescrutable Trini­dad llame humildemente y pida sabiamente la fuerza corrobo­rante de Dios Padre, para no sucumbir bajo el peso de la fatiga; la sabiduría reguladora de Dios Hijo, para no apartarse de la verdad, seducida por el error; la consoladora piedad y clemen­cia de Dios Espíritu Santo, para no desfallecer en la tarea. Por­que, en realidad, como nos dice Santiago en su carta: *toda dádi­va buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces* (Sant 1,17), y según san Agustín: «todo bien o es Dios o procede de él» 3. Justamente, pues, al comienzo de toda empre­sa buena será preciso invocar a aquel de quien originariamente procede todo bien, por quien todo bien ejemplarmente se pro­duce y al que todo bien vuelve finalmente. Y ésta es la Trinidad

' La mente es la parte superior del alma, desde la que Dios mismo nos va guian­do, iluminándola y orientándola directamente. Cf. SAN BUENAVEN TURA, *Itinerario* III, (p.29).

' SAN AGUSTÍN, *La doctrina cristiana,* 1, 31, 34. en *Obras completas* XV (BAC, 11968) 87; *La verdadera religión* 18, 35, en *Ohras completas* IV (BAC, '1976) 109

inefable, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a la que se refería el Apóstol en el texto citado.

1. En segundo lugar, el Apóstol presenta el objeto de este saludable ejercicio del espíritu. Objeto de la devota meditación espiritual deben ser propiamente las realidades interiores y ex­teriores, inferiores y superiores. Así pues, el alma piadosa, en su ejercitación meditativa, debe dirigir el rayo contemplativo pri­mero a su interior para ver cómo ha sido formada por naturale­za, deformada por la culpa y reformada por la gracia. Después, debe dirigirlo hacia las cosas externas, para comprobar qué inestables son las riquezas, qué mudables las excelencias terre­nas y qué miserables las grandezas del mundo. En tercer lugar, ha de volver la mirada de la contemplación a las cosas inferio­res, para entender la inevitable necesidad de la muerte humana, la rigurosidad del juicio último y la insoportabilidad de las pe­nas del infierno. Y en cuarto lugar, ha de dirigir el rayo contemplativo a las realidades sobrenaturales, aprendiendo y compren­diendo el valor inestimable de la felicidad celestial, la inefable bienaventuranza y la interminable eternidad de la dicha. Es ésta la cruz dichosa, acabada en cuatro puntas, en la que tú, alma devota, al meditar, debes encontrarte colgada con Jesu­cristo, tu dulcísimo Esposo. Este es el carro de fuego, de cuatro ruedas, en el que tú, tras tu fidelísimo Amigo, debes ascender, contemplando asiduamente, al Palacio celeste (2 Re 2,11). Ésta es aquella cuádruple región, oriental, occidental, septentrional y meridional, donde tú, ¡oh alma) cada día debes recorrer pere­grinando y, explorando, indagar y buscar a tu especialísimo Amado, hasta poder decir con la esposa del Cantar: *En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma* (Cant 3,1). Éstas son las cuatro verdades que el Apóstol menciona al decir: *para que*

*podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura* y *la longitud, la altura y la profundidad.*

1. En el tercer punto muestra el fruto de este saludable ejer­cicio. Tal fruto, si se realiza digna y loablemente, es la felicidad eterna, es decir, un estado óptimo, bellísimo y totalmente satis­factorio, en el que no se echa de menos nada. En tal estado «descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amare-

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos* 95

mos, amaremos y alabaremos» 4, por toda la eternidad y más allá (Éx 15,18), al que es bendito por los siglos. El Apóstol nos promete tal fruto cuando termina diciendo: *para que os vayáis lle­nando hasta la total Plenitud de Dios.* Tal plenitud divina la encon­traremos cuando: «el que sacia de bienes todos los anhelos será plenitud luminosa para la razón, torrente de paz para la volun­tad, presencia eterna para la memoria» 5. Entonces, realmente, Dios será *todo en todos* (1 Cor 15,28), «cuando se aleje de la ra­zón el error, de la voluntad el sufrimiento, de la memoria todo temor y les revele lo que esperamos: una maravillosa serenidad, una dulzura absoluta, una seguridad eterna» 6.

4. Impulsado por la conciencia, escribí este pequeño trata­do para los más sencillos, con sencillas frases de los santos, como diálogo en el que el alma devota, discípula de la verdad eterna, pregunta meditando y el hombre interior responde con el lenguaje del espíritu 7. Para alcanzar la inestimable contem­plación de la mente, volvamos de nuevo al principio, invocando humildemente al Padre de las luces, doblemos devotamente las rodillas del corazón delante del trono de la Majestad eterna, y delante del Solio de la indivisa Trinidad imploremos con lágri­mas y gemidos incesantes, para que Dios Padre, por medio de su bendito Hijo, en el Espíritu Santo, nos dé la gracia de ejerci­tamos espiritualmente y podamos así conocer *la anchura y la longitud, la altura y la profundidad* de su misterio, y llegar así has­ta él, que es término último y cumplimiento de todo deseo. Amén.

4 SAN AGUSTÍN, *XXII La Ciudad de Dios,* 30, 5, en *Obras completas* XVII (BAC, 4 1 9 8 8 ) 957ss.

5 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar, 11,* 5, en *Obras* V (BAC, 1987), 177.

6 SAN BERNARDO, ibid., 11, 6.

7 Encontramos en la literatura espiritual anterior algunos otros ejemplos como: SAN AGUSTÍN (Ps), *De cognitione verae vitae,* en MIGNE, *Patrologia Latina* (PL 40, 1006-1032); SAN ISIDORO, *Synonima de lamentatione animae peccatricis* (PL 83, 826-868); HUGO DE SAN VÍCTOR, *Soliloquium de arrha animae* (PL 176, 951-970).

CAPÍTULO 1

*CONTEMPLACIÓN DE LA REALIDAD INTERIOR,
DEFORMADA POR LA CULPA Y REFORMADA
POR LA GRACIA*

A) Preámbulo

1. PREGUNTA DEL ALMA. Dime, hombre, después de una devota invocación de la magnanimidad divina, de una humilde súplica a la sabiduría eterna y de una plegaria propiciatoria a la piedad y la clemencia celestial para obtener la gracia de ejercitarse en este cuádruple tema de meditación, en relación a la longitud, anchura, altura y profundidad del amor de Dios, ¿en qué orden debo comenzar para no desaprovechar tal ejercicio en caso de proceder, por ignorancia, de modo indebido? Por­que, como dice el dichoso san Ambrosio: «La ignorancia del or­den perturba la forma de los méritos», y también: «No podemos tener un conocimiento perfecto de la situación, cuando sabe­mos lo que debemos hacer, pero ignoramos el orden en que de­bemos proceder» s.
2. EL HOMBRE. Alma, sigue el consejo del bienaventurado Bernardo al papa Eugenio: «Comienza tu consideración por ti mismo, no sea que te ocupes de otras cosas y te olvides de ti» '. Y el mismo autor en sus *Meditaciones* escribe: «Hay muchos que saben muchas cosas, pero no se conocen a sí mismos; observan a los otros, pero se alejan de sí mismos; buscan a Dios fuera y abandonan su propia interioridad donde Dios se encuentra más íntimamente. Vuelva yo, pues, a las realidades interiores, y as­cienda de las inferiores a aquellas superiores, para conocer de dónde vengo y dónde voy, dónde me encuentro y quién soy, de

S SAN AMBROSIO, *Sermo 4 in Ps 118, vers.* 27, 12 (PL 15, 1311).

SAN BIRNARDO, II *Sobre la consideración, al Papa Eugenio,* 3, 6, en *Obras completas II* (BAC, 21994) 89.

modo que a través del conocimiento propio me eleve al conoci­miento de Dios» 10. E igual se expresa san Juan Crisóstomo, ha­blando sobre Mateo, cuando dice: «No es pequeña la parte de la Filosofía que afecta al conocimiento de sí» 11 . Y Ambrosio, *sobre el Hexaemeron,* dice: «Trata de saber cuánto vales, fíjate en ti mismo para ver lo que entra en tu mente y lo que sale de ella con la palabra» 12. «Examina, pues, tu alma, tu vida en una me­ditación cotidiana: Piensa atentamente en tus progresos y en tus vueltas atrás; considera tu conducta en hábitos y sentimien­tos; observa cómo te asemejas y te diferencias de Dios a un tiempo, qué cerca y que lejos estás de él. Ten por seguro que co­nocerte a ti misma es mucho mejor y más digno de alabanza que conocer el curso de los astros, las virtudes de las hierbas, la constitución del ser humano, la naturaleza de los animales y poseer toda la ciencia terrestre y celeste, pero ignorando tu ser. Entra, entonces, en ti misma, si no constantemente, de vez en cuando. Modera tus sentimientos, dirige tus actos, corrige tus pasos», dice Bernardo 13. Atente, alma, al consejo de los santos y dirige el rayo de la contemplación sobre todo a oriente, es de­cir, al examen de tu estado. Reflexiona atentamente con qué nobleza fuiste creada por el sumo Artífice en tu naturaleza, cómo por tu voluntad has sido viciosamente deformada por la culpa, y cuántas veces la bondad divina te ha restaurado por la gracia.

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos* 99

B) Con cuánta generosidad el alma fue creada por el
sumo artífice en su naturaleza

3. Piensa sobre todo con cuánta nobleza Dios te ha creado. Tu elevación natural consiste, creo, en que para tu belleza llevas impresa naturalmente la imagen de la Trinidad. Por lo que

10 SAN BERNARDO (Ps), *Meditationes piissimae de cognitione humanae conditionis,* I, 1 (PL 184, 485).

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homil. 25,* 4. Cf. MiGNE, *Patrologia Graeca* (PC 57, 332). También W. ESTRABÓN, *Glossa ordinaria,* ad Ex 4,10 (PL 113,194ss), que cita Origenes, *Homil. 3 in Ex.* (PC 12, 310s).

12 SAN AMBROSIO, *Super Hexaemeron,* VI, 8, 50 (PL 14, 278).

SAN BERNARDO (Ps), *Meditationes* IV, 14 (PL 184, 494)

Anselmo escribe en el *Proslogio:* «Reconozco, Señor, y te doy gra­cias que has creado en mí esta imagen para que me acuerde de ti, para que piense en ti, para que te ame» 14. Y san Bernardo, en las *Meditaciones:* «Según el hombre interior, descubro en mí tres co­sas por las que honro, contemplo y deseo a Dios, que son la me­moria, la inteligencia y la voluntad. Así, cuando recuerdo a Dios me deleito en él, ya que *mejor que el vino son tus amores* (Cant. 1,2). Con la inteligencia percibo cómo es inaferrable, porque está en el principio y el fin; qué deseable a los ángeles, que *ansían contem­plarlo (1* Pe 1,12); qué deleitable a todos los santos que lo gozan continuamente; qué admirable para todas las criaturas, ya que crea todo con potencia, lo gobierna con sabiduría *y* lo rige con bondad» 15. Intuyendo todo esto, le deseo. «Amando a Dios con la voluntad, me voy transformando en él», dice Bernardo 16. Admite, alma mía, qué admirable e inestimable dignidad la de ser no sólo vestigio, como cualquier otra criatura, sino imagen del Creador, lo que únicamente es propio de la criatura racional. *Alaba,* pues, alma mía, *al Señor, alaba a tu Dios, Sión* (Sal 147,12). «Despierta y glorifica, exulta y goza, porque has sido sellada con la imagen de Dios, adornada con su semejanza, participas de su razón y puedes alcanzar la eterna bienaventuranza» '7,

4. En segundo lugar, considera que, aunque estas realidades se podrían juzgar, no sin razón, como de poco valor, si acabaran con la muerte, exulta y alaba a Dios que junto a las cosas predi­chas te dio una naturaleza inmortal, una sustancia incorruptible, una permanencia interminable, una vida eterna. San Agustín, en el *Tratado de la Trinidad,* enseña: «No serías imagen de la Trini­dad eterna si estuvieras recluida en los confines de la muerte» 18.

hl SAN ANSELMO, *Proslogio, 1,* en *Obras* I (BAC, 1952), 365.

15 SAN BERNARDO (Ps), *Meditationes 1,* 1 (PL 184, 485).

16 SAN BERNARDO (Ps), *caritate* XVIII, 61 (PL 184, 614); Huco DE SAN

VICTOR, *De anha anime* (PI, 176, 951 ss). También SAN AGUSTÍN, *XIV La Trinidad,* 8, 11, en *Obras completas* V (BAC, 41985), 789s.

'7 SAN BERNARDO (Ps), *Meditationes* III, 7 (PI, 184, 489).

la SAN AGUSTÍN, *XIV La Trinidad,* 4, 6, en *Obras completas* V (BAC, 4 1 9 85 ) , 775: «No será un día imagen de Dios la trinidad que ahora no lo es, ni lo es tampoco la que entonces dejará de ser imagen de Dios: es necesario buscarla en el alma racio­nal e intelectiva del hombre, imagen del Creador, injertada en su inmortalidad in­mortalmente». Cf. AGUSTÍN (Ps), *De spiritu et anima,* 18 (PL 40, 793s).

«Advierte, alma, que el Creador, después de la simple existencia, te dio la belleza, te dio el ser perenne, y te dio el don de vivir, sen­tir, discernir, te adorné con los sentidos, te enriqueció con la sa­biduría». «Mira, pues, tu belleza para que comprendas qué belle­za debes amar. Y si te ves insuficiente para considerarte a ti mis­ma como conviene, ¿por qué no examinas con el juicio de otro algo de lo que debes valorar? Tienes a tu Esposo: aunque tu du­dases de tu propia belleza, podrías saber que el Hijo de Dios, tan singular, tan bello, tan perfecto, no habría reparado en tu aspec­to si no lo hubiese atraído tu especial hermosura, admirable so­bre cualquier otra», escribe Agustín 19.

5. Pero quizá estas verdades, alma ingrata, son todavía po­cas. Entonces escucha, en tercer lugar, qué admirable dignidad encierra el hecho de que seas tan sencilla que nada puede habi­tar en la casa de tu mente, nada puede poner en ella su morada, sino la misma simplicidad y pureza de la Trinidad eterna. Esto dice el Esposo: *El Padre y yo vendremos a él y haremos morada en él* (Jn 14,23), y en otro sitio: *Baja pronto, porque conviene que hoy me quede yo en tí, casa* (Le 19,5). Nadie puede penetrar en tu mente, sino Dios que la creó. El, como dice san Agustín, se muestra en el ser más íntimo de tu parte más interna 20. Alégrate, por tan­to, alma dichosa, de poder recibir huésped tan insigne. San Ber­nardo exclama- «¡Feliz el alma que purifica cada día su corazón, para ser digna morada de Dios! Resulta colmada de todo bien, porque tiene en sí al Autor de todos los bienes 21. ¡Cómo es ver­daderamente feliz el alma en la que Dios encuentra reposo!, porque puede decir: *El que me creo dio reposo a mi tienda* (Eclo 24,8) , porque a esta alma no le será negada la habitación celes­te», habiéndola preparado ya en la vida terrena. Hasta aquí Ber­nardo 22. Alma, ¡qué codiciosa eres si no te basta la presencia de

19 SAN AGUSTÍN, *De diligendo Deo,* 6 y 4 (PL 40, 851s); Hugo de SAN Vict0R, *De arrha animae* (PL 176. 960 v 954).

2° SAN AGUSTÍN, */// Confisiones,* 6, II, en *Obras completas* 11 (BAC, 91999) 407: «Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntima mío y más elevado que lo más sumo mío». También la, *VIII Del Génesis a la letra,* 36, 48. *en Obras completas* XV (BAC, 11969) 812.

1L SAN BERNARDO, *En la dedieación de la Iglesia,* serm. 2, 2, en *Obras* IV (BAC, 1986) 585.

12 SAN BERISMUJO, *Meditationes,* 1, 2 (PL 184, 486).

tal Huésped! Porque es tan generoso que te comunicará todos sus bienes, tan amable que te enriquecerá con sus dones. Efecti­vamente, de ningún modo podría presentarse un príncipe tan grande, si dejase necesitada a quien le hospeda. «Adorna, en­tonces, tu tálamo para recibir a Cristo tu Rey» 23, que en su pre­sencia exultará y se alegrará toda la familia. ¡0h sentencia de verdad maravillosa y sumamente admirable! «Un rey cuya belleza admiran el sol y la luna» 24, cuya grandeza veneran el cielo

la tierra, cuya sabiduría ilumina los tropeles de espíritus celes­tiales, cuya clemencia sacia a todos los bienaventurados: al­guien así y tan grande, alma, desea tu hospitalidad, apetece y busca más tu cenáculo que su Palacio celestial. *Sus delicias* son, pues, *estar con los hijos de los hombres* (Prov 8,31).

1. Y si todo esto no te empuja todavía a alabar al Creador, di­rige el rayo de la contemplación al cuarto beneficio, reconociendo que tu capacidad para ambicionar es tal que ninguna criatura por debajo de Dios puede satisfacer este deseo. Dice Hugo de San Víc­tor: «Todo gozo, toda suavidad, toda belleza de las criaturas pue­de ocupar el corazón humano, pero no saciarlo» 25. Y san Ansel­mo: «Toda la riqueza que no sea Dios, para mí es pobreza» 26. «En realidad —dice san Gregorio en su *Moral—,* al alma humana, he­cha para alcanzar a Dios, le deja insatisfecha cualquier cosa que sea inferior a Dios: no le basta, justamente, porque no es Dios» 27.
2. De tal modo, alma, has visto ya suficientemente cuán loable es tu nobleza. Dirige ahora el rayo de tu contemplación al dominio que posees sobre las restantes criaturas, igualmente admirable. Hugo de San Víctor, en el *De arrha animae,* escribe: «Alma mía, ¿qué te ha dado tu Esposo? Observa este mundo: todo ser natural está dirigido al servicio de tu utilidad y para sa‑

*Misal Romano, Fiesta de* la Purificación (2 de febrero), antífona.

9 *Breviario Romano.* Memoria de santa Inés (21 enero), tercer nocturno antífona I. Cf. *Epistolae ex Ambrosianarum numero segregata, 11 3* (PL 17, 814).

25 Hugo DE SAN VICTOR, *In Erclesiasten4* homil. 2 (PL 173, 142).

26 SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 14, 2, *en Obras II (BAC, 1953) 383:* «Aquéllos descienden de la plenitud de Dios, éstos de mi miseria»- También SAN AGUSTIN, *XIII Confiniones,* 8,9, en *Obras completas* 11 (BAC, 91999) 911: «Toda abundancia mía que no es mi Dios, es Indigencia». Cf. SAN BUENAVENTURA, *La tri- ple vía,* 111, 4 (p.82s).

27 SAN GREGORIO, *XXVI Moralia in Job, 44, 79* (PL 76, 395).

lir continuamente al encuentro de tus deseos, adecuándose convenientemente a los períodos de tiempo» 28. Observa, alma mía, y considera atentamente como tu Creador, tu rey, esposo amigo ha puesto el universo a tu servicio. Así los ángeles purifi­can e inflaman tu afecto, iluminan y conforman tu entendi­miento, perfeccionan v custodian tu ser. Y es tanta la dignidad de poseer tales maestros, consoladores, protectores. Así Bernar­do exclama: «¡Alma, si tú pudieses ver con cuánto contento y regocijo nos acompañan cuando oramos, están presentes mien­tras meditamos, con cuánto amor nos sostienen en el bien, con qué deseo nos aguardan y esperan nuestra salvación!» 29. El cie­lo te sirve con su movimiento, las estrellas con su influjo, el sol te procura el día, la luna te ilumina la noche, el fuego templa el frío del aire, el aire te mitiga la calidez interna del fuego, el agua limpia y purifica, te quita el ardor de la sed y fecunda el vigor de la tierra. La tierra, por fin, te sostiene con su solidez, con su fer­tilidad te sustenta y te deleita por su amenidad. He aquí, alma, que has dado un breve repaso por los seres singulares, de lo más ínfimo a los superiores, *y* has descubierto cómo por divina dis­posición «toda criatura dirige su curso al fin preciso de servir tus necesidades, saliendo al encuentro de tus deseos» 39. «Procura, pues, alma mía, mantenerte como esposa fiel y no convertirte en adúltera, por amar más los dones de tu benefactor que el afecto del amante» 31. San Agustín, en sus *Confesiones: «Ay* de ti si te pierdes en sus huellas, si amas su rastro en vez de él, pen­sando en un deleite temporal, en lugar de advertir aquella luz beatísima que es inteligencia del corazón puro y cuyos vestigios y rastro son el adorno de toda criatura» 32. Acaso *si no sabes, toh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas* (Cant 1,8),

28 Huco DE SAN Vícroa, *De arrha animae* (PL 176, 955).

29 SAN BERNARDO, *Meditationes,* 6, 16 (PL 184, 495s).

:30 Huco DE SAN Víctor, ihid.

6 Huco DE SAN Víctor, *De arda animae* (PL 176, 955).

:42 Este texto corresponde más bien a SAN AGUSTÍN, *II El libre* 16, 43, en

*Obras completas III* (BAC, 51983) 383: «JAy de aquellos que te abandonan a ti, que eres su guía, oh luz divina, y se extravían en tus caminos, que aman tus huellas en vez de amarte a ti mismo, y que se olvidan de tus enseñanzas! iOh dulcísima luz, sabiduría del alma pura! Tú no cesas, en efecto, de insinuarnos cuál es tu naturale­za y cuán grande cosa eres, y que tus huellas son la hermosura de las criaturas».

es decir, de las criaturas irracionales, que son vestigios de tu Creador; y tú, en verdad, el espejo de la beatísima Trinidad, con lo que se comprueba lógicamente que eres la más digna y más excelente de todas las criaturas 33. Y *lleva a pacer a tus cabritas junto al jacal de los pastores* (Cant 1,8), o sea, dirige tus pensa­mientos a los coros de los ángeles, a los que en parte te asemejas por naturaleza *Y* con quienes tendrás parte en la Gloria.

8. EL ALMA. Ya he estado bastante en silencio, he callado demasiado. Ahora estoy obligada a confesar con vergüenza y sonrojo y decir que he conferido bien poco mi amor a tal digni­dad ¡Infeliz y mísera de mí! Demasiado indigna e irreverente­mente me prostituí, y he vivido vana y negligentemente. En verdad confieso, como Bernardo, que «cuanto más perfecta­mente considero mi dignidad, más me confundo y ruborizo por la vida degenerada que he llevado» 34. Temo que mi culpabili­dad sea más grave por cuanto más elevada y noble es mi condi­ción 35. Me horroriza pensar que la gravedad de la ofensa es ma­yor cuanto mayor es la excelencia del ofendido. Inmenso el mie­do que me produce que la injuria es tanto peor cuantos más los beneficios de aquel a quien se infiere tal agravio. ¡Ay, Señor Dios mío! De la dignidad de la esencia deduzco la vileza de mi maldad, de la belleza de la naturaleza reconozco la monstruosi­dad de la culpa, del recuerdo de los bienes recibidos comprendo la ingratitud de mis desmanes. ¡Ay de mí, miserable! Por fin veo, al fin entiendo que «todo cuanto hemos recibido para vivir, hacemos que nos sirva para pecar... De la tranquilidad de la paz en que nos dejan los hombres nos valemos para mantenernos en una falsa seguridad; preferimos peregrinar en la tierra más bien que vivir ya de asiento en la patria; hacemos que la salud del cuerpo sirva a los vicios; empleamos la abundancia de bie‑

33 Sobre la diferencia entre «vestigio» y «espejo» (o «imagen») en san Buenaven- tura ver: *Itinerario II,* 11 (p.26) y III, I (p.29).

34 SAN BERNARDO, Sermones *sobre el Cantar,* 81, 1, en *Obras completas* V (BAC, 1987) 1001: «Ea, comencemos esta aclaración para que cuanto más plenamente conozca el alma su origen, se avergüence más de llevar una vida degenerante».

" SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de 5. luan, 110,* 7, en *Obras completas XIV (BAC,* 1957) 645: «Por qué no hemos de ver que tanto más condenable fue su culpa cuanto era su naturaleza más excelente?».

nes en atender, no a la necesidad, sino a ilícitos placeres; y obli­gamos a la serenidad apacible de la atmósfera a que nos sirva para entregamos a los deleites terrenales. Con razón se sigue que nos hieran a una todas las cosas que, malamente emplea­das, servían a nuestros delitos», así escribe san Gregorio 36.

1. EL HOMBRE. Ahora advierto de algún modo, alma, que tu pensamiento es bueno. De tus palabras deduzco que no ha sido vana mi recomendación. Parece que has sido iluminada un poco por la claridad divina, impulsada por el contacto con la verdadera luz. Porque afirma san Gregorio en su *Moral 37:* «quien es iluminado por el flujo de la verdadera luz llega a cono­cer abiertamente qué es la justicia y, en consecuencia, también cuál es la culpa que le ha cegado. Por consiguiente, cuanto más se elevan los santos a Dios por la perfección de las virtudes, tan­to más sutilmente se descubren indignos, va que, al acercarse más a la luz, aprecian en sí todo aquello que les quedaba escon­dido». Hasta aquí san Gregorio.

C) Cuán voluntariamente la culpa ha deformado
el alma

1. Entonces, alma, si, alcanzada por la luz de la verdad has descubierto tu dignidad hasta ahora desatendida, si te das cuenta de la culpa con la que has ofendido al Creador, al ver de qué noble naturaleza has sido creada, considera en este mo­mento qué infelizmente fuiste deformada por el pecado. «Pien­sa, alma desgraciada y miserable, en este enorme delito, alzan- do al cielo tu grito *y* tu lamento. ¡Piensa lo que hiciste, alma traidora de Dios, adúltera de Cristo! Has abandonado en el cie­lo a tu casto amante, despreciaste a tu Creador, repudiaste al Esposo, avergonzaste a tu Dios, has tratado con irreverencia a tu santo ángel custodio. Eras templo de Dios, esposa de Cristo, sagrario del Espíritu Santo. ¿Por qué este imprevisto y sorpren­dente camblo? De virgen consagrada a Dios te has convertido

SAN GREGORIO MAGNO, II *Homilías sobre los Evangelios, 35, 1,* en *Obras* (BAC, 1958) 725,

SAN GREGORIO, *XXII Moral.* 1, 1 (PL 76, 632).

en corrupción satánica, de esposa de Cristo en meretriz detesta­ble, de morada del Espíritu en antro del diablo», dice san Ansel­mo en su *Llanto por la virginidad perdida* 38. Piensa, alma, por cuánto has vendido tu decoro, a cambio de qué has envilecido tu honor, por quién has afeado de tal modo tu rostro, qué ina­preciables bienes vendiste por tan mísero precio.

EL ALMA. Reconozco, hombre, que dices la verdad y que me regañas con razón por tantas transgresiones.

1. EL HOMBRE. Alma, ¿por qué, pues, te privaste de tan­tos bienes? ¿Por qué te has despojado tan inútilmente de tantos honores? ¿Por qué descuidaste las buenas obras? ¿Por qué de­jaste pasar tantos años, tantos días, tantas horas sin fruto? Dice a este propósito Bernardo: «¡ Oh Señor mío, cuánto tiempo dejé pasar, como veo, viviendo vanamente! ¿Cómo podré subsistir en tu presencia? ¿Cómo podré alzar la cabeza durante aquel gran y terrible examen, en el que tú me mandarás contar todos mis días, pidiéndome el fruto? ¡ Señor, Dios mío!, ¿por qué dejé de dirigir a ti mi corazón en todo momento, de abrazarte con toda el alma, de deleitarme con tu dulzura? ¿Dónde estaba mi vida interior cuando no estaba contigo, pues toda criatura reci­be de ti cuanto tiene de deseable, loable y deleitable?» 39.
2. EL ALMA. ¡Ay, Señor! Ahora entiendo, aunque me avergüenzo de confesarlo: el aspecto y la belleza de las criaturas engañó mi vista y no me di cuanta que tú eres el más bello de to­dos los seres, a los que has comunicado sólo una gota de tu inesti­mable belleza. Pues ¿quién si no adornó el cielo de astros, el aire de volátiles, el agua de peces y la tierra de plantas y flores? 4°.

38 SAN ANSELMO. *Oraciones y meditaciones,* 21, en *Obras completas* II (BAC, 1953) 42s: «10h alma mía, alma oprimida, alma miserable de un pobre y desgraciado hombre!, sacude tu torpor, examina tu pecado... recuerda la enormidad de tus fal­tas y que mi corazón prorrumpa en rugido de espanto. Alma pérfida con Dios, perjura a Dios, adúltera a Cristo, desde las alturas sublimes de la virginidad te has pre­cipitado voluntariamente como una miserable *en* el abismo de la fornicación. ¿No eres la misma que en otro tiempo fue desposada con el Rey de los cielos? Audaz­mente te has prostituido con el verdugo de los infiernos, ¡Ay! Arrojada de Dios, lanzada al demonio. Qué cambio tan lastimoso! ¿Qué has hecho? Has abandona­do a tu casto amante del cielo para seguir al infierno a tu odioso corruptor...».

8 Esta cita no se encuentra en Bernardo, sino en SAN ANSELMO, *Meditatio,* 13 (PL 158,776). Cf. LORENZO JUSTINIANO, *De incendio divini amorls,* 6. *Opera Omnia* II (Venecia 1751/ reimpr. 1982) 467ss.

¿No fuiste tú, Padre clementísimo? Por ti fue adornada la multi­tud de espíritus celestiales de variados dones. ¿No arden por ti de amor los Serafines y los Querubines resplandecen de sabidu­ría? ¿Juzgan los Tronos por los dones que tú les has dado y las ín­clitas Dominaciones ejercitan su dominio por tu encargo? ¿Los Principados no presiden por tu gracia y las Potestades no impi­den la maldad de los demonios por tu fuerza? Las Virtudes ¿no operan prodigios en virtud de tu poder? ¿No anuncian los Arcán­geles, a tus órdenes, los grandes designios de manera más impor­tante, como los Ángeles aquellas cosas menos importantes a los más pequeños? Y ¿qué es todo esto sino sólo una chispa que salta de tu belleza? (Jesús bueno, fuente de tan universal belleza, ten piedad de esta miserable que tan tarde reconoció tu hermosura, que tan lentamente ha llegado a amarte 41, por lo que tan des­venturadamente estuvo extraviada!

13. También la dulzura de las criaturas llevó mi gusto al en­gaño. No me di cuenta que tú eres más dulce que la miel. Por­que tú has dado a la miel y a toda criatura su propia dulzura, o mejor dicho, la tuya. Pues toda dulzura, oh Amado, que existe en las criaturas no es sino una pequeña muestra de aquella *que reservas para los que te temen* (Sal 30, 20). Así, observándola bien, la dulzura de todas las criaturas no hace más que invitar a tu dulzura eterna. ¡0h Jesús, fuente de dulzura y de piedad eter­nas! Perdóname si en las criaturas no he reconocido ni gustado con el afecto interior del espíritu tu inestimable suavidad y tu piedad tan dulce como la miel. Anduve errando mísera y sacié hasta ahora mi alma con las algarrobas de los cerdos (Lc 15,16). ¿Ay de mí, que temo que nunca me he alimentado con el pan de los hijos! Así he permanecido siempre hambrienta y famélica entre las delicias del mundo. Afirma san Gregorio: «Como no queremos gustar interiormente la dulcedumbre que tenemos dispuesta, nos hallamos tan a gusto hambreando, ¡oh míseros!, las delicias exterlores» 42. ¡0h dulcísimo Jesús, ahora compren‑

Is SAN ANSELMO, ibid., 774.

It SAN AgustiN, *X Confesiones* 27, 38, en *Obras completas II (BAC, '11999)* 751: al Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, larde te amé!».

42 SAN GREGORIO, II *Homilías sobre los Evangelios,* 36, 1, en *Obras* (BAC, 1958) 732.

do que toda dulcedumbre contraria a ti me supo a aflicción y miseria! San Agustín enseña el sus *Confesiones:* «Porque tú, pia­dosísimo Dios, siempre estabas a mi lado, ensañándote misericordiosamente conmigo y rociando con amarguísimas contra­riedades todos mis goces ilícitos para que buscara así el gozo sin pesadumbre y, cuando lo hallara, en modo alguno fuese fuera de ti, Señor» 43. Pero no comprendí esta enseñanza y me desvié; sin embargo, en cada placer reprobable he temido el traidor, el acusador, el reprensor; temí algunas veces el susurro de la con­ciencia, muchas más el horror de la infamia, otras el miedo del infierno. Y sin embargo, pobre de mí, ¡ entre tantos tormentos no cambié mi voluntad!

a SAN AGUSTIN, *11 Confesiones,* 2, 4, en *Obras completas II* (BAC, 1999) 493

1. También engañó mi olfato el olor de las criaturas; ignoré que *la fragancia de tu perfume,* buen Jesús, *supera todos los bálsamos* (Cant 4,10). Jesús bueno, fuente aromática, con la suavidad del *olfato de tus perfumes, llévame en pos de ti, ¡corramos!* (Cant 1,4).
2. Incluso el sonido falaz de las criaturas engañó mi oído; no sabía *qué dulce al paladar* (Sal 118,103) de tus elegidos son tus palabras; qué suaves tus consejos en los oídos de tus amigos; qué ligeros tus preceptos en manos de tus santos. ¡0h Jesús, fuente de sabiduría, autor de la ciencia, sembrador de castos consejos, hazme sentir al menos ahora tu voz, *déjame oír tu voz, porque tu voz es dulce!* (Cant 2,14). Con cuánta amargura recuer­do cómo, ilusa de mí, fui seducida por la voz de los que cantan y dicen: *Venid, disfrutemos de los bienes presentes, gocemos de las criatu­ras con el ardor de la juventud, coronémonos de rosas antes que se mar­chiten, que no se nos pase ninguna flor de primavera. Hartémonos de vi­nos exquisitos y de perfumes, dejemos por doquier constancia de nuestro*

*regocijo* (Sab 2,6-9). Hice caso de esta voz sin advertir ni darme cuenta que tales cosas *vanidad son y cosa ridícula* (Jer 10,15). Pues todo ello, y cosas semejantes, pasan deprisa y se desvane­cen como sombras. ¿De qué sirvieron semejantes frivolidades a quienes las buscaron? *¡Qué fruto cosechasteis de aquellas cosas que hoy os avergüenzan?* (Rom 6,21).

16. Pero en tales desviaciones tú, amadísimo Dios, perma­necías a mi lado; escuché con frecuencia tu voz, pero no atendí; sentí tu inspiración saludable, pero no quise seguirla. ¡Cuántas veces me sugeriste el saludable consejo: has pecado, reflexiona, detente y avergüénzate! Pero yo, miserable, imitando a san Agustín en las *Confesiones,* respondí alguna vez con palabras in­dolentes: «Ya, Señor, en seguida, espera un poco, en seguida me alejaré de mi vanidad, pronto me arrepentiré de mi maldad, de­jaré todo lo fútil y mundano. Pero, ¡ ay de mí!, aquel poco y aho­ra se prolongaban sin término» 44. Y añade: «Muchos, sin aten­der a la voz de Dios, se pierden eternamente y permanecen para siempre en sus pecados. Sienten, sí, la voz de la inspiración in­terior, pero no corrigen su propia vida, diciéndose: mañana, mañana; pero la puerta de pronto se cierra y el pecador se que­da fuera del arca de la Patria celestial graznando como el cuer­vo, por no haber querido gemir como paloma por sus peca­dos» 45. Y dice Gregorio: «¡Cuántos se hundieron aún más en sus pecados por una aparente felicidad, cuántos se volvieron in­capaces por una tranquilidad prolongada, porque el maligno enemigo les hirió más gravemente cuanto más se dilataron en ese estado de negligencia espiritual!» 46. Y añade todavía: «A quienes Dios tolera el mayor tiempo posible para que se con­viertan, luego los castiga también con mayor rigor» 47.

44 SAN AGUSTÍN, *VIII confesiones.* 5, 12, en *Obras completas II* (BAC, '1999) 625: «No tenía yo qué responderte cuando, mostrándome por todas partes ser verdad lo que decías, no tenía va absolutamente que responder, convicto por la verdad, sino unas palabras lentas y somnolientas. Ahora, en seguida, un poco más. Pero ese ahora no tenía término y ese poquito más se iba prolongando».

44 SAN AGUSTÍN, *Sermón* 82, 11, 14, en *Obras completas* VII (BAC, 41991) 62Is: «Temer a Dios y no enmendarse al oír sus palabras viene de imaginarse una larga vida por delante. Eso pierde a muchos hombres, pues mientras dicen: "dras, cras" (mañana, mañana), se les cierra la puerta súbito. Estense graznando afuera como los grajos, no como la paloma. C*ras, cras,* dicen los cuervos. La paloma gime. Gol­péate el pecho; mas enmiéndate, no sea que golpees la conciencia con los puños y, en vez de corregirte, le des consistencia. Gime, pues, pero no gimas en vano». In., *Enarraciones sobre los Salmos,* 102, 16, en *Obras completas* XXI (BAC, 1966) 701; ID., *Sereno 224,* IV, 4 (PL 38, 1095).

" SAN GREGORIO, *XXXI Moralia,* 43, 84 (PL 76. 619).

17 SAN Gregorio MAGNO, *I Homilías sobre los Evangelios,* 13, 5, en *Obras* (BAC, 1950) 587: «pues a los que aguanta por mucho tiempo para que se conviertan, si no se convierten les castiga con mayor dureza». Cf también ID., *XVI! Moralia* 6, 8 (PL 76, 13).

 Pero para manifestarte, hombre, más exactamente la historia de mi infelicidad, confieso que todas estas cosas toda­vía no bastaban para m¡ desgracia: para colmo de desventura, ay, el atractivo de la carne engañaba miserablemente a ultran­za mi tacto. Ignoraba, Jesús bueno, la suavidad de tu abrazo, la santidad de tu contacto, la delicia de tu cercanía. Porque «cuando te amo, estoy limpia; al tocarte, soy casta; acogiéndote, soy virgen» 48. Tu abrazo, dulcísimo Jesús, no mancha, sino purifica; tu contacto no ensucia, sino santifica. ¡0h Jesús, fuente universal de dulzura y suavidad! ¡Qué deleite, honesto y gozoso, cuando pasas *el brazo izquierdo* de tu sabiduría eterna y del conocimiento *bajo mi cabeza,* es decir de la razón, y con *el derecho,* de tu divina clemencia y de tu amor, *me abrazas* en mi voluntad! (Cant 2,6; 8,3). ¡Ay de mí, miserable!, ¿quién ha po­dido experimentar jamás la dulzura, suavidad y deleite de re­posar en los brazos de un tal Esposo, y dormir tan felizmente entre los besos de tan gran rey y amigo? El alma devota ha de sentir tal dulzura cuando dice entre suspiros: *¡Que me bese con los besos de su boca!* (Cant 1,1). *¡Ah, si fueras tú, hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre! Podría besarte al encontrarte afuera, sin que me despreciaran. Te llevaría, te introduciría en la casa de mi madre y tú me enseñarías* los preceptos del Señor (Cant 8,1s).

1. Pero, Señor mío, si estas verdades son ya así dulces para quien las medita, ¡cuánto más a quien las prueba! Si tan suaves resultan para quien las lee, ¡cuánto más no resultarán para quien las experimenta con su afecto! Así san Agustín suplica: «Hazme gustar interiormente, mediente el amor, mi dulce Je­sús, aquello que gusto exteriormente con la inteligencia» 0. Traspasa, pues, Jesús dulcísimo, con tu amor incomparable­mente salvífico la intimidad de mi espíritu, para que de verdad arda, languidezca, se derrita y desfallezca únicamente por de­seo de ti, ansíe *partir y estar contigo* (Flp 1,23) y tenga siempre hambre de t¡, pan divino *bajado del cielo* Qn 6,41). Que tenga sed de ti, fuente de vida, manantial de luz eterna, torrente de verda‑

*" Epistolae ex A,mbrosianarum numera segregatae,* 1. 3 (P4 17, 814). 49 SAN AGUSTÍN (Ps), *De contritione cordis,* 2 (PL 40, 944

dera delicia (Sal 35,9s), siempre tienda hacia ti, te busque y te encuentre para, en ti, finalmente descansar 5°. Pero ¿qué locu­ra, qué infernal furia me retuvo tanto tiempo lejana de tales consolaciones inmensas de mi espíritu, de estos gozos divinos y deseables encuentros? Te ruego, hombre, dime: ¿cuál es la cau­sa de tanto mal, la razón de tales peligros, la ocasión de un daño semejante?

1. EL HOMBRE. Veo, alma, que fatigada ya de tus afanes, atormentada por tus dolores, no sabes a quién atribuir la causa de tanto daño. Escucha entonces, te ruego, con atención para intentar manifestarte la causa de tanto mal, señalando la oca­sión del mal sufrido. Llevas contigo un enemigo, un mal amigo, un adversario cercano, que te ha devuelto males por bienes (Mt 10,36; Prov 17,13) y que, más cruelmente bajo la apariencia de la amistad, te ha privado de estos bienes y de otros infinitos. Tal enemigo, sin querer ofenderte, es tu carne infeliz y misera­ble, pero para ti tan dulce y querida. Cuando tú la mimabas, te erigiste en contra un terrible enemigo; cuidándola, has armado a tu feroz adversario; adornándola con variados y preciosos ves­tidos, te has desnudado tú misma de tus galas interiores, igno­rando cuanto dice Gregorio en sus *Homilías:* «Mientras los pla­ceres de la carne tienen vida efímera, el espíritu será atormen­tado y gemirá eternamente» 51; en cambio, «cuanto más dominamos las pretensiones de la carne, más se alegra el espíri­tu con las promesas del cielo» 52. Es tanto el daño que nos has procurado que no puedo menos que reprenderte ya tanta mal­dad, por cuanto hasta ahora he guardado peligrosamente silen­cio. «Conozco, alma —dice Bernardo—, alguno que vivió conti­go muchos años, se sentó a tu mesa, cogió el alimento de tus manos, durmió en tu seno y habló contigo las veces que quiso. Es tu siervo por derecho de herencia, pero como lo has criado con demasiado regalo y le evitaste toda corrección, *ha alzado*

50 Estas expresiones pertenecen a la forma primitiva de las oraciones para des­pués de la Misa y que el autor del *Stimulus amoris,* atribuido a san Buenaventura, amplía en el segundo prólogo.

5L SAN Gregorio, *X Morlía* 24, 42 (PL 75, 944).

n SAN Gregorio, XXXI *Moralia.* 38, *77* (PL 76, 615).

*contra mí su tallón* (Jn 13,18; Sal 40,10) y te ha sometido» )3. Y añade: «Oh alma miserable *y* desgraciada, *¿quién te librará de esta aflicción?* (Tob 3,6.11.15). ¡ Que se alce Dios *y* caiga el asaltante, que sea deshecho el enemigo despreciador de Dios, amigo del mundo, adorador diabólico! ¿Qué te parece? (Mt 26,66). Si juzgas rectamente, creo que dirás conmigo: *Es reo de muerte, ¡crucifícalo!* (Mt 27,23). No disimules, no aguantes, no lo perdones: cruci*fícale!* (Mc 15,13). ¿En qué cruz? En la cruz de nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra salvación, vida *y* resurrección» 54. Hasta aquí Bernardo.

Piensa, pues, alma, en tus orígenes; según dice él mismo en las *Meditaciones,* piensa que has sido «sellada con la imagen de Dios, adornada con su semejanza, esposada en la fe, dotada con la esperanza, elegida por caridad, redimida en la sangre del Señor, partícipe de la razón, capacitada para la eterna bienaventuranza. ¿Qué te aprovecha la carne, por quién padeces todo esto? Si observas atentamente todas las condiciones físicas, lo que echa por las narices *y* lo que sale por otros orificios del cuerpo, has de admitir que nunca has visto inmundicia tan detestable. Si quisieras enumerar todas sus miserias, viéndola tan cargada de pecados, agitada de de‑ seos, llena de pasiones, seducida de ilusiones, colmada de con‑ fusión, cubierta de vergüenza, no entenderías qué puedes ver en ella que no sea sucio e inmundo» 55. Y añade aún: «¡Avergüénzate, alma mía, de haber cambiado la semejanza divina por otra animal; avergüénzate de haber preferido el cieno, tú que eres del cielo!» 56.

Como dice también sobre el Cantar: «Mien‑ tras el alma more en la carne, vive entre espinas y deberá pade- cer la inquietud de la tentación *y* el aguijón de las tribulaciones. Aunque es como el lirio, lo dice el Esposo: *Como lirio entre cardos, así es mi amada entre las mozas* (Cant 2,2). ¡0h ardiente lirio! ¡Oh tierna *y* delicada flor! Te rodean los incrédulos *y* demoledores, *no tengas miedo de sus palabras si te contradicen y te desprecian, si te*

'4 SAN BERNARDO (Ps), *Meditaciones.* 15, 38 (PL 184, 506). 10., *Sermones en el Do­mingo sexto de Pentecostés, II,* 5, en *Obras completas* IV (BAC:, 1986) 301s; *y Sermones sobre el Cantar* 85, 4, en *Obras completas* V (BAC, 1987) 1047.

54 SAN BERNARDO, *Meditationes,* 15, 40 (PL 184, 507).

55 SAN BERNARDO (Ps), Meditatio*nes* 3, 7 (PL 184, 489).

56 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar,* 24, 6. en *Obras* V (BAC, 1987), 351.

*ves sentado sobre escorpiones* (Ez 2,6). Mira con qué cautela debas moverte entre las espinas. El mundo está lleno de espinas: se dan en la tierra, se dan en el aire, se dan en tu carne. Sólo por el poder de Dios y no por tu virtud puedes vivir entre espinas sin que te hieran» 57.

1. Y hay todavía otro enemigo potente y cruel, que con sorprendente astucia, como dice san León Magno, «no cesa de tender por todas partes las redes de sus engaños y de trabajar sin descanso para corromper de todas formas la fe de los creyen­tes. Él sabe a quién aplicar el fuego de la codicia, a quién propo­ner el atractivo de la glotonería, a quién ofrecer la excitación de la lujuria, a quién infundir el veneno de la envidia. Sabe a quién conturbar con la tristeza, a quién engañar con la alegría, a quién abatir con el temor, a quién seducir con la adulación. Entre los que él se ha ajuntado más íntimamente hay muchos que son há­biles en sus artificios, y de los cuales él se sirve para engañar a otros por sus invenciones y sus palabras» 58. ¡Oh alma, frágil en

resistir, fácil en caer, difícil de levantar! ¿Cómo evitarás las trampas de semejante cruel enemigo, sabiendo que está dotado de tales artimañas?

1. EL ALMA. Veo ahora que «no le es fácil darse cuenta del pecado a quien ya está subyugado por él; sólo cuando uno se aleja un poco se da cuenta en la suciedad en que yacía» 59. Así sucede que, al comenzar a liberarme del pecado y según voy co­nociéndome a mí misma y mi culpabilidad, no logro contener mi llanto. Dice san Anselmo: «Oh Padre y Dios mío, tú habías reformado en mí tu imagen tan amable, yo he sobrepuesto una imagen odiosa, ¡ay!, ¿imagen de quién, hombre pobre, misera­ble y loco? ¿De quién es la imagen que has colocado sobre la imagen divina? ¿Por qué no he odiado la imagen de aquel cuyo solo nombre me horroriza? Ha caído porque ha caído; yo tam­bién voluntariamente me he manchado; pero él pecó por orgu­llo, sin que hubiese tenido ningún delito que expiar hasta en-

SAN BERNARDO. *Sermones sobre el Cantar,* 48, 1-2, en *Obras completas* V (BAC, 1987) 625s.

'8 SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 27 (VII de Navidad),* 3, *en Homilías sobre el año litúr­gico* (BAC. 1969) 103.

EADMERO, *Liber de S. Anselmi similitudinis,* 99 (PL 159, 665).

tonces; y yo, habiendo visto su castigo, y despreciándolo, he co­rrido al pecado. El había sido establecido una vez por todas en la inocencia, yo he sido restablecido; él, volviéndose contra aquel que Dios había hecho y restablecido, ha abandonado a Dios, que le había dejado irse; yo he huido de Dios, que me per­seguía con su amor. El persiste en su malicia porque Dios le ha reprobado; yo me he entregado a la mía, mientras Dios me lla­maba a sí; él se ha endurecido para su castigo; yo, por mi placer. Aunque enemigos uno y otro de Dios, él se ha declarado contra quien no le buscaba, yo contra quien ha muerto por mí. ¡Qué desgraciado hombre! He aquí que esta imagen horrible, de la que tenía horror, se me aparece en muchas cosas como menos horrible que yo mismo» 611.

EL HOMBRE. «¡Huye de mí, sustancia horrenda; huye de ti misma, horrorizada de ti! Pues no sin dolor de corazón podrás soportar tanto horror; pues si lo toleras es que no te conoces, *y* tal cosa no sería fortaleza, sino torpeza, ni salud, sino maldad obstinada» 61.

22. EL ALMA. «Si me veo, el horror es intolerable; si no me veo, mi muerte es inevitable. Demasiado desgraciado aquel que se tiene horror a sí mismo; pero más desgraciado aquel que tie­ne delante de los ojos la muerte eterna», dice san Anselmo 62. Como dice la oración: «Padre pacientísimo, Rey clementísimo, esconderme no puedo, excusarme tampoco, de confesar me avergüenzo. Ahora que descubro la causa de mis males, reco­nozco lo que oculto estaba escondido» 63. San Bernardo, en las *Meditaciones,* dice: «Mi miserable corazón, sin ocuparse de los gozos futuros ni del consejo divino, se ha alejado de sí mismo y se ha sumergido en el amor de lo terreno, apartado de aquello se sumió en esto, lo engañó la vanidad, lo manchó la lujuria, lo arrastró la curiosidad, atormentado por la envidia, sacudido de la ira, dividido por la avaricia, angustiado por la pereza, así se sumergió en todos los vicios, abandonando el único Bien que

60 SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 8, en *Obras completas II* (BAC, 1953) 329

Ibid

11 Ibid. (p.331)

9 Oración que no se encuentra entre los escritos de san Anselmo

hubiera podido bastarle» 64. Sean olvidados en tu presencia, pa­cientísimo Dios, todos los momentos que he empleado mal, y concede que el tiempo que me queda, aunque sea breve y mo­mentáneo, sea usado para tu gloria, sea fructuoso para mí y edi­ficante para el prójimo» 65. Ahora veo y reconozco, misericor­dioso Dios, que dada la gravedad del daño en que yo, infeliz y mísera, he desgraciadamente incurrido, no puedo llorar bastan­te, como debiera, por mí y mi pecado, pues se ha de detestar la culpa en proporción al deleite desordenadamente obtenido.

23. EL HOMBRE. Si como afirmas, alma, no te bastas tú sola a deplorar tu pecado, es preciso que te dirijas a cualquiera de los santos. ¿Ignoras, quizá, como dice Bernardo, que «tienes seguro el acceso a Dios, porque tienes a la Madre como media­dora al Hijo, y al Hijo como mediador al Padre? La Madre, por ti, muestra al Hijo sus pechos y entrañas; el Hijo muestra al Pa­dre su costado y su llaga. No puede haber ningún rechazo ante tales señales de amor» 66. «Si te asalta el peligro, la angustia o la duda, recurre a María, invoca a María. Que nunca se cierre tu boca al nombre de María, que no se ausente de tu corazón, que no traiciones el ejemplo de su vida; así podrás contar con el su­fragio de su intercesión. Si la sigues, no te desviarás; si recurres a ella, no desesperarás; si la recuerdas, no caerás en el error. Si ella te sostiene, no vendrás abajo. Nada temerás si te protege; si te dejas llevar por ella, no te fatigarás; con su favor llegarás a puerto», dice san Bernardo 67. Poniendo en ella toda tu con­fianza, rézale así: «Señora, si tu Hijo se ha hecho, por ti, herma­no mío, ¿no te has hecho tú mi Madre por su medlo? *Quiero ale­grarme y exultar en ti* (Sal 9,3), pues todo lo que se juzgue de mí sé que depende de la sentencia de mi Madre y mi Hermano», dice san Anselmo 68.

m SAN BERNARDO, *MeditatiO* 9, 23 (PL 184, 499).

65 SAN ANSELMO. *Meditationes* 13 (111 158, 776).

66 SAN BERNARDO (Ps). *Sermo panegyricus de B. V. Deipara.* 6 (PL 184, 1013). También, ERNALDO ABAD DE BONAVAL *Libellus de laudibus B.M. Virgini* (PI. 189, 1726).

6' SAN BERNARDO, *Sermones en alabanza de la Virgen Madre,* 11, 17, en *Obras con­pletai* 11 (BAC, 1 994), 639.

EL ALMA. Pecando contra el Hijo, ofendí a la Madre *y,* ofendiéndola, injurié al Hijo. ¿Qué puedo hacer, hombre? ¿Quién me reconciliará con el Hijo, sin la amistad de la Madre? ¿Quién aplacará a la Madre, si el Hijo está airado?

1. EL HOMBRE. «Alma, no dudes: si los dos están igual­mente ofendidos, ¿no son también los dos clementes? Por tan­to, que aquel que es culpable contra el Dios justo se refugie jun­to a la dulce Madre del Dios de la misericordia. Que el culpable de haber ofendido a la Madre se refugie junto al dulce Hijo de la benigna Madre ¡ Oh Dios, que te has hecho hijo de una mujer por misericordia; oh mujer, que has llegado a ser Madre de Dios por misericordia! Ten piedad de un desgraciado, perdónale, in­tercede por él; o muéstrame ante quién encontraré misericordia más segura, que me refugie en él!», como dice Anselmo 69.
2. EL ALMA, ¡Qué saludable, oh hombre, tu consejo, qué consoladora tu palabra para mí, miserable! Pero al observar bien mis pecados descubro y reconozco que, con mis culpas, he profanado las criaturas, ensucié el cielo, oscurecí los astros ce­lestes, torturé a los condenados del infierno, entristecí a los san­tos en el cielo, traté irreverentemente a los ángeles que me guar­dan, por lo que no me atrevo a pedirles ayuda. Y ya que los jus­tos han de estar con razón indignados conmigo, no espero encontrar refugio en ellos.
3. EL HOMBRE. Tu temor, alma, es excesivo, si bien me complace tu humildad. ¿No sabes que muchos santos pecaron y, precisamente, aprendieron de sus grandes pecados a tener com­pasión de nosotros los pecadores? Piensa en Moisés, célebre pro­feta, que desconfiaba del poder de Dios (Ex 4,1ss; Núm 20,10-13; Sal 105,32s). Piensa en David, rey devotísimo, que perpetró un adulterio y un homicidio contra la Ley divina (2 Sam 11,2ss). Recuerda a Salomón el sabio, culpable de idolatría

Mi SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones, 7, en Obras completas* II (BAC, 1953) 323: «El Salvador del mundo es nuestro hermano; nuestro Dios, en fin, se ha he­cho por María nuestro hermano; ¡con qué certidumbre debemos, pues, esperar! Así consolados, ¿podemos temer cuando nuestra salvación, lo mismo que la condena- ción, dependen del juicio de un buen Hermano, de una Madre tierna?».

69 San ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 6, en *Obras completas* I (BAC. 1953) 311s.

vana y pésima (1 Re 1 l,4ss). Acuérdate de Manasés, que, ha­biendo sido el más inicuo y pecador de los soberanos de Israel, reconocía que *el número de sus pecados era mayor que el de la arena del mar y no era digno de ver la sublimidad de los cielos por la multitud de sus fechorías* 7°, No olvides que ellos alcanzaron su perdón. Y ¿por qué quedarse en los santos del Antiguo Testamento? Mira a Ma­teo, que, sentado a la mesa de los impuestos, pecador y publica­no, fue escogido como discípulo (Mt 9,9). Observa cómo Pablo, que apedreaba a Esteban, es elegido como apóstol (lich 7,57; 9,1ss). Mira a Pedro, que renegó a Cristo y es perdonado (Lc 22,56.62). Mira el soldado que crucificaba a Cristo, pero tam­bién confiaba en la misericordia divina (Lc 23,47). Considera al ladrón colgado en la cruz, que obtiene la remisión de sus pecados (Le 23,40ss). Piensa al fin, alma, en aquella pública e inmunda pecadora, María Magdalena, convertida en tan especialísima amante de Cristo (Lc 7,37ss). Pues todos los que reinan ahora con Dios, o fueron un tiempo pecadores como nosotros, o po­drían haber pecado si la bondad de Dios no les hubiera preserva­do del mal. Pues a quien le fue dado no pecar, efecto es de la gracia celeste y nunca de su propia naturaleza 71.

28. EL ALMA. Ahora va invocaré segura a los profetas y los reyes; invocaré confiada a los apóstoles y los mártires; me dirigi­ré constantemente a los confesores, a las vírgenes, a las viudas y me encomendaré a todos los santos; pero sobre todos estos im­ploraré con devoción ardiente a la Santísima Madre de Dios, la Virgen María. Pues bien sé que «María es tan piadosa, tan dulce y suave que no se puede pensar en ella ni nombrarla sin que se inflame y se recree el afecto de quienes la aman» 72. «Ella consi

ro Referencia a la oración de Manases (cf. 2 Re 21,17; 2 Crón 33,13). Esta ora­ción, junta a los libros tercero y cuarto de Esdras, libros apócrifos no aceptados como canónicos por cl Concilio Tridentino, se encontraban anteriormente en algu­nos manuscritos de la Biblia.

° SAN BERNARDO, *Sermones en el Domingo seno de Pentecostés,* IV, 3, en *Obras com­pletas* IV (BAC, 1986) 313: «Después de caer en tantos pecados, «cómo no hubiera caído en otros muchos, si la bondad del Omnipotente no me preservara? Lo confie­so y lo confesaré sin cesar: si cl Señor no me hubiera auxiliado, mi alma se hubiera hundido en el pecado». También SAN AGUSTÍN (Ps), *De diligendo Deo,* 12 al final (PL 40, 857).

*71* SAN BERNARDO, *Sermo panegyricus de 13.V. Doblara,* 6 (I'L 184, 1013).

guió la renovación del mundo entero *y* la salvación universal», dice Bernardo 73. Y Anselmo exclama: «¡Oh mujer admirable, única, por la que han sido renovados los elementos, curados los infiernos, pisoteados los demonios, salvados los hombres, reemplazados los ángeles malos! ¡Oh mujer llena de gracia, so­breabundante de gracia! Con lo sobrante de esa plenitud inun­das todas las criaturas para darles vigor" 74. Y de nuevo san Ber­nardo: «llévanos a tu Hijo, dichosa y agraciada, Madre de la Vida y Madre de Salvación! Por ti nos acoge el que por ti se en­tregó a nosotros. Tu integridad excuse en tu presencia la culpa de nuestra corrupción. Y que tu humildad, tan agradable a Dios, obtenga el perdón de nuestra vanidad. ¡Señora mediado­ra y abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo! Recomiéndanos. Por la gracia que recibiste, por el privilegio que mereciste y la misericordia que alumbraste, consíguenos que aquel que por ti se dignó participar de nuestra debilidad y miseria, comparta con nosotros, por tu intercesión, su gloria y felicidad» 75.

D) Cuán generosamente la divina bondad ha
reformado el alma por la gracia

29. EL HOMBRE. Ahora ya, alma, pienso que has dirigido suficientemente el rayo de la contemplación a considerar cómo has sido formada por naturaleza y deformada por la culpa. Diri­ge ahora este rayo contemplante a considerar cómo has sido re­formada por la gracia. Ten en cuenta, sin embargo, que cuanto más perfectamente se limpian las tinieblas de la mente por el la­vado de la contrición, más espléndido emerge el beneficio de la reparación divina. Pues el pecado, según san Agustín, «es tinie­bla que paraliza la mente, que oscurece por completo al hombre interior» 76. Por lo que es importante purificar continuamente

SAN BERNARDO, *Sermones en la Asunción de marta* IV, 8. en *Obras completas* IV (BAC, 1986) 373,

74 SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones, 7,* en *Obras completas* II (BAC, 1953) 319.

SAN BERNARDO, *Sermones en el Adviento del Señor,* II, 5, en *Obras completas III* (BAC, 1985) 77-

" SAN AGUSTIN. *Carta 55*V, 8, en *Obras completas* VIII (BAC 69) 329; la, *II El libre albedrío, 16,* 43, en *Obras completas* III (BAC, 51983)383: «Cuando *el* alma hu‑

con cuidado los ojos del espíritu de las tinieblas del pecado me­diante las lágrimas del arrepentimiento, cuanto más oscurecen el rayo de la contemplación. Así que, alma, serenada ya en los afectos, guía el rayo de la contemplación a ver con cuánta pro­funda clemencia, con qué altísima sabiduría y con cuánta admi­rable potencia de Dios has sido reformada por gracia.

1. En primer lugar, considera cómo Dios te liberó del peca­do original mediante la obra de la Redención. ¿Acaso ignoras que por la culpa de los orígenes te has visto privada de los bienes na­turales y espirituales y, sometida al poder del Príncipe de las ti­nieblas, has sido expulsada y alejada de tu Patria? Pues, según san Bernardo: «¿Por qué quiso morir la Majestad suprema para damos vida servir él para reinar nosotros, vivir desterrado para llevamos a la patria, y rebajarse hasta lo más vil y ordinario para ensalzamos por encima de todo?» 77. *El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* (Le 19,10). Viene, pues, a humillarte a ti que eres soberbio. Dice Gregorio: «Para esto tomó el Hijo de Dios la forma de nuestra debilidad, por esto el Invisible apareció visiblemente y despreciado, para esto padeció la humi­llación de las injurias, el oprobio de las burlas, los tormentos de la Pasión, para que un Dios humilde enseñara al hombre a no ensoberbecerse» 78. San Agustín añade: «El Señor Jesucristo, hecho hombre, despreció todos los bienes terrenos para enseñarnos a despreciados, y soportó todos los males terrenos, tal como él nos ordenaba, de modo que ni en aquéllos buscáramos la felicidad, ni

en éstos temiéramos la infelicidad» 79.

1. En segundo lugar, viene a reconciliarte con el eterno Pa­dre. Así san Agustín: «Siendo tú enemigo del Padre, yo te recon­cilié; estando alejado, he venido a regresarte; cuando andabas errante por montes y bosques, te busqué y te encontré entre pe­ñas y árboles; llevándote sobre mis hombros, te devolví al Padre

mana se aparta del sol de justicia... vuelve sus fuerzas hacia el exterior y se va oscu­reciendo más y más en sus regiones interiores y superiores».

" SAN BERNARDO, *Sermones en la Ascensión del Señor* 111, 2, en *Obras completas* IV

(BAC, 1986) 149.

" SAN Carcomo, *XXXIV Moralia, 23,* 54 (PL 76, 7984

79 SAN AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes* 22, 90, en *Obras completas*

XXXIX (BAC, 1988) 514.

mío; fatigué, sudé y expuse mi cabeza a las espinas y mis manos entregué a los clavos, me dejé abrir el costado con la lanza, de­rramé mi sangre por ti, y por ti también he sido desgarrado no sólo por tantas injurias, sino por crueles tormentos, y tú, ay, te alejas de mí por el pecado» 88.

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos 119*

1. En tercer lugar, viene a rescatarte, porque estabas ven­dida. Dice san Agustín: «Admiremos, agradezcamos, amemos, alabemos, adoremos porque, mediante la muerte de nuestro Redentor, hemos sido llamados de la muerte a la vida, de las ti­nieblas a la luz, del exilio a la Patria, de la corrupción a la inco­rruptibilidad, de la miseria a la gloria, del luto al gozo» 81. Y Gregorio Nacianceno: «¡Oh admirable e inaudita transforma­ción! El Creador se hace criatura, el Infinito se ve circunscrito, el que es *rico para todos* (Rom 10,12) se hace pobre. El asume la imagen de nuestra carne para reparar la imagen que había im­preso en nuestra alma y dotar así de inmortalidad nuestra carne mortal» 82.
2. Despierta va, alma mía, *mira el rostro de tu ungido* (Sal 83,10); observa, te digo, aquel rostro que una vez estuvo tan ra­diante de esplendor y ahora por ti aparece velado y privado de toda luminosidad; un tiempo con estupendo aspecto, ahora hinchado y desnudo de belleza; antes lleno de dulzura, ahora todo escupido y sin gracia; antes amorosamente deseable y aho­ra, en cambio, desagradable y falto de todo atractivo. Observa, entonces, y considera *las maravillas que el Señor ha hecho en la tie­rra* (Sal 45,9). Dios es escarnecido para que tú, alma, seas hon­rada; es azotado para que tú seas consolada; es crucificado para que seas liberada; el Cordero inmaculado es sacrificado para que tú comas; una lanza hace salir sangre y agua de su costado para que bebas. Piensa entonces en el precio de tu redención, y ten presente el ejemplo propuesto para tu información. Con­templa, alma, considera cómo Cristo, tu Señor y Amigo, ha su­frido todo género de penas, en todas partes sensibles y por toda dase de hombres. Un rey le escarneció, un jefe le juzgó, un dis‑

co SAN AGUSTÍN (Ps), *Tractatus contra quinque haereses,* VI, 8 (PL 42, 1109).

S' SAN AGUSTÍN (Ps), *Sermo 208 (in Append.), 7 (PL* 39, 2132).

S2 SAN GREGORIO NACIANCENO, *Oraciones,* XXXVIII, 13 (PG 36, 326).

cípulo le traicionó, los apóstoles le abandonaron, pontífices, es­cribas y fariseos le entregaron, los gentiles le entregaron, la multitud lo condenó v los soldados lo crucificaron. Dice Bernardo: «Aquella cabeza, que impone respeto a los espíritus angélicos, está agujereada por multitud de espinas; aquel rostro, *el más her­moso de los hijos de Adán* (Sal 44,3), afeado por los salivazos de los judíos; esos ojos, *más brillantes que el sol* (Eclo 23,19), se apa­gan con la muerte; los oídos, que escucharon cantos angélicos, oyen ahora los insultos de los pecadores; la boca, que instruyó a los ángeles, prueba la hiel y el vinagre; aquellos pies, cuyo *estra­do es santo* (Sal 98,5), son fijados por clavos a la cruz; aquellas manos que plasmaron los cielos están extendidas y atravesadas; el cuerpo azotado, el costado atravesado por la lanza. ¿Qué más? No quedó sano en él más que la lengua para pedir por los pecadores y encargar de su Madre al discípulo» 83. Esto dice Bernardo. Oh alma fiel, ningún intento enemigo podrá hacer desistir a nuestro Salvador de procurar nuestra salvación. Pero, cuanto más grande es el ejemplo de su amor, mayor es para nos­otros la condenación si lo despreciamos.

34. EL ALMA. Hombre, bastante he callado, escuchando devotamente, con gozo y dolor al tiempo, cuanto me has ex­puesto. *Con gozo exulta mi alma en Dios* (Is 61, I 0), que me amó de tal modo que no perdonó a su Hijo único por mí (Ron 8,32). Así dice san Gregorio: «¡Oh inestimable caridad del amor!: diste al Hijo para redimir a la esclava, ni siquiera digna ele tal nombre» 84. Señor Jesucristo, que te has inmolado por mí, golpea con tus heridas mi corazón y embriaga mi espíritu con tu sangre para que, allá donde me vuelva, te vea crucificado por mí, todo cuanto mire lo vea manchado con tu sangre y, ya enteramente tendida hacia ti, no encuentre nada más que la imagen de tus llagas. Éste sea mi consuelo, Señor mlo, ser cruci­ficada contigo; ésta sea mi íntima desolación, pensar en otra cosa que no seas tú. Pero cada vez que considero esta «admira‑

" TOMÁS DE HIBERNIA o DE IRLANDA, *Flores Doctorum pene omnium* (París Lovaina 1614) 722. El autor atribuye este fragmento a Bernardo, en cuyas obras, sin em­bargo, no se encuentra. Cf. SAN BERNARDO, *Sermón en el Miércoles Santa. 3 y* 8, en *Obras completas* IV (BAC, 1986) 41 y 49.

s" incluidas en el Pregón Pascual del Misal Romano.

ble dignación de la piedad divina por nosotros» 85, me confun­do y avergüenzo no poco de mi gran ingratitud. Por lo que reco­nozco que, cuanto mayores son los beneficios de la redención, más reprobables son mis pecados de ingratitud.

1. EL HOMBRE. Está atenta, oh alma, a no ser ingrata ha­cia quien te ha otorgado tantos v tan admirables beneficios. Pues es grande el pecado de ingratitud ya que, según Bernardo: «La ingratitud es corno el viento abrasador que seca el manan­tial de la piedad, el rocío de la misericordia y el arroyo de la gra­cia» 86 Fíjate, pues, alma; medita y repasa constantemente con atención en tu alma la tremenda sentencia puesta en labios del Salvador contra los ingratos: «¡Mira, alma, cuánto sufro por ti; a ti dama quien por ti muere! Mira las penas que me afligen, observa los clavos que me atraviesan, escucha los insultos que me humillan. A pesar de ser tan grande el dolor externo, más grande todavía es el tormento interior, cuando te veo tan ingra­ta» 87. Y también contra los ingratos: *Pueblo mío, ¿qué te he he­cho?, ¿en qué te he molestado? Respóndeme* (Miq 6,3). ¿Por qué pre­fieres servir a mi enemigo que a mí? Reflexiona, alma, y da gra­cias continuamente, sin cansarte nunca de bendecir y alabar al unigénito Hijo de Dios por tantos beneficios.
2. «Le debes toda tu vida, porque él entregó su vida por la tuya y soportó atroces dolores para librarte de los eternos». «Pues aunque le entregue cuanto soy y puedo, todo eso sólo se­ría como una estrella ante el sol, como una gota en el río, una piedra junto al alcázar, o un grano de polvo ante una montaña», escribe san Bernardo 88.

37. Ahora, alma, habiendo purificado el ojo de la contem­plación, conoce por fin la gracia de la redención divina, con la que tu Esposo te ha liberado de la culpa del origen; de este modo te mostraré cómo por la misericordia celeste fuiste libera­da también del pecado actual. Dirige, pues, el rayo contemplan-

as [bid.

" SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar,* 51, 6, en Ob*ras completas* V (BAC. 19871 663 (PL 183, 1027).

8 San Buenaventura atribuye esta sentencia a Felipe el Canciller en III *Sent.* d.16, a.2 q.3 in fine (Ill. 359). También atribuida a san Bernardo.

5s SAN BERNARDO, *Sermones. varios* 22, 5-6, en *Obras completas* VI (BAC. 1988) 189s.

te al don de la justificación y medita sobre la gracia del Señor tu Dios, piensa con qué paterna solicitud e íntima inspiración te resanó del pecado cometido, con qué ternura y sentido de la amistad te llamó de nuevo, por una voz interior, diciéndote: *Vuelve, vuelve, sulamita* (Cant 7,1), o sea, alma hecha miserable por el pecado.

1. Vuelve a mí, que soy tu Creador; regresa, porque soy tu Redentor; vuelve a tu Consolador; y, si todo esto aún te parece poco, regresa porque soy tu generosísimo Remunerador. Vuel­ve a mí: soy aquel que te creó tan noblemente; regresa; soy quien con tanta misericordia y con mi muerte amarguísima te libré de la muerte eterna; vuelve a mí: que te he enriquecido cuantiosamente con bienes espirituales y corporales; vuelve a mí, alma, que he de recompensarte tan largamente con la felici­dad que ya tengo preparada. Vuelve, pues, del pecado del pen­samiento, vuelve del pecado de la lengua, vuelve del pecado de obra, vuelve del pecado de costumbre. Vuelve a mí, alma, que te aguardan los santos con gran deseo. Vuelve, que los ángeles se alegran con tu regreso. Vuelve, ¡toda la corte celeste del Paraíso te espera! Regresa, alma, que te llama Jesucristo con los brazos abiertos en la cruz. Ven, que te espera la inmensidad divina de toda la Trinidad. ¡Atiende, alma, la voz de tu Amado que te invita!
2. Considera ahora la longanimidad en esperarte. ¡Cuánto ha debido esperar tu llegada! Cuánto ha soportado tus peca­dos! ¡Quiénes y cuántos condenó por sus pecados antes de tu conversión, mientras que a ti, que seguías pecando, te esperó misericordiosamente! Regresa de una vez, alma, que Cristo te espera en la cruz con la cabeza inclinada para besarte, con los brazos extendidos para abrazarte, *con* las manos abiertas para darte, con el cuerpo extendido para ofrecérsete, con los pies cla­vados para quedarse, con el costado abierto para introducirte en é¡ 89. «Por tanto, alma, sé como *paloma en las grietas de las ro-*

89 Meditación atribuida a san Agustín. Cf *Sobre la santa virginidad,* LIV, 55, en *Obras complctas XII* (BAC, 11973) 225: «Mirad la belleza de vuestro amante, con­templadla igual al Padre»: ID (Ps). *Senno 32 ad fratres in eremo* (PL 40, 1293). Tam­bién Tomas DL RIBERNIA, *Flores Doctorum (cf*. «Passsio" (París-Lovaina 1614)

*cas, en escarpados escondrijos* (Cant 2,14) escondida, vuela hacia aquellas manos, hacia aquellos pies, refúgiate en aquel costado divino, donde está el reposo seguro, donde te aguarda una paz cierta», dice Bernardo 99. Y Hugo de San Víctor: «¡Ah, si tú pu­dieras imaginar dignamente, alma, cuántos y quiénes en tu mis­ma condición ha rechazado Dios y no pudieron obtener la gra­cia que a ti se te ha dado1 Porque tu Esposo te prefirió y te eli­gió, te ha elegido entre todas, te ha llevado consigo y te ha amado más que a todos» 91,

1. EL ALMA. Ahora confieso, reconozco, experimento comprendo que he obtenido de Dios muchos mayores bienes, aunque nada digno hallo de recibir tales beneficios.
2. EL HOMBRE. Has considerado, alma, la longanimidad de quien espera. Dirige ahora el rayo de la contemplación a la be­nignidad de quien te justifica: medita, pues, diligentemente la inestimable gracia que te ha hecho tu Esposo. «¿Cómo pagarás al Señor todo el bien que te ha hecho, que seas comensal, asociada a su Reino, copartícipe de la alcoba?» 92, dice Bernardo. Y añade: *«La misericordia del Señor por siempre cantaré* (Sal 88,2), pues encuentro cumplidas en mí siete obras de misericordia que *me* muestran de modo eminente su inefable piedad. En primer lu­gar, me ha preservado de muchos pecados; en segundo, no me ha condenado inmediatamente, siendo pecadora, y mientras me alargaba en mi miseria, él prolongaba su piedad; en tercero, ha transformado mi corazón, haciendo dulces las cosas antes amar­gas; en cuarto, ya convertida en penitente, me acogió con cle­mencia; en quinto, me dio la fuerza de moderarme y enmendar­me; en sexto, me ha concedido la gracia de adquirir méritos; en séptimo, me da la esperanza de alcanzar recompensa» 93.

719-726; CORNEJO A LAPIDE (STEEN), *Commentarius in quatuor Evangelia* Matth. 27, 5B (Comment. Sacram Script. VIII) (Antuerpia 1660) 545.

90 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar* 61, 3, en *Obras completas V* (BAC, 1987), 763. Más Claramente, SAN BERNARDO (Ps), *Instructio sacerdotis 1,* 12 (PL 184, 779).

91 HUGO DE SAN VÍCTOR, *De arrah arrimae* (PL 176, 963).

"1 SAN BERNARDO, Sermones *en el Domingo I de la Octava de Eprfanía* II, 3, en *Obras completas III* (BAC, 1985) 331

93 SAN BERNARIX), *Sermones en el Domingo sexto de Pentecostés 11,* 5. en *Obras cern pir­ras* IV (BAC, 1986) 297ss

1. EL ALMA. ¡Ay Señor mío!, «cuánto debo amar a Dios yo, infeliz y mísera, que me creó cuando no existía, que me redimió cuando había perecido y me libró de multitud de peligros; cuando andaba errante, me condujo; siendo ignorante, me ins­truyó; cuando pecaba, me instruía; estando triste, me consola­ba; cuando me desesperaba, me confortaba; cuando me ponía en pie, me sostenía v, si caía, me alzaba; cuando me marché, me guió y, al volver, me acogió» 94. «Pues él, que todo lo preside rige, que llena el ser de cada cosa, que está presente a todo, cui­da de todo y provee de igual forma a cada uno que al conjunto, le veo tan preocupado en mi cuidado, que parece desentendido de los otros para ocuparse tan sólo en mí» 95.
2. Ahora pues, hombre, ya que, como has dicho, por todas estas razones debo amar a Dios, dime, por favor, cuánto y cómo debo amarle para tributarle como corresponde por tanto amor.

EL HOMBRE. Alma, aunque según dice san Bernardo: «el motivo de amar a Dios es Dios. ¿Cuánto? Amarle sin medi­da» 96, en ciertos lugares de la Sagrada Escritura podemos en­contrar algún modo. Aquel que te dio el amor te manifestó la forma de amarle cuando dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente* (Mt 22,37; Dt 6,5). Ama, pues, alma con amor particular a Dios Padre, que tan no­blemente te creó de la nada; a Dios Hijo que, muriendo por ti, te renovó de modo inestimable; a Dios Espíritu Santo que, con­solándote tantas veces con misericordia, te redimió del pecado y te confirmó en el bien. Ama a Dios Padre grandemente, para no ser vencida por ningún otro amor peligroso; ama a Dios Hijo sabiamente, para no ser seducida por ningún otro amor engaño­so; ama a Dios Espíritu Santo tiernamente, para no ser infecta­da por ningún otro amor venenoso. O también, como expresa san Bernardo: «Aprende de Cristo, alma cristiana, de qué forma debes amar a Cristo. Aprende a amar de manera dulce, sabia v

|  |  |
| --- | --- |
| 4 SANA OS1IN (IN), *De spiritu et anima,* (PL 40, 854) *y Soliloquium animae tul Ileon,* VÍCTOR, *De arrha animae* (PL 176, 968).95 SAN AGUSTIN (IN), *De spritu et anima,*9f SAN BERNARDO, *Sobre el amor a Dios, 1,* 301. | 17 (PL 40, 792s); *De diligentio Deum* 9 13 (PL 40, 874). Cf. HUGO DE SAN17 (PL 40, 793).I. en *Obras completas* I (BAC,11994) |
|
|

fuerte: dulcemente, para que todo otro amor sea insípido en ra­zón de su amor y sólo él sea para ti como miel en la boca, melo­día en el oído, alegría en tu corazón; sabiamente, para que tu amor se encienda siempre en Cristo y nadie más; fuertemente, para que tu fragilidad pueda soportar alegremente durezas y as­perezas por aquel amor, diciendo: Mi esfuerzo dura apenas una hora, y aunque fuera más, no lo siento por amor. Y así el cristia­no, movido por amor a Cristo, continuamente soporte todo por él, hasta que no le alcance» 97.

44. EL ALMA. Te ruego, hombre, con todo respeto, pre­guntando no por curiosidad sino por humildad, no por presun­ción sino, más bien, por devoción: ¿qué amo yo, amando a mi Dios?

EL HOMBRE. Si tu pregunta, alma, fuera presuntuosa, sería demasiado malsana; pero nace de la piedad y merece una piado­sa respuesta. Escucha lo que dice ese gran amante de Dios, san Agustín, en sus *Confesiones:* «¿Que es lo que amo cuando yo te amo? No la belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blan­cura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melo­días de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de un­güentos y aromas; no manas ni mieles, no miembros gratos a los amplexos de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento y amplexo cuando amo a mi Dios, luz, voz, fra­gancia, alimento y amplexo del hombre mío interior, donde res­plandece a mi alma lo que no comprende lugar,' suena lo que no arrebata el tiempo, y huele lo que el viento no esparce, y se gusta lo que no se consume comiendo, y se adhiere a lo que la saciedad no separa» 98.

97 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar* 20, 4; 14, 4 v 15, 6, en *Obras completas* V (BAC: 491) 281, 213 y 227s: «Aprende de Cristo, alma cristiana, CÓMO debes amar al mismo Cristo. Aprende a amar entrañablemente, amar cautamente, amar valerosamente: entrañablemente para que, seducidos, no nos arranquen del amor de Dios; cautamente, para que, decepcionados, no nos alejemos de él; valerosa­mente, para que, violentamente, no nos aparten de su amor. Amale, pues, con todo el afecto de tu corazón, ámale con toda la atención de tu mente circunspecta, y ámale con todas tus fuerzas, sin que te aterrorice morir por su amor».

" SAN AGUSTÍN, X *Confessiones,* 6, 8, en *Obras completas* II (BAC, 1999) 714s

45. a ALMA. Hombre, háblame un poco más, te ruego, de la virtud de la caridad, para que, conociéndola, me empuje a amar más fervientemente a Dios.

EL HOMBRE. El fruto de la caridad, alma, es verdaderamen­te grande pero escondido. «Pues la misma caridad, dice san Agustín, es paciente en las adversidades, se modera en la pros­peridad, se endurece frente a las pasiones, se alegra en las bue­nas obras, está segura ante la tentación, es más que generosa en la hospitalidad, aparece contenta con los verdaderos hermanos y paciente con los falsos, tranquila en las pruebas, benéfica ante el odio, plácida frente a la ira, inocente en las insidias, llora ante la maldad y respira serena con la verdad» 99 «¡Oh amor feliz! De ti nace el valor en las costumbres, la pureza de los afectos, la sutileza del pensamiento, la santidad de los deseos, la limpieza de las obras, la fecundidad de las virtudes, la dignidad de los méritos, la sublimidad de los premios y de los honores». «¡0h dulzura del amor y amor de dulzura!, fique de ti se alimente mi corazón y así se llenen de tu néctar las entrañas de mi alma!» 100. Y además, san Jerónimo añade: «Sin la virtud de la caridad no se llega a la bienaventuranza, aun creyendo recta­mente: la caridad es tan preciosa que estamos convencidos que, sin ella, hasta la profecía y el martirio no son nada. Ningún premio es comparable a la caridad. La caridad, pues, tiene la prima­cía sobre toda virtud» 101. Qué miserable es el alma de aquel que con su amor abraza las cosas temporales, aquellas que «con­seguirlas cuesta, poseerlas inquieta, perderlas aflige» 102.

ss SAN AGUSTÍN, Sermón *350,* 3, en *Obras completas* XXVI (BAC, 1985) 164: «El amor es lo único que no oprime la felicidad ajena, que no siente envidia de ella. Es lo único que no se engríe con la felicidad propia, porque no se hincha. Es lo único que no punza la mala conciencia, porque no obra el mal. Se halla confiado entre insultos, hace el bien en medio del odio; en medio de la ira es plácido; entre las in­sidias, inocente; en medio de la maldad, llora; en la verdad, respira».

38 CE SAN AGUSTÍN (Ps), *Manuale Liber unus,* 12 (PL 40, 956): HUGO DE SAN VÍCTOR, *De arrha animar* (PL 176, 954); lo., *IV De anima,* 6 (PL 177, 176).

°I SAN JERÓNIMO, III *Commentarium in Epist. ad Gal.* 5, 14 y 22 (PL 26, 436s y 446s), y *Apología adversus libros Rufini, II,* 2 (PL 23, 445).

101 SAN BERNARDO, *Serm. 92 (de Diversis),* 3 (PL 183, 662); 10., A *los clérigos sobre la conversión.* 8, 14, en Obras *completas* 1 (BAC. 21994) 387s; SAN AGUSTÍN (Ps). *De diligendo Deo,* 16 in fine (PL 40, 861).

46. Pero «bienaventurado el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti y al enemigo por ti; porque sólo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse. ¿Y quién es éste sino Dios? Nadie, Señor, te pierde, sino el que te deja, ¿adónde va o adónde huye, sino de ti plácido a ti airado?», dice Agustín 1°3. Y prosigue: «Menos te ama quien ama algo contigo y no lo ama por ti. ¡0h amor que siempre ar­des y nunca te extingues! ¡0h caridad, oh Dios mío, inflámame y presérvame de la concupiscencia de la carne, de la concupis­cencia de los ojos, de la soberbia de la vida!» 104. Por eso afirma san Gregorio en su *Moral:* «Feliz y dichoso aquel que ha puesto su amor en el deseo de eternidad, pues ni la prosperidad le exal­ta ni la desventura le abate. No habiendo cosa en el mundo que desee amar, no hay ninguna que pueda temen> 105. Así dice san Pablo en la Epístola: *La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés, no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusti­cia; se alegra con la verdad* (1 Cor 13,4-6). De lo cual comenta Gregorio: «La caridad es paciente en cuanto soporta con ánimo sereno los males recibidos; es benigna, porque al mal responde generosamente procurando el bien; no se jacta, porque no desea nada de este mundo, incapaz de envidiar los éxitos terrenos; no se engríe, porque, aspirando ansiosamente a la recompensa eterna, no puede exaltarse con los bienes externos; ni obra mal, porque, al extender su amor a Dios V al prójimo, ignora cuanto difiere de esto; no es ambiciosa, porque se ocupa ardientemente de las realidades interiores, sin atender de ningún modo a lo ajeno fuera de ella; ni busca su provecho, porque se despreocu­pa de las cosas que posee de manera transitoria, pues reconoce que no es suyo propio más que lo que permanece consigo; no se irrita porque, aunque sea cubierta de injurias, no alberga senti­mientos de venganza, porque espera por las ofensas recibidas premios mayores; ni toma en cuenta el mal, pues, consolidando el espíritu con amor sincero y puro y extirpando de raíz todo el

la, San Agustín*,IV Corfesiones,* 9, 14, en *Oby-as completas* II (BAC, °I 999) 445. 10, SAN AGusliN, *Confesiones.* 29, 40, en *Obras completas* (BAC, 91999) 753 1°5 SAN GREGORIO, X *Moral.,* 21, 39 (PI. 75, 942).*com*

odio, no puede haber nada inquietante en su alma; no se alegra deja injusticia porque, ardiendo en un único amor por todos, es incapaz de alegrarse por la ruina de sus enemigos; se complace en la verdad porque, amando a los otros, se alegra de cuanto encuentra recto en ellos como aumento del propio provecho» 106.

106 SAN GREGORIO, *X Moralia, 6,* 10 (PL 75,

CAPÍTULO II

*LA CONTEMPLACIÓN DE LAS REALIDADES
EXTERNAS PARA VER SU INCONSTANCIA Y
VANIDAD*

A) La triple vanidad de las cosas mundanas

I. EL HOMBRE. A este punto, alma, dirige la mirada contemplante a las cosa que están cerca a ti, es decir, al mundo sen­sible, para que, despreciándolo con las realidades que contiene, puedas encenderte en mayor amor por tu Esposo. De hecho, lo amas menos si además de él deseas otras cosas, sin amarlas en él o por causa suya 107. «Porque tanto más se aparta uno del amor divino, según Gregorio, cuanto más se deleita en los amores de abajo» '°8; y regresa antes a Dios quien no tiene de qué deleitar­se en este mundo. «Que pierdan interés para ti todas las criatu­ras, para que sólo tu Creador cause dulzura en tu corazón» "o, dice Agustín.

2. Considera siempre y reconsidera no tanto a partir de lo que has oído, sino por lo que has experimentado, no tanto por los dichos como por los hechos, qué precaria es la opulencia te­rrena, qué mudables las grandezas temporales y qué falsa y míse­ra la gloria mundana. «Pues todo el que sobresale en este mundo, dice Gregorio, está más lleno de amarguras que gozoso en hono­res» "°. Y Bernardo: «Los amadores del mundo... recorren todos los mercados del mundo en busca de riquezas v honores o arras­trados por los suaves encantos de la fama. Pero ¿de qué riquezas

4( Cf. Nota 105.

R's SAN Gregorio. *II Homilías sobre los Evangelios,* 30, 2, en *Obras* (BAC, 1958) 685.

1°9 SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos* 30; 3, 8. en *Obras completas* XIX (BAC, 1964) 374: «Estímese en poco todo lo que está fuera de Dios». h.). (Ps), *Son­!minium animar ad Drum* 22 (PL 40, 882), y *Meditatio 7* (PL 40, 906).

SAN' GREGORIO. *XXXII Moraba,* 20, 38 (PL 76, 658).

se trata? ¿No son las que se adquieren con sudor, se conservan con temor y se pierden con lágrimas?... Y ¿qué decir de los hono­res? Has logrado un puesto elevado y te han hecho jefe. Ten en cuenta que vas a ser juzgado, vigilado y atacado por todos. ¿Es posible conservar el honor sin sufrir, gobernar sin congojas y ele­varse en la altura sin resabios de vanidad?... Y ¿qué decir de la gloria? ¿Existe gloria más falsa que una simple hinchazón de oí­dos, que siempre suscita envidia? Observa a los que están por de­bajo de ti y piensa que en todos has sembrado envidia»

130 *Experiencia y teología del Misterio*

3. EL ALMA. Hombre, si así son las cosas, ¿qué pretenden los hombres aspirando a la vanidad del mundo? !Qué ciegos los que ansían de esta manera la gloria mundana!

EL HOMBRE. «Algunos, mientras observan la gloria ajena, la estiman como algo tan grande que desean merecerla igualmen­te; pero al verles para morir, reconociendo cuán vana es su glo­ria, gimiendo exclaman: iel hombre no es nada!», dice san Gre­gorio 112. !Alma queridísima!, ¿qué son las realidades del mundo más que sueños fugaces? ¿De qué nos sirvió nuestro orgullo? ¿De qué la riqueza y la jactancia? Todo aquello pasó como una sombra, como noticia que va corriendo, como nave que atraviesa las aguas agita­das, y no es posible descubrir la huella de su paso... Lo mismo nosotros, nos gastamos en nuestra maldad (Sab 5,8-10.13) iY cuántos no de­jaron ni rastro de su virtud! ¿Dónde están los príncipes de las nacio­nes, y los que dominan las bestias de la tierra, los que atesoran plata y confian en el oro? (Bar 3,16.18) ¿Dónde están los que construye­ron ciudades y campamentos, venciendo guerras contra reyes y reinos? ¿Dónde está el sabio?, ¿dónde está el docto?, ¿dónde el sofista

de este mundo? (1 Cor 1,20) 113. ¿Dónde el sapientísimo Salo­món? ¿Dónde el poderosísimo Alejandro? ¿Y el fortísimo San­són? ¿En dónde se encuentran el bellísimo Absalón y el gloriosí­simo Muero? ¿Dónde están los augustísimos Césares? ¿Dónde

111 SAN BERNARDO, *Sermones varios* 42, 3, en *Obras completas* VI (BAC, 1988) 317ss.

112 SAN GREGORIO, *VI Moralia,* 6, 8 (PL 75, 733).

113 PRÓSPERO AQUITANO, *Liber sententiarium ex August.,* 390 (PL 45, 1898). Tam­bién SAN AGUSTÍN (Ps), *Serm. 68 ad fratres in eremo* (PL 40, 1355); SAN ISIDORO, *II Synonymarum,* 91 (PL 83, 865); SAN ANSELMO, *Exhortatio ad contemptum, al* final (PL 158, 684s).

, tantos esclarecidos reyes y príncipes? «¿De qué les sirvió la gloria vana, el efímero gozo, el poder terreno, la ilustre familia, los placeres carnales, las falsas riquezas, la molicie de la concupiscencia? ¿Dónde quedó su risa, su alegría, su soberbia, su arro­gancia?» 114. ¿Dónde fueron la nobleza de su sangre, la belleza de su cuerpo, su porte elegante, su gracia juvenil, sus grandes poderes, sus inmensos palacios, su conocimiento del mundo? Todo esto es del mundo y *el mundo ama lo suyo* (Jn 15,19), y, sin embargo, estas cosas no subsisten mucho tiempo con en el mundo, porque *el mundo y sus concupiscencias pasan (1* Jn 2,17). «Tú, pues, si comprendes rectamente, si hay en tus ojos luz, deja de correr detrás de aquellas cosas que es mísero perseguir, pesado poseer, sucio amar, tormentoso perder». «Deja todo esto por amor de quien lo supera todo» 115, como dice Bernar­do. «Huid, hechad a correr y salvaos. Salid a toda prisa hacia las ciudades de refugio —que es la vida religiosa— donde podréis hacer penitencia de vuestros extravíos pasados, alcanzad mise­ricordia y esperad con toda confianza la gloria futura. Que no os embarace el recuerdo de vuestros pecados, pues allí donde abunda el pecado suele siempre sobreabundar la gracia (Rom 5,20). No os aterre la severidad de la penitencia: *los sufrimientos del tiempo presente* son nada comparados con la culpa que se os perdona», *con la gloria que se ha de manifestar* (Rom 8,18), dice

también 116.

4. EL ALMA. Ya veo la falsedad e inestabilidad del mundo, pero me encuentro no sé cómo todavía atada, y no puedo apar­tar de él mi pensamiento.

EL HOMBRE. Sin duda, alma, si considerases con cuidado y prudencia el peligro que te acecha estando en el mundo, aleja­rías decididamente tu espíritu de las vanidades del siglo. Pues

114 SAN BERNARDO, *Meditationes,* III, 9 (PL 184, 491).

"5 SAN BERNARDO, *Carta 103,* 2, en *Obras completas* VII (BAC, 1990) 38ss: «Si eres cabal, si tienes corazón, si tus ojos están iluminados, desiste y no vayas tras aquello que es una desgracia alcanzarlo. Dichoso el hombre que no se encamina hacia las posesiones que oprimen, los amores que deshonran y cuya pérdida ator­menta». Siguiente: cf. GAUFREDO ABAD (Ps. BERNARDO), *Declarationes de colloquio Si­monis cum Iesu II,* 2 (PL 184, 438).

116 SAN BERNARDO, *A los elérigos, sobre la conversión,* XXI, 37, en *Obras completas* I (BAC, 21994) 419.

es difícil y arriesgada la relación mundana, porque —según Ber­nardo— «peligra la castidad entre los placeres, la humildad en­tre las riquezas, la piedad entre los afanes, la verdad en las char­las, la caridad en medio de *este mundo perverso* (Gál 1 ,4)» 117. ¡Oh alma débil y enferma, tan fácil de engañar, tan inclinada a caer, tan difícil de levantar!, ¿ignoras quizás «que tan difícil es al ár­bol situado al borde del camino conservar sus hermosos frutos hasta su madurez, como al hombre que vive en contacto con el mundo guardar intacta su virtud hasta el final?», dice el Crisós­tomo 118. Lo mismo expresa Agustín en una carta: «Los lazos de este mundo tienen una amargura auténtica y una dulzura falsa, un dolor cierto y un deleite inseguro, una fatiga ruda y un sosie­go tembloroso, una realidad llena de miseria y una vana espe­ranza de felicidad» 119. Si fueras de verdad consciente de todo esto, alma, despreciarías el mundo y las cosas que hay en él. Pero ¿qué quieres en realidad, querida, qué deseas, qué buscas? ¿Amas el mando y qué haces sino confundir tu vida? ¿Olvidas que «es una monstruosidad ostentar la suprema dignidad con un espíritu miserable; sentarse en la sede más elevada viviendo la vida más baja. Hablar maravillosamente y no dar golpe; ser sublime en la predicación e incoherente con ella; ser grave en las formas y superficial en las obras; firme en la autoridad y vaci­lante en la constancia»?, dice Bernardo 12°. Y san Gregorio en su *Regla pastoral:* «Pues deben saber los prelados que, si alguna vez obran perversamente, son responsables de tantas muertes cuantos son los ejemplos de perversión que transmites a sus súbditos» 121. Podrías rebatirme: sí, aspiro al mando, pero con el interés de ejercerlo con justicia y santidad. Es de alabar, pero raramente se cumple este propósito. Es de temer lo que afirma san Gregorio en su *Registro:* «Los méritos de gobernantes y súb­ditos están conectados de tal modo que las culpas de los gober‑

117 Ibid.

118 SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homil. 58 in Matth.* 21, 19 (PL y PG 58, 633). Cf. SAN BUENAVENTURA, *Soliloquio,* I, 20 y III, 3 (p.112 y 148).

19 SAN AGUSTÍN, *Carta 26,* 2, en *Obras completas* VIII (BAC, 31986) 109.

120 SAN BERNARDO, *Sobre la consideración, al Papa Eugenio, II,* 7, 14, en *Obras com­pletas* II (BAC, 21994) 101.

121 SAN GREGORIO, *Regla Pastoral,* III, 4, en *Obras* (BAC, 1958) 152.

nantes hacen peor la vida de los súbditos, como la vida de los Pastores decae por aquella del pueblo» 122.

1. Si buscas la sabiduría de este mundo, la qué peligros te expones! Pues dice san Bernardo: «¡Ay, a cuántos y quiénes hizo caer la maldita sabiduría del mundo, extinguiendo en ellos el espíritu divino que Dios quiso vehementemente encender! (Lc 12,49). ¿Ignoras que la sabiduría mundana es *terrena, natu­ral, demoníaca* (Sant 3,15), contraria a la salvación, sofocante de la vida y madre de pasiones malvadas?» 123. Y san Agustín: «Quien busca la salvación sin el Salvador y cree poder ser sabio sin la verdadera Sabiduría, no está sano sino enfermo, no es prudente sino necio, y empeora continuamente» 124. «Quien progresa en la ciencia, pero no en la bondad de su vida, se aleja de Dios», dice Algacel 125. Tú, pues, si ansías ser sabio, «apren­de en la tierra aquellas cosas cuya ciencia ha de perseverar para nuestra dicha en el cielo» 126. Esto, de san Jerónimo. Empéñate aquí en alcanzar a aquel que, una vez visto, significa aprenderlo todo. Porque ésta es la verdad eterna, «sin la cual todo saber es

ignorar, y que sólo poseerla es saber perfecto» 127.

1. Y, si alguna vez, alma, amas las riquezas del mundo, los faustos mundanos y las delicias carnales, y dejas por ello el mundo de mala gana, entiende qué «efímeras y frágiles son to­das estas cosas. Dime, ¿dónde están los reyes, los príncipes, los amantes de todo esto?» 128. Me temo que muchos, ay, *desapare­cieron, bajaron al Seol* (Bar 3, 19). *¿De qué les sirvió su orgullo, la ri­queza y la jactancia?* (Sab 5,8). Quien ama más el mundo que a Dios, más la vida profana que religiosa, la gula que la abstinen‑

122 SAN GREGORIO, *Libri VII Epist.,* 7 (PL 77, 862); ID., XXV *Moralia,* 16, 35 (PL 76, 344).

123 GAUFREDO ABAD (Ps. BERNARDO), *Declamationes de colloquio Simonis cum Iesu,* XXVII, 32ss (PL 184, 455ss).

124 Esta cita en realidad está tomada de RABANO MAURO, *De magicis artibus* (PL 110, 1097). Cf. GRACIANO, *VII Qui sine salvatore,* 26, q.2

125 ALGACEL, II *Philosoph.* V, 5 (Ed. Venecia 1506).

126 SAN JERÓNIMO, *Carta 53,* 10, en *Cartas* I (BAC, 51962) 447.

127 SAN GREGORIO, *Dialog.* IV, 33 (PL 77, 376). ID., *II Moralia* 3, 3 (PL 75, 556), y *II Homilías sobre los Evangelios,* 34, 14, en *Obras* (BAC, 1958) 720: «¿Quién no tie­ne ciencia allí donde todos juntos ven a Dios, fuente de la ciencia?».

128 SAN ANSELMO, *Liber exhortationum ad contemptum temporalium, al* final (PL 158, 684).

cia, la lujuria que la continencia, sigue al demonio e irá con él a la pena eterna. Dice Agustín: «Los que brillan con el esplendor del mundo perecerán por la virtud de Dios. No como brillan perecerán; brillan por tiempo, perecerán eternamente, Brillan con falsos bienes, perecerán con verdaderos tormentos» 129. El mis­mo recomienda: «Si nos agrada poseer algo en este mundo, bus­quemos con ánimo libre poseer a Dios, en el que está todo y, con él, obtendremos cuanto feliz y santamente deseamos» 130.

7. Pero con todo, alma, aún puedes encontrar objeción a todo esto diciendo: desprecio el mundo, pero no puedo dejar amigos, parientes y conocidos. ¡Qué fútil objeción, alma! Pues dice Bernardo: «Por lo demás, *mucha verdad es este dicho y digno de que todos lo hagan suyo (1* Tim 1,15): que si es una impiedad des­preciar a la madre, despreciarla por Cristo es verdadera bon­dad» 131. «¡Oh padre cruel, oh madre inhumana, oh padres des­naturalizados e impíos, asesinos más que padres, que sufren por la salvación de su hijo y se consuelan con su muerte! ¡Prefieren que muera con ellos antes que reinar sin ellos!» 132. Y Jerónimo: «Aun cuando, desgreñada y rasgados los vestidos, te muestre tu madre los pechos a que te criara; aun cuando tu padre se tienda en el umbral de la puerta, písalo y pasa por encima de tu padre y, secos los ojos, vuela al estandarte de la cruz. Linaje es de pie­dad, en este caso, ser cruel» 133. Y san Juan Crisóstomo: «¿No sabes, alma, que quien posee a Jesús tiene padre y madre y ami­go? ¿Por qué sigues a los muertos? Sigue a aquel que está vivo y *deja que los muertos entierren a sus muertos* (Mt 8,22)» 139.

9 SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos* 53,9, en *Obras completas XX* (BAC, 1965) 323.

° SAN AGUSTÍN, *De salutaribus documentis,* 10 (PL 40, 1050).

SAN BERNARDO, *Carta 104,* 3, en *Obras completas* VII (BAC, 1990) 387. 2 SAN BERNARDO, *Carta I 1 I,* 2, en *Obras completas* VII (BAC, 1990) 419. SAN JERÓNIMO, *Carta 14,* 2, en *Cartas I* (BAC, 1962) 73.

' SAN JUAN CRISÓSTOMO, *HomiL in Mardi.* 18 (Ed. Venecia 1583) II, 403 § 4.

B) Por qué razón muchos hombres mundanos están
espiritualmente cegados

8. EL ALMA. De tus palabras, hombre, deduzco y por múltiples experiencias reconozco que «he aquí al mundo ya agosta­do en sí mismo, y todavía floreciente para nuestros corazones... en todas partes nos maltrata, en todas partes nos vemos cerca­dos de amargura y con todo ciegamente la apetecemos [...]; se­guimos al mundo que huye y nos apegamos a él, que se precipita»'. Dime ¿cuál es la razón de tanta ceguera?

EL HOMBRE. ¿Es que ignoras, alma, que tu Esposo, autor de todo, te ha creado tan noble y delicada que no puedes existir sin amor? Dice san Jerónimo: «Difícil es que el alma humana no ame, y forzoso que nuestro espíritu sea arrastrado a uno y otros afectos» 136. Por lo que es necesario —para Bernardo— que ame­mos o las realidades supremas o las ínfimas (Col 3,2) 137. Y san Gregorio, en su *Moral:* «Hay algunos que desaprovechan su vida, apeteciendo lo transitorio sin comprender lo eterno o, una vez comprendido esto, lo desprecian; no sienten el dolor mientras les hieren. Por eso ¡ay de ellos!, aunque son míseros se creen rodea­dos de bienes, aman su exilio como si fuera la patria y se contentan en su ceguera como si estuviesen en la plenitud de la luz. Por el contrario, las almas de los elegidos, mientras consideran las cosas transitorias como nada, buscan aquello para lo que fueron creados. Y, pues ninguna realidad fuera de Dios satisface su amor, sólo encuentran paz en la contemplación de su Creador, ansían hallarse entre los ciudadanos del cielo y, aun estando to­davía en este mundo, se elevan va al más allá» 138. Y el mismo, comentando las palabras de Ezequiel: «Dulce es, sí, estar en las cosas humanas, más para quien no ha saboreado todavía gozo al­guno de los cielos; porque, cuanto menos comprende los gozos

"3 SAN GREGORIO, II Homilías sobre los Evangelios. 28, 3, en Obras (BAC, 1958) 676. 136 SAN JERÓNIMO, Carta 22, 17, en Cartas I (BAC, 1962) 174.

3.7 SAN BERNARDO, *Sermones en la Ascensión clel Señor* VI, 8, en *Obras completes* IV (BAC, 1986) 185: «El regalo santo no simpatiza con el alma ofuscada por deseos mundanos. Lo auténtico no congenia con la vanidad, ni lo eterno con lo caduco, ni lo espiritual con lo camal, ni la altura con el abismo. Es imposible disfrutar al mismo tiempo lo de arriba v lo terreno». Cf. SAN Gregorio, *XVII Moralia* 9. 16 (PL 76, 46).

1 s SAN GREGORIO, / Motaba. 25, 34 (PL 75, 542s)

eternos, tanto más placenteramente descansa en los temporales. Pero cuando uno ha gustado ya con el paladar del corazón cuál sea la dulcedumbre de los premios celestiales cuanto más dulce le es lo que ve interiormente, tanto más amargo se le trueca todo lo que soporta por de fuera» 139.

9. EL ALMA. Te pido que no te retrases va, hombre, en exponerme algo de ese gozo mundano y celestial para que, al co­nocer con mayor certeza la naturaleza de ambos, desprecie uno y me proponga seguir con más diligencia el otro. Pues bien sé que no se ama el bien que se ignora (Eclo 1,17), como no se puede evitar el mal que no se comprende 14().

EL HOMBRE. Alma, creo que al gozo mundano (si es que puede llamárselo gozo y no más bien azote ignorado) no se lo conoce nunca tan perfectamente como al despreciado del todo. Porque, según la enseñanza de los perfectos despreciadores del mundo, el gozo terreno es despreciable por cinco razones. Primera, por la vileza de su objeto: ¿en qué consiste la alegría del siglo? Responde san Agustín: «La alegría del mundo consiste en la iniquidad impune» 141, lo que significa: fornicar, embriagarse, banquetear, vanagloriarse, *y* por todo esto no sufrir ningún mal en esta vida. Los malvados, si no son corregidos en sus fechorías, se encuentran seguros en sus placeres, ignorantes de lo que afirma san Agustín: «No hay cosa más infeliz que la felicidad de los pecadores por ella subsiste la impunidad penal y se robustece la mala voluntad que es como un enemigo inte­rior» 142. Segunda, por la disolutez del sujeto. En efecto, el alma deformada por el pecado es el sujeto del gozo mundano que *se goza de hacer el mal, se regocija en la perversidad* (Prov 2,14). Por lo que bien dice san Jerónimo que «reír y gozar con el mundo no es de hombre sensato, sino de frenético» 143. El corazón limpio no

By SAN GREGORIO, *Homilías sobre Ezequiel I,* 10,43. en *Obras* (BAC, 1958) 360. I" SAN AGUSTÍN, *X La Trinidad,* 1,1-2, en *Obras completas V (BAC,* 41983) 575.

«Porque lo que en absoluto se ignora, bajo ningún concepto se puede amar- U.

SAN JERÓNIMO, *Comment. in Eccl. I,* 17 (PL 23, 1073).

41 SAN AGustiN, *Sermón 171,4,4,* en *Obras completas* XXIII (BAC, 1983) 686. "2 SAN AGUSTIN, *Carta 138,* 2.14, en *Obras completas* IXa (BAC, 11987) 139. '43 SAN JERÓNIMO, *Comment. in Eccl.* II, 2 y IV, 13-16 (PL 23,1076 y 1102). Cf.

SAN BERNARDO, *La gracia), el libre albedrío* 5,14, en *Obras completas I (BAC, 21994)*

se alegra ni goza con este mundo inmundo, sino con Dios y en Dios. Tercera, es breve en sí mismo, ya que *es breve la alegría malvado* (Job 20,5). San Agustín, en el *Comentario a Juan,* anota: «Son vanidad las alegrías del siglo. Se esperan con gran expectación antes de que lleguen, pero se van de las manos nada más llegar» 144, Alma, «¡qué breve, qué frágil y caduca es la alegría del mundo!» 145. *Están contados los días del hombre,* como dice Job (Job 145). Cuarta, es triste su fin. Porque ellos, miserables, *aca­ban su vida en ventura, en paz descienden al infierno* (Job 21,13) y *al cabo su alegría es dolor* (Prov 14,13). Porque, si bien observas, alma, te darás cuenta que tal gozo está en sí mismo mezclado con tristeza, ya que, *acosados por la conciencia, imaginan siempre lo peor* (Sab 17,11). Y quinta, se sigue de ella una gran miseria por­que impide el gozo espiritual. Admite, pues, alma, qué mísero es este mundo y cuán miserabilísimos los que lo siguen, porque siempre los placeres terrenos excluyeron a los hombres de la vida bienaventurada. Así san Bernardo: «¡Qué pobre, qué vano el consuelo del mundo! Y lo que es más temible todavía, que es verdadero impedimento del consuelo verdadero v santo» 146. Por tanto, «si deseas recrearte en la memoria de Dios, debes rehusar toda otra consolación» 147. Y san Agustín: «Pierdan va­lor para ti las criaturas, para que sólo tu Creador endulce tu corazón» 148.

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos* 137

10. EL ALMA. Sí, desprecio el mundo va, reconozco la fal- sa alegría que es verdadera tristeza y la engañosa dulzura que es amargura mundana; por eso, según tu consejo, desprecio todas

447: «Los que gozan en hacer el mal y se recrean en la perversidad del vicio, se comportan como si estuvieran bajo el paroxismo de una risa descompuesta».

"4 SAN AGUSTIN, *Sobre el Evangelio de Juan VII,* l, en *Obras completas* XIII (BAC, 21968) 219.

1" SAN ANSELMO, *Liber exhortationum ad contemptum temporalium,* al final (PL 158, 6844

41' SAN BERNARDO, *Sermones en la Vigilia de Navidad IV,* 1, en *Obras completas* III (BAC, 1985) 161: «No es conveniente ni lícito brindaros algún consuelo humano. Sería bochornoso *y* de nada serviría. Pero lo más lamentable es que sería un obs­táculo al auténtico y saludable consuelo».

147 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Salmo 90,* IV, 2, en *Obras completas* II] (BAC, 1985) 47L la, *Sermones en la Ascensión del Señor* VI, 8 y 14, en *Obras completas* IV (BAC, 1996) 185 y 191; *Sobre el aurora Dios,* IV, I I, en *Obras* 1 (BAC, 4994) 315.

"" SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos* 30; 3, 8, en *Obras completas* XIX (BAC, 1964) 374. Cf. nota 11

stas cosas. Pero, si como tú dices, hombre, no puedo dejar de amar 149, ¿qué debo hacer?, ¿dónde dirigirme?, ¿dónde encon­trar el amor adecuado?

EL HOMBRE. Alma, si te conocieses perfectamente a ti mis­ma, sentirías desprecio por el mundo y por todo aquello que hay en el mundo; si comprendieras que eres de naturaleza celes­tial, rechazarías sin duda el consuelo terreno. «Avergüénzate, pues, de haber preferido el cieno, tú que eres del cielo» 150; aver­güénzate de complacerte en las cosas más bajas, pues sólo pue­des saciarte con las supremas. Eres, me parece, de naturaleza ce­leste y creo que naturalmente deberías desear y buscar, si la lo­cura carnal te lo permitiera, los gozos celestiales. Como afirma san Bernardo: «Qué dulce y deseable sería, unido a la dulzura del amor divino, vivir según la naturaleza, si no lo impidiese la insensatez de la carne; porque, curada ésta, la naturaleza pron‑

to alcanzaría las cosas connaturales a ella» 151.

11. EL ALMA. Y ¿qué es propiamente vivir según la natu­raleza?

EL HOMBRE. La manera más apropiada de vivir según la na­turaleza es llevar ya en la tierra una vida celestial, «volviendo de las cosas externas a las internas, ascendiendo de las inferiores a las superiores» 152 y «cumplir todo en conformidad con lo más noble, o mejor, excelente, del hombre, es decir, su entendimiento», como afirma el Filósofo en su *Ética* 153.

149 Cf. Nota 116. SAN BERNARDO, *Carta 103,* 2, en *Obras completas* VII \*(BAC, 1990) 38ss.

15° Ver antes: *Soliloquio I,* 19 (p.111) nota 5. Cf. SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar* 24, 6, en *Obras completas* V (BAC, 1987) 351. ID., *Sobre el amor a Dios,* 7, 18 y 21, en *Obras 1* (BAC 444), 327 y 331.

151 GUIGONIS CARTUSIENSE (Ps. BERNARDO), *1 Epistola ad fratres de Monte Dei,* VIII, 23 (PL 184, 323).

152 SAN AGUSTÍN (Ps), *De spiritu et anima,* 14 (PL 40, 790).

153 ARISTÓTELES, *X Etica Nicomaquea,* 7, en *Obras* (Madrid, 21973) 1304: «Si, pues, el espíritu, por lo que al hombre se refiere, es un atributo divino, una existen­cia conforme al espíritu será, por relación a la vida humana, verdaderamente divi­na. No hay, pues, que prestar atención a los que nos aconsejan con el pretexto de que somos hombres, no pensar más que en las cosas humanas y, con el pretexto de que somos mortales, renunciar a las cosas inmortales. Sino que, en la medida de lo posible, debemos hacernos inmortales y hacer todo para vivir en conformidad con la parte más excelente de nosotros mismos».

1. EL ALMA. Y ¿puede el hombre en la tierra, en *este valle de lágrimas* (Sal 83,7), llevar una vida celestial?

EL HOMBRE. Alma, si dudas y te maravillas de mis palabras, como las de un pecador, escucha a san Agustín y oye al apóstol Pablo. Mira lo que dice Agustín: «Tampoco nosotros, cuando percibimos con la mente lo eterno, en cuanto es posible, esta­mos en este mundo» 154 Y dice el Apóstol: *Somos ciudadanos del cielo* (Flp 3,20). Pienso, alma mía, que estás más verdaderamen­te «donde amas que donde animas» 155, porque «eres transfor­mada por la misma fuerza del amor y te asemejas a cualquier cosa que ames» 156. Por lo cual, si amas y contemplas las reali­dades celestes, ¿cómo no habitas ya en los cielos, siendo en vida semejante a los espíritus celestiales?

C) **El divino consuelo y las condiciones para lograrlo**

1. EL ALMA. iAy, infeliz y miserable! ¡Cuánto siento ha­ber estado tanto tiempo miserablemente cegada, haber andado errante tanto por las cosas transitorias y terrenas, ligada al amor de las vanidades del mundo, de las que saqué poco consuelo, pero mucha desolación y amargura, poco o ningún gozo, aun­que sí muchas y grandes tristezas en mi corazón! Dime, pues, hombre, cuál es ese consuelo celeste y cómo llegar a alcanzarlo en este valle de lágrimas y de miseria.

EL HOMBRE. Oh alma, según Bernardo: «Este consuelo no es otra cosa que la devoción que brota de la esperanza de alcan­zar el perdón, la fruición del bien, el paladeo —aunque momen­táneo— de la sabiduría, con que el bondadoso Señor alienta en esta vida el alma arrepentida. Este regalo excita el deseo y es­timula el amor» 157. **«Oh** alma, te preguntas qué es esta dulzura

154 SAN AGUSTÍN, *IV La Trinidad,* 20, 28, en *Obras completas* V (BAC, 4 1 985 ) 383.

155 SAN BERNARDO, *El precepto y la dispensa,* XX, 60, en *Obras completas* II (BAC, 21994) 311: «Nuestro espíritu hace acto de presencia allí donde está dando vida y donde está amando».

156 Lo insinúa HUGO DE SAN VÍCTOR, *De arrha animae* (PL 176, 954).

157 SAN BERNARDO, *Sermones en la festividad de Todos los Santos 1, 10,* en *Obras com­pletas* IV (BAC, 1986) 519.

suavidad que, cuando toca las almas devotas con el recuerdo del Amado, las llena de tal alegría que comienzan ya a salir de sí mismas. La conciencia se regocija y olvida la memoria todos los dolores, salta el espíritu, se aclara el entendimiento, el corazón se ilumina y se contenta el afecto. No saben dónde se encuentran, y como que abrazan con amor todo eso desconocido que en sí encuentran y que, sin embargo, desean mantener con to­das las fuerzas. El espíritu lucha placenteramente por no alejarse, como habiendo encontrado en ello el fin de todos sus deseos», dice Hugo 158. Este es, alma, ciertamente el divino con­suelo.

1. EL ALMA. Hombre, ¿quién me concederá que tan dulce e inexperimentado consuelo llegue a mi corazón, para que olvide todos mis males, desprecie el consuelo mundano y comience felizmente a salir de mí misma?

EL HOMBRE. ¡Qué grande, alma, lo que deseas! ¡Qué don inestimable el que ansías! Pero, a mi parecer, no se puede alcanzar con el esfuerzo humano, ni ganar con propios méritos, sino que lo obtienen, si acaso, quienes ruegan a Dios con humildes súplicas y, estando bien preparados, lo alcanzan únicamente por la condescendencia de la piedad divina. Porque *todo el oro a su lado es un puñado de arena y barro parece la plata en su presencia* (Sab 7,9).

1. EL ALMA. Y ¿cuál es, hombre, la disposición que se debe procurar para preparar el afecto de quien realiza tal petición?

EL HOMBRE. De esto pueden decir mucho los experimenta­dos, pero yo, reconociéndome inexperto, me sonrojo de decir la más mínima cosa. Porque temo que se me reproche: ¿por qué hablas de lo que no has gustado?, ¿cómo osas alabar indigna­mente lo que ignoras?

EL ALMA. No tengas miedo, hombre, de exponer con respe­to y humildad lo que has oído y leído, pues muchos explicaron útilmente a otros cosas grandes y difíciles, que no extrajeron de la propia experiencia, sino de la ciencia ajena.

ID Hugo DE SAN VICTOR, *De arrha animae, hacia* el final (PL 176, 970).

59 SAN BERNARDO, *Sermones en la Ascensión del Señor* V, 13, en *Obras* IV (BAC 473) 19L

9° SAN BENITO, *Regla,* Prólogo (BAC, 11994) 71: «Pero si, no obstante, cuando lo exija la recta razón, se encuentra algo un poco más severo con el fin de corregir los vicios o mantener la caridad, no abandones enseguida, sobrecogido de temor, el camino de la salvación, que forzosamente ha de iniciarse con un comienzo estre­cha. Mas al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor infalible, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios». También SAN GREGORIO MAGNO, *II Homilías sobre Ezequiel,* 5, 13, en *Obras* (BAC, 1958) 451; 16., *XX Moralia,* 33, 65 (PL 76, 177).

cámara en que es introducida el alma y bebe el vino gustoso per­fumado con la dulzura de la inestimable divinidad y la leche blanquísima de su incontaminada humanidad. !Alma, aquí be­ben los amigos, y los más amigos se embriagan! (Cant 8,2 y 5,1) 161. !Dichosa embriaguez, a la que sigue tan santa y casta sobriedad del cuerpo y del alma! Aquí el alma, como el borra­cho, se vuelve alegre y gozosa en las adversidades, fuerte y segu­ra ante el peligro, prudente y discreta en la prosperidad, genero­sa y piadosa para perdonar las injurias y, finalmente, se deja caer quieta y adormecida en el abrazo divino para que *su izquier­da esté bajo su cabeza* y la sostenga amablemente el Esposo y *su diestra abrace* (Cant 2,6) familiarmente a su amada 162.

1*7.* EL ALMA. Hombre, confieso con humildad y respeto que algunas veces, pocas por desgracia, al principio de mi con­versión, sucedió que, con gran esfuerzo, hice abstracción de lo terreno y procuré elevar mi espíritu a contemplar las cosas ce­lestes. Entré temblorosa y, mirando ruborizada en torno, vi los coros de ángeles, los palacios y los gozos de patriarcas y profe­tas, observé los pabellones de los apóstoles, los banquetes de los mártires, el regocijo de los confesores y las vírgenes, y pedí a cada uno como limosna un poco de consuelo, deseando las mi­gajas que caían de la mesa de los señores sin conseguirlas 163. Pero, es lastimoso decirlo, fui rechazada de inmediato por to­dos como peregrina y desconocida. ¿De qué sirvió, pues, esta costosa elevación del espíritu, si no obtuve ningún consuelo?

EL HOMBRE. Alma, no fue sin motivo el rechazo que lamen­tas. Pienso que la causa está en que quisiste participar del con­suelo antes de compartir el padecimiento (2 Cor 1,7); quisiste participar de la recompensa antes de imitar la virtud. Trata pri­mero, entonces, de ser compañera de los ángeles por la pureza y

161 Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos* 19, 30, 9, en *Obras completas* XIX (BAC, 1964) 339. SAN BERNARDO, *Sobre el amor de Dios,* XI, 33, en *Obras com­pletas* I (BAC, 21994) 349: «Sobria embriaguez que no se anega en vino... sino que arde en Dios».

162 Cf. SAN BERNARDO, *Sobre el amor de Dios,* 3, 10 *y* 4, 12, en *Obras completas* I (BAC, 21994) 313 *y* 319. También, *Sermones sobre el Cantar* 51, lss, en *Obras com­pletas* V (BAC, 1987) 661ss.

163 Cf. Mt 15, 27., 27

la inocencia; de los patriarcas y los profetas por la humildad y la firmeza de la fe; procura ser hija de los apóstoles y los mártires por la caridad y la paciencia; de los confesores y vírgenes por la piedad y la continencia; entonces obtendrás en este exilio, al menos como el hijo pródigo, la limosna del padre bondadoso (Lc 15,22ss).

En realidad, de SAN ANSELMO, *Liber merlitationam,* 13 (PL 158, 773).

165 SAN AGUSTÍN, *I Confesiones,* 5, 5, *en Obras completas II (BAC,* '11999) 329.

1. EL ALMA. Hombre, al fin reconozco y comprendo qué vanas e insípidas son las realidades que pasan; por eso, desprecio el mundo, tengo en nada los consuelos del siglo, huyo y aborrezco los goces humanos como veneno mortífero, lloro mi vida pasada como muerta, lavo y purifico con gemidos y lágrimas mi mísero espíritu; y si, aun en medio del llanto y el dolor, siento siquiera un poco la dulzura divina, sin embargo, infeliz, ham­brienta y sedienta, no gusto aun el pan de los hijos el vino de los amigos. Dice Bernardo: «Mi corazón, Señor, Dios mío, aún no ha probado *qué grande es tu bondad; tú la reservas para los que te* *temen* (Sal 30,20). Pues, desde fuera, me sustenta su olor, que es más suave que la fragancia del bálsamo y de todos los perfu­mes» 164. Señor Dios, si el solo perfume de tu dulzura es tan sublime, ¡cómo será su sabor! Si sólo probarlo entraña tal fuerza, ¡qué gozoso será embriagarse! «¡Oh! ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío?», dice Agustín 166.

EL HOMBRE. Te diré, alma devota, con todo respeto, que eres muy ávida y, ojalá no, presuntuosa. Mide tus fuerzas, considera tus méritos, pondera tus virtudes y entonces, si te agrada, conténtate humildemente en *correr en pos, con las doncellas, al olor de tus perfumes* (Cant 1 ,2s), más que en pretender presuntuosa lo que sobrepasa tus méritos.

1. EL ALMA. Hombre, iqué duro y severo consolador eres para mí, mísera, algunas veces! iQué avaro dispensador, si puedo decirlo así, de la bondad divina! No puedo callar ya, y digo con atrevimiento que no me basta el olor, que gustar un poco no me satisface plenamente, sino me aficiona: ahora mi afecto busca y ansía embriagarse. Pues conozco a quien dice: *amigos, bebed; queri‑*

*dos, embriagaos* (Cant 5,1). Si desmerece la indignidad de quien pide, alienta esperanza la bondad del que promete. ¿Cómo pue­do dudar, hombre, que quien no dudó en sufrir mis males, esté dispuesto a darme sus bienes? ¿Ignoras acaso, tú que has enseña­do a tantos la piedad de Dios, aquello que enseña san Agustín: «Avergüéncese la desidia humana: más dispuesto está él a dar que nosotros a recibir»? '66. Y el mismo, en *De la religión verdade­ra,* afirma: «El Señor *nos ha dado en arras el Espíritu* (2 Cor 5,5), en el cual hemos de sentir la verdadera dulzura. Codiciemos la fuen­te misma de la vida (Sal 35,10), donde en sobria embriaguez sea­mos inundados y bañados como *el árbol plantado junto a corrientes de agua* (Sal 1,5), que da fruto a su tiempo y no pierde sus ho­jas» 167. Y Crisóstomo: «Nada ilustra mejor la omnipotencia de Dios que el volver omnipotentes aquellos que esperan en él. Pues ningún engaño, ningún tropiezo podrá abatir el ánimo, si está recto, ni vencerlo, si es dueño de sí, de quien se apoya en Dios con esperanza» 168. Avergüéncese, pues, la humana desconfianza y sea maldito el temor pusilánime, convencida ahora que *el Señor es rico para todos los que le invocan* (Rom 10,12), y no niega genero­so sus bienes a cuantos ponen en él su esperanza. El eterno Padre, en quien *no hay cambio alguno* (Sant 1,17), ¿no nos envió a su Hijo, tan sólo por su absoluta liberalidad, en quien nos ha dado todo lo que tenía, todo lo que podía y todo lo que él mismo era? Porque si su liberalidad pudiera disminuir su inmensa bondad, bien podría entonces temblar nuestra flaqueza; pero «aquel que, no por gracia accidental, sino por esencia, es bueno» 169, no se empobrece al comunicar su bondad, ni se enriquece al añadir la bondad ajena.

"9 SAN AGUSTÍN, *Sermón 105, 1, 1,* en *Obras completas* X (BAC, 1983) 719- Cf. AGUSTÍN (Ps.), *De spiritu et anima* 6, al final (PL 40, 783s).

61 SAN AGUSTÍN, *La verdadera religión,* XII, 24s, en *Obras completas* IV (BAC, '1976) 97; ID., *El combate cristiano* IX, 10, en *Obras completas XII* (BAC 121) 491.

69 Tal sentencia la refiere SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar* 85,5. en *Obras completas V* (BAC, 1987) 1049: «Nunca se esclarece tanto la omnipotencia del Ver­bo como cuando hace omnipotentes a los que confían en él... Quien se apoya en el Verbo y se reviste de la fuerza de lo alto, no podrá ser derribado si está en pie, ni ser sometido en su señorío por ninguna especie de violencia, engaño o halago»,

99 SAN GREGORIO, *1 Homilías sobre los Evangelios,* 14, I, en *Obras* (BAC, 1958) 588s.

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditatiros* 145

20. EL HOMBRE. Alma, grande es tu fe, muy fuerte es la es­peranza y la confianza. Pero, aunque la esperanza que deriva de los propios méritos y de la confianza en la divina clemencia sea meritoria, loable y santa, te aconsejo que, antes de elevarte so­bre ti misma en busca de tal embriaguez, desciendas con la meditación por debajo de ti, para que aprendas a temer con reverencia a tu Esposo, antes que empezar a introducirte en su secreto aposento, a quien no sólo has de temer cuando se irrite, sino igualmente cuando te trate con suavísima bondad.

CAPÍTULO III

*LA CONTEMPLACIÓN DE LO CADUCO NOS
INDUCE A PENSAR EN LO ETERNO*

A) La muerte es inevitable

1. EL ALMA. Te ruego, hombre, que me digas con breve­dad cuáles son las realidades inferiores a las que debo dirigir mi atención. Me apresuro a subir, busco la embriaguez de la consolación divina, y no puedo detenerme mucho en las realidades inferiores. Deseo ya ingresar en *las amables moradas del Señor* (Sal 83,2), con todas mis ansias anhelo los atrios del Señor.

EL HOMBRE. Alma, éstas son las cosas inferiores: que te vuelvas y, al ver la inevitable necesidad de la muerte, gimas; la inexpresable rectitud del juicio divino y tiembles; la insoporta­ble dureza de las penas del infierno y te espantes.

1. Piensa con frecuencia, considera y reconsidera atenta­mente que la muerte no se puede evitar, que su hora no se pue­de descubrir y que el momento preestablecido por Dios no se puede cambiar. Dice Isidoro: «¿Hay algo más cierto en la vida humana que la muerte y algo más incierto que la hora de la muerte? La muerte no se compadece del pobre, no respeta al rico ni linaje alguno. No perdona conductas ni edades; está a la puerta de los ancianos y al acecho de los jóvenes» 170.

EL ALMA. Siento decir que nuestro vivir no es más que un paso hacia la muerte 171. Entonces, ¿por qué amar las cosas temporales que se poseen un tiempo tan incierto?, «ipor qué desear que sea tan larga nuestra existencia, en la que cuanto

170 Se encuentra literalmente en SAS: BERNARDO, A *los clérigos, sobre la conversión,* 8, 16, en *Obras 1* (BAC, 21994) 389.

171 San AGUSTÍN, *XIII La Ciudad de Dios,* 10, en *Obras completas* XVII (BAC 172) 871: *«Desde* el instante en que comenzamos a existir en este cuerpo mortal, nunca illamos *de* tender hacia la muerte». Cf. SAN alentaos), *Sermones sobre el Salmo 90 U,* 1, en *Obras* III (BAC, 1985) 615

más vivimos más pecamos, si cuanto más larga es la vida más aumenta nuestra culpa? Pues cada día más crecen los males y disminuyen los bienes» 172. «¿Quién puede ver cuántos males cometemos en cada momento y cuánto bien dejamos por hacer? Pues es ciertamente una grave culpa no desear ni cumplir el bien, dejando al espíritu divagar en cosas vanas e inútiles» 174.

3. EL HOMBRE. Dice san Gregorio en su *Moral:* «Los espí­ritus carnales, oh alma, aman las cosas temporales porque no piensan qué fugaz es la vida física. Si considerasen, en cambio, la velocidad de su paso no amarían ni la más mínima prosperi­dad que ha de durar tan poco» 174. El mismo dice: «Mi vida es parecida al navegante: ya duerma o vigile, va siempre presurosa hacia la muerte» 1721. «¡Oh vida presente, cuántos has engañado! Mientras huyes, no eres nada; apareces, pero eres som­bra; eres exaltada y eres humo; para los necios, dulce; para los sabios, amarga; quienes te aman es que no te conocen; bien te comprenden quienes te huyen. A unos te prometes larga, para engañarles; a otros breve, para llevarles a la desesperación» 176. El autor de *Del espíritu y el alma* escribe: «Ejercitemos nuestro espíritu con meditación continua y consideremos nuestras miserias: entramos en esta vida con dolor, la pasamos con fatiga y la abandonaremos con temor» 177. *Y* san Bernar­do: «Cuantos vivimos en la región de la sombra de muerte, en la debilidad del cuerpo, en el lugar de la tentación, si nos fija­mos con atención, arrastramos miserablemente esta triple molestia: somos fáciles de engañar, débiles para aguantar y frági­les en padecer» 174,

4. EL ALMA. Veo que en vano vivimos este tiempo si uno no se apresura a adquirir méritos para vivir en la eternidad. Pues, aunque a uno se le conceda poder vivir bien, a nadie se le

:2 SAN BERNARDO (Ps), *Meditaciones piissimae,* II, 5-6 (PL 184, 488ss).

173 Ibid.

574 SAN GREGORIO, *VIII Moralia,* 10. 25 (PL 75, 816).

175 SAN BERNARDO, Li*ber VII Epist,* 29 (ad Andream) (PL 77. 884s). '6 SAN AGUSTÍN (Ps), *Sermones ad fratres in cremo,* 49 (PL 40, 1332). 57 SAN AGUSTIN (Ps), *De spiritu et anima,* 49 (PL 40, 8161.

° SAN BERNARDO, *Sermones en el Adviento del Señor VII, I,* en *Obras III* (BAC,

1985) 107.

|  |  |
| --- | --- |
| *Soliloquio: cuatro ejercicios.* | *meditativos* 149 |

concede otro tanto para vivir mucho. Dice san Bernardo: «¡Qué seguro se vive con una conciencia tranquila! Sí, ¡qué serenidad se tiene cuando se espera la muerte sin miedo *e* incluso se la *de­sea* con amor y es acogida con devoción!» 179.

EL HOMBRE. Oh alma, si comprendes que así son las cosas, escucha mi consejo y «adquiere en esta vida, mientras dura, la que dura para siempre. Mientras vives en la carne, muere al mundo, para que después de la muerte del cuerpo comiences a vivir para Dios», dice san Bernardo 19°. Piensa que «nadie recibe la muerte con regocijo, sino quien con prolijidad se preparó a ella» 181. Y considera igualmente que, según Séneca, el necio, es decir, el pecador y criminal, al morir comienza la muer­te, mientras que el sabio y virtuoso, muriendo, vence la muerte 182.

EL ALMA. Hombre, ya veo que la muerte de los justos es dichosa (Sal 115,15: Mucho le cuesta al Señor la muerte de los que le aman), mientras que la de los pecadores es infeliz y mísera (Sal 33,22: La muerte matará al impío).

EL HOMBRE. Alma, dice san Bernardo que «dichosa es la muerte del justo por su descanso, mejor por su innovación, óp­tima por su seguridad. Pero *la muerte del pecador es pésima* (Sal 33,22). Escucha por qué: es mala porque pierde al mundo, peor porque separa de la carne, pésima por la doble destrucción de los gusanos y del fuego» (Jer 17,18; Is 66,24) 183; y, lo que es la suma desventura, por la privación de la contemplación divina 184.

179 SAN BERNARDO, *Las glorias de la nueva milicia,* I, 2, en *Obras* I (BAC. 21994) 499.

um SAN BERNARDO, Carta 105, en Obras VII (BAC, 1990) 389.

191 SÉNECA, Cartas a Ennio, 30, I I, en Obras completas (Madrid 1957) 492.

1E2 En Séneca no aparece esta sentencia. Véanse varias referencias del autor en la edición citada: *Cartas a Lucilo* 13, 15s (p.457); 23,8 (p.478); 30. nss (p.491); y 70, 3s (p567).

183 SAN BERNARDO, Carta 105, en Obras VII (BAC, 1990) 389.

184 Cf. Más adelante, párrafo 9.

B) La inefable rectitud en el juicio final

5. EL ALMA. Ya has hablado bastante de la muerte, dime algo ahora acerca del juicio final.

EL HOMBRE, Haré, alma, lo que me pides, pero te mego que escuches con paciencia. Debes saber que aunque es angustioso meditar sobre la muerte, no lo es menos, creo, reflexionar acerca del establecimiento del juicio final, porque en él ninguno po­drá engañar a la sabiduría, torcer la justicia, inclinar la clemencia, alejar la sentencia de condena y la justa retribución. Considera entonces, alma mía, con temor, qué será de ti en el día último, cuando tu conciencia hable contra ti por tus pensa­mientos (Rom 2,15s), cuando los elementos te acusen de tus acciones, cuando pongan la cruz como testimonio contrario, cuando hasta los azotes clamen en tu contra, aleguen las heridas, hablen los clavos, se lamenten las cicatrices. «¡Oh, qué an­gustia! Por una parte, los pecados que acusan; por otra, la justi­cia que aterra; dentro, la conciencia que abrasa; debajo, el ho­rrendo caos del infierno; encima, el Juez severo del justo Juicio; fuera, el mundo que arde; adentro, el temor al juicio de la justicia. Pues, *si el justo se salva a duras penas, ¿en qué pararán el impío y el pecador?* (1 Pe 4,18). ¿Dónde encontrar refugio? Esconderse resulta imposible; presentarse, insoportable» 185. Esto Bernar­do, v Anselmo, en sus *Meditaciones:* «¡Oh leño inútil y seco, dig­no del fuego eterno! ¿Qué responderás en ese día cuando se te pida cuenta de la menor mirada, del tiempo que te ha sido con­cedido para vivir y de cómo lo has empleado?» I". Alma mía, ¿qué será entonces de tus fatuos y ociosos pensamientos, de tus palabras ligeras, frívolas y ridículas, de tus obras vanas e infructuosas? Dice san Ambrosio, acerca de Lucas: «¡Desventurado de mí si no lloro mis pecados! ¡Desventurado si *no me levanto a medianoche a darte gracias!* (Sal 118,62). Ya *está el hacha puesta en la raíz de los árboles* (Lc 3,9), ¿haga frutos de gracia el que pueda y

NI SAN BERNARDO (Ps), *De interiori domo,* XXII, 46 (PL 184, 531). También: SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 20, en *Obras* II (BAC, 1953) 419.

'"'' SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 20, en *Obras II* (BAC, 1953) 417.

de penitencia el que deba!» 187. Oh alma, «ya estés vigilante o durmiente, resuene siempre a tus oídos aquella tremenda trom­pa: Alzaos, muertos, venid a juicio» 188. Alma, que no desaparezca de tu memoria nunca: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eter­no. Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino* (Mt 25, 41.34). ¿Se puede imaginar algo más lamentable y terrible que este *«Apartaos»?* ¿Qué puede haber más delicioso que este *«Ve­nid»?* Sólo dos palabras: nada más horrible que la primera, nada más gozoso de oír que la segunda. ¡Alma, sepárate ya del mun­do, para poder permanecer con Cristo! Huye del mundo para poder seguir a Dios. Rechaza la compañía y el trato con los per­versos, para poder estar al lado de los bienaventurados.

C) La severidad insoportable de las penas del infierno

6. Hechas todas estas consideraciones, dirige el rayo de la contemplación a los tormentos de los condenados: mira que son muchos, qué duros, qué horribles, qué insoportables. Dice san Bernardo a Eugenio: «Me horroriza este gusano voraz y esta muerte en vida» 189 «¡Oh región infernal! Un país áspero y riguroso, terrible y repelente. Es el país del olvido y de la aflicción, tierra lóbrega y miserable; allí no reina el orden, sino un horror eterno. Es el lugar de la muerte, del fuego abrasador y del frío glacial, del gusano que no muere y del hedor insoportable, de los martillos que machacan y de las densas tinieblas. Allí sólo existe la confusión del pecado, ruido de cadenas y aspecto horroroso de los demonios» '90. Y san Agustín: «¡Ay de aquellos para quienes se ha preparado el dolor de los gusanos, el ardor de las llamas, la sed sin alivio, el llanto y el rechinar de dientes, las lágrimas de los ojos, donde se desea la muerte que

" SAN AMBROSIO, *II Tratados sobre el Evangelio de Lucas* (3. 9), 76, en *Obras* I (BAC, 1966) 131.

I" SAN JERÓNIMO, *Carta 66, 10 , en Cartas* 1 (BAC, 1962) 629: «Ora leas, ora es­cribas, ora veles o duermas, resuene siempre en tus oídos como trompeta el amor. Ese clarín despierte tu alma». ID., *Regula monachorum* 23 (PL 30, 386) y 30 (PL 30, 430),

sE SAN BERNARDO, *V Sobre la consideración, al Papa Eugenio,* 12, 25, en *Obras ami­Netas* II (BAC, 11 9 94) 225.

I% SAN BERNARDO, *Sermones varios* 22, 6, en *Obras completas* IV (BAC, 1988) 321.

no será ya concedida!» 191, *la tierra de la oscuridad y el desorden* (Job 10,22). ¿Qué pesar, qué tristeza, qué luto crees que habrá entonces? Cuando sean separados los inicuos de la compañía de los justos y se les entregue al poder de los demonios, *e irán éstos a un castigo eterno* (Mt 25,46) junto a ellos, y allí habrá siempre llantos y gemidos, lejos de los gozos del Paraíso; no recibirán nunca más consuelo, sino que serán atormentados por innumerables años y jamás, ay miserables, serán liberados. Quienes allí atormentan y castigan no se cansarán, ni quien viene atormentado morirá. Porque aquel fuego de tal modo consume que, no obstante, siempre conservará en vida; así los tormentos antes sufridos se renovarán constantemente; así los condenados vivirán sin esperanza de perdón y de misericordia, al tiempo que morirán continuamente; y al morir, sin embargo, no se acabarán» 192.

1. *EL ALMA.* Hombre, ¿por qué en el infierno, como dices, se busca la muerte y no se alcanza? Y ¿cómo recibe una pena eterna lo que se cometió en el tiempo?

EL HOMBRE. «Porque a los que se ofreció la vida en este mundo y no la quisieron recibir, en el infierno buscarán la muerte, pero no la podrán alcanzar» 193. Por lo que dice Grego­rio: «Los inicuos con gusto hubieran querido vivir sin fin, para permanecer siempre en sus maldades. Por lo que incumbe a la distribución de justicia del juez no dejar sin castigo a quienes nunca apartaron en esta vida su alma del pecado» 194.

1. EL ALMA. «Oh muerte, iqué dulce serías ahora para aquellos que resultaste tan amarga! Sólo te desean quienes antes tan fuertemente te aborrecieron» 195. «¡Oh Jesús!, a causa de tu nombre haz por mí lo que ese nombre significa. Jesús, olvida a este soberbio que te provocó y ve al desgraciado que te invoca. Reconoce, oh clemente, lo que es tuyo y arroja lo que es extra­ño. Jesús, ten piedad, puesto que todavía es tiempo de miseri‑

. SAN AGUSTIN (Ps), *Liber de salutaribus documentis,* 49 (PI. 40, 1064). 199 SAN BERNARDO, *Meditationes,* II!. 10 (PL 184, 491).

93 SAN AGUSTÍN, *Serm. 229* (in Appendicc), 4 (PL 39, 2167L

191 SAN GREGORIO, *IV Dialagorum,* 44 (PL 77, 404).

195 SAN BUENAVENTURA. VI Serm*.* 350 a.1 4.2 4.2 (IV, 1037). Cf. INOCENCIO *III De contemptu mundi sive de miseria conditionis humanae* 9 (PL 217. 741).

cordia, para no condenarme en la hora del juicio» 196. «Es cierto --escribe Anselmo en las *Meditaciones—* que mi estado de con­ciencia merece la condenación y que mi arrepentimiento no basta para satisfacer; pero es cierto también que tu misericordia supera toda ofensa» 197. «Si eso hizo con el ángel, ¿qué hará conmigo, polvo y ceniza? El se insolentó en el cielo, yo en el estercolero. ¿No toleramos mejor la soberbia del rico que la del pobre? ¡Ay de mí! Si con tanta dureza ha castigado al poderoso por haberse ensoberbecido su corazón, sin servirle de nada la consideración de la soberbia como algo connatural en los poderosos, ¿qué se me exigirá a mí, que soy miserable y encima soberbio?» 198.

9. EL HOMBRE. Alma, si te parece terrible todo lo hasta ahora dicho, escucha esto que es aún más grave. Dice el Crisós­tomo sobre Mateo: «Mil infiernos que me propusieras no me parece tan grave como ser privado del gozo de la gloriosa compañía y de ser aborrecido por el Creador» 199. Alma, qué tremendo es el infierno! Pero aún es más temible el rostro airado del Juez. Y lo que sobrepasa todo terror es la privación eterna de la contemplación de la bienaventurada y felicísima Trinidad. Así dice el Crisóstomo: «Ser excluidos de los bienes eternos y ajenos a *lo que Dios ha preparado para los que le aman (* I Cor 2,9) (Sant 1,12; 2,5) causa tan aflicción que, aunque no existiese otro tormento exterior, esta pena bastaría por sí sola; y más val­dría soportar infinitas llamas que ver airado el mansísimo ros­tro de Cristo y luego ser alejado de él para siempre» 200. Y san Gregorio: «¡Oh, si pudiera saborear el corazón cuán admirable es esto que se dice: ¡*Que llega el Esposo!;* y qué dulce: *Las que esta­ban preparadas entraron al banquete;* y qué amargo: *Se cerró la puer‑*

lgt' SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 20, en *Obras completas* II (BAC, 1953)

419.

19' SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 21, en *Obras completas* II (BAC, 1953)

427.

nk SAN BENARDO. *Sermones sobre el Cantar,* 54, 8, en *Obras completas* V (BAC,

1987) 695.

19V SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homil. in Matth.,* XXIII, 8 (PU 57, 317). (9) Ibid

*ta* (Mt 25,6.10) !» 201. ¿Qué más quieres, alma? «Piensa qué mal inmenso sería estar separada del rostro de Cristo, privada del gozo de la contemplación divina, de la feliz compañía de todos los santos, morir a la vida eterna y vivir la muerte perenne, estar inmerso en la profundidad del abismo infernal, ser para siem­pre deshecha por gusanos voracísimos, no cesar las tribulacio­nes, padecer el miedo de un terrible incendio, con los ojos cega­dos por la amarga oscuridad del abismo humeante, sin sentir nada que lo ilumine pero sí que atormente», dice Próspero en su *Vida contemplativa 2°2 .*

*10.* EL ALMA. Ya tiemblo de pánico y desfallezco de horror. Dime, pues, hombre, ¿de qué sirve tal meditación lamentable?

EL HOMBRE. Creo, alma, que la meditación devota y asidua de estas verdades es remedio contra los pecados y saludable ejercicio en vistas a hacer el bien y soportar el mal. Bernardo se­ñala en una epístola: «Te espantan las vigilias y los ayunos y el trabajo manual; mas para el que medita en las llamas eternas son algo muy liviano. Además, el recuerdo de las tinieblas exte­riores consigue que no nos horrorice la soledad. Si piensas en el juicio futuro de las palabras ociosas (Mt 12,36), no te desagra­dará demasiado el silencio. Si llevas ante los ojos del corazón el llanto eterno y aquel crujir de dientes, te dará lo mismo dormir sobre una estera o un colchón» 203. Y san Agustín, en un ser­món: «El alma humana, vencida por los halagos y concupiscen­cias de este mundo, rehúye el esfuerzo, busca el placer y difícil­mente se le puede inducir a separarse de las costumbres adquiri­das en su vida precedente. Pero en cuanto empieza a reflexionar sobre la inevitabilidad del juicio futuro y el rigor de las penas eternas, voluntariamente comienza la lucha contra las pasiones y, movida por la esperanza del premio o por el temor al castigo, combate sus anteriores deseos y lucha seriamente por vencerse a sí misma»

201 SAN GREGORIO, *I Homilías sobre los Evangelios,* 12, 4, en *Obras* (BAC 170) 582.

JULIANPOMEIUO, *III De vita contemplativa,* XII, 3 (PL 59, 492).

2° SAN BERNARDO, *Carta 1,* 12, en *Obras completas* VII (BAC, 1990) 57. 2" SAN AGUSTÍN, *Serm. 196* (in Append.), 6 (PL 39, 2112).

1. EL ALMA. Ahora ya, hombre, que has asustado bastan­te a esta mísera que habita *en este valle de lágrimas* (Sal 83,7), no tan resultado infructuosas tus enseñanzas Pero ten compasión ya de esta miserable y haz lo que me habías prometido. Explícame un poco de la felicidad eterna, para que pueda encontrar al­gún consuelo en el alma, porque usar este contraste es reconfor­tante, ya que, según san Agustín, «tanto al castigar como al per­donar, se hacen las cosas bien cuando hay intención de que la vida de los hombres se corrija» 205. Y Séneca dice: «El espíritu humano es naturalmente rebelde y se encabrita y obstina con­tra los obstáculos y las dificultades y sigue más dócilmente que no es conducido» 206. Considera, pues, hombre, esta generosi­dad del espíritu humano que, a menudo, más fácilmente se con­duce con modos amables y premios que con brusquedad y casti­gos, que mejor se atrae con promesas confortantes que obligado con amenazas y terrores. Así *nuestra hermana, la esposa,* quería ser atraída por la fragancia de los ungüentos celestiales (Cant 1,3), del sabor de los carismas divinos y correr tras el Esposo si­guiendo el camino de sus mandatos (Sal 118,32), no ya por te­mor, sino por amor deleitable.
2. EL HOMBRE. Reconozco, alma, que es verdad lo que dices; pero ¡ay, cuántos son los que no siguen a Dios en la pros­peridad y es necesario atemorizarlos con la adversidad! Pues muchos no comprenden los dones divinos por su ceguera, o los pierden por su descuido en vanas ocupaciones. Dios, me pare­ce, está siempre dispuesto, en la inmensidad de su infinita bon­dad, más a favorecerlos con consuelo que a aterrarlos con dure­za, siempre que los hombres estuvieran igualmente dispuestos a recibir esta divina consolación. Pues ésta es tan preciosa y deli‑

cada que ni se puede ni conviene de ningún modo que se dé a todos indistintamente. Si tú, pues, aspiras a ella, después de ha­ber conocido todas estas cosas, procura tener la mente pura y el corazón bien dispuesto porque, según san Agustín, «el sumo Bien sólo puede ser percibido por los espíritus completamente

205 SAN AGUSTÍN, *Carta 153,* 6, 19, *en Obras completas* IXa (BAC, 31987) 355.

206 SÉNECA, *I De la clemencia, XXIV, en Obras completas* (Madrid 1957) 247. Cf. SAN BUENAVENTURA, *Comm. in Luc.* 5, 5 (VII, 114) nota 5.

purificados», y únicamente puede ser gustado, creo, por aquellas almas que tienen una disposición excelente. Pues muchos lo escudriñan muy pacientemente durante esta vida, pero no lo degustan para nada. Por lo que dice san Agustín: «Hazme gustar en mi afecto lo que se abre a mi entendimiento, hazme sentir por amor lo que descubro con el conocimiento» 208.

1. EL ALMA. Dime entonces, hombre, ¿qué disposición debe preceder en el afecto y el entendimiento para que, al con- templar las celestiales dulzuras, pueda al menos alcanzar una pequeña embriaguez en el alma? Pues hace tiempo que ejercito mi espíritu en esta especulación y, mucho me temo, nunca he sentido la más pequeña gota de esa dulzura celestial. Mucho he leído sobre la vida y conversión de los santos; mucho acerca de la naturaleza, operaciones y jerarquías angélicas; incluso algo sobre la inefable unidad de la divinidad y la incomprensible Trinidad de Dios; muchísimo de la inestimable felicidad de los bienaventurados y, empleando toda mi mente en estas cosas, todavía quedé, ay de mí, hambrienta y famélica, y aunque ex- clamé como san Agustín: «Padre clementísimo, hazme gustar con el afecto lo que percibo con la mente» 209, no he realizado progresos. Muchas veces, fatigada por el largo estudio y enfada- da conmigo misma, exclamaba con el Profeta: *¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás? ¿Para siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?* (Sal 12,2). Si me considerase indigna de alimentarme con el pan de los hijos, aguardaría deseosa, al menos, las peque- ñas migajas que caen de su mesa; pero la mayoría de las veces, anhelándolas a boca abierta, ¡ay, *en vano he gastado mi vigor!* (Is 49,4).
2. EL HOMBRE. Estas cosas, oh alma, que has deplorado y lamentado, suceden por una doble causa: a veces, por un piadoso y saludable designio de la bondad divina, como dice san

207 SAN AGUSTÍN, *I La Trinidad,* 2, 4, en *Obras completas* V (BAC, 41985) 133: «Se persuadan de la existencia del Bien sumo, visible a las almas puras, y de su in- comprensibilidad inefable, porque la débil pupila de la humana inteligencia no puede fijar su mirada en el resplandor centelleante de la luz si no ha sido robustecida por la justicia de la fe».

208 AGUSTÍN (Ps), *De contritione cordis,* 2 (PL 40, 944).

209 Cf. Nota 208.

Gregorio en su *Moral:* «El Padre piadosísimo suele diferir en el tiempo la respuesta a las voces de quienes le suplican para acrecentar en ellos el deseo, y para que vengan escuchados más en razón de los merecimientos, que aumentan con la dilación en ser atendidos» 21°. Y el mismo, en una homilía, dice: «Los san- tos deseos crecen con la dilación; pues si con la dilación desfallecen, no fueron deseos verdaderos» 211. Pues Dios, siendo clementísimo en orden a la piedad, a veces prolonga el momento de dar sus dones —dados con inmenso gozo—, para enseñarte a desear mucho y más ardientemente sus grandezas y a conservarlas, una vez obtenidas, con mayor cuidado a agradecimiento. Otras veces, en cambio, difiere la gracia por la desordenada disposición de quien la pide, como dice Bernardo: «Se equivoca quien aspira a mezclar la dulzura celestial con esta ceniza, el bálsamo divino con este veneno, los carismas del Espíritu con estos placeres» 212•

210 SAN GREGORIO, *XV Moralia,* 31, 61 (PL 76, 173).

211 SAN GREGORIO, *II Homilías sobre los Evangelios* 25, 2, *en Obras* (BAC, 1958) 654.

212 SAN BERNARDO, *Sermones en la Ascensión del Señor* VI, 13, en *Obras completas* IV (BAC, 1986) 191.

CAPÍTULO IV

*POR LA CONTEMPLACIÓN DE LAS
REALIDADES SUPERIORES PERCIBIMOS LOS
GOZOS DEL CIELO*

A) **Acerca del gozo celeste en general**

1. EL HOMBRE. Para ya no entretenerte ya más, alma, ni afligirte todavía con la demora, purifica la mente de vanos e inútiles pensamientos, de razonamientos naturales y curiosos, de distracciones extrañas y científicas. Purifica igualmente el corazón de la culpa y de sus consecuencias, de sus ocasiones y sus causas. Endereza tu razón, dilata y expande el afecto *y entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25,21) que, en esta vida, plenamente *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó* (1 Cor 2,9). «Inflámate, en cambio, alma mía, en el amor y el deseo de la vida eterna de los Santos, donde ni el trabajo será fatigoso ni el reposo será aburrido, sino que habrá alabanza a Dios sin fasti­dio ni defecto», dice san Agustín 213. Goza, pues, y exulta al considerar la recompensa de tu esfuerzo, pues es verdadera­mente tan grande que no se puede enumerar, tan preciosa que no se puede apreciar y tan abundante que no tiene término.
2. EL ALMA. Hombre, ya has hablado bastante en general; te ruego me digas ahora en particular de cada una de estas co­sas, ya que se entiende mejor lo que se dice de modo detallado que lo expresado genéricamente.

EL HOMBRE. Alma, ¿qué puedo decir? Cuando miro la glo­ria futura casi desfallezco por la admiración porque «el gozo es­tará dentro y fuera, por debajo y por encima, por todas par­tes» 214. Porque te gozarás en todas las cosas y por todo. Este

213 SAN AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes,* 25, 47, en *Obras completas* XXXIX (BAC, 1988) 523.

214 EDMERO, *Liber de S. Anselmo similitudinibus, 71* (PL 159, 643).

gozo tuyo, me parece, está prefigurado en el Apocalipsis en aquella dichosa mujer *vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza* (Ap 12,1). Ella designa, a mi entender, el alma feliz, hija del Rey eterno, esposa y reina: hija por natural creación, esposa por gracia de adopción, reina por donación de la gloria 215. Bien se dice *vestida del sol,* pues está adornada de la luz deificante, *coronada* con la dignidad del gozo eterno, en la cual, como especial adorno, tiene doce gozos, sim­bolizados en *doce estrellas* que decoran y adornan la felicidad so­brenatural.

3. Alma, tú debes examinar cada día devotamente estos go­zos, sin buscar otro consuelo de tu actual miseria y destierro y, en la esperanza de aquella felicidad, sostener con ánimo firme y alegre las tribulaciones de la vida presente. «No te inquietes, alma, si los malvados prosperan en este mundo mientras tú su­fres, si ellos gozan mientras tú estás atribulada; ¡los malvados, ay, ya no tienen parte alguna en el gozo celestial! No te preocu­pes si no tienes nada en este mundo; sino que la esperanza de aquel gozo al que te diriges sostenga tu afecto gozosa y pacien­temente ante las adversidades que encuentres en el camino», enseña Beda 216. Alma, «cuando te tienten los gozos mundanos, la falsa gloria del siglo, el poder breve y caduco, dirige allí tu mente y rechazarás todo esto como inmundicia», dice san Jeró­nimo en una carta 217. «Corre entonces, alma, no con pasos del cuerpo, sino con afectos y deseos, porque te esperan no sólo los ángeles y los bienaventurados, sino también el Señor y maestro de los ángeles y bienaventurados. Te aguarda Dios Padre como a hija queridísima, Dios Hijo como esposa dulcísima, y Dios Espíritu Santo como amiga gratísima. Te espera Dios Padre para constituirte heredera de todos sus bienes; Dios Hijo para

215 SAN JERÓNIMO, *Carta 54,* 3, en *Cartas* 1 (BAC, 1962), 451: «¡Qué cosa más hermosa que un alma que es llamada hija de Dios y no busca ornato exterior algu­no? Cree en Cristo y, rica con esta gloria, se dirige a su Esposo y tiene por marido al mismo que es su Señor».

216 BESA EL VENERABLE, *Comment. in Ps. 36* (PL 93, 674ss). Cf. W. ESTRABÓN, *Glossa ordinaria,* ad Iac. 1 (PL 114, 671s).

217 SAN JERÓNIMO, *Carta 52,* 10, en *Cartas* 1 (BAC, 1962) 419: «Pensemos en la cruz y reputemos por lodo todas las riquezas».

ofrecerte al Padre como fruto de su nacimiento y precio de su preciosa sangre; Dios Espíritu Santo para hacerte partícipe de su eterna bondad y dulzura. Te espera toda aquella familia bienaventurada de espíritus celestiales del Rey eterno para acogerte en su compañía» 218.

4. Empéñate sobre todo, entonces, en alcanzar esta compa­ñía, porque llegarás a ella con gran vergüenza si no la amas en *este valle de lágrimas* (Sal 83,7). «Cuantas veces te halagare la vana ambición del siglo, cuantas vieres algo glorioso en el mun­do, trasládate en espíritu al Paraíso. Empieza a ser lo que un día serás» 219. Piensa, alma, que si realmente tuvieras siempre pre­sente en tu mente los goces celestes, harías de este destierro un suburbio del reino celestial, en el cual pregustar cada día en es­píritu la eterna dulzura. Porque «tampoco nosotros, cuando percibimos con la mente lo eterno, en cuanto es posible, estamos en este mundo», anota san Agustín 220. Es tan grande, alma, la fuerza de tu amor que «nuestro espíritu hace acto de presencia allí donde está dando vida y más donde está amando» 221.

Éste es, alma querida, *el Reino de Dios dentro de vosotros* (Lc 17,21), que tan miserablemente descuidamos, mientras es­tamos disipados fuera en cosas vacías y vanas. «Dispersos en lo exterior y desviados de los bienes auténticos y eternos del reino, que está dentro de nosotros, buscamos fuera la compensación vacía de las vanidades y falsas locuras, hasta llegar a perder lo más genuino de la primitiva religión y de sus mismos signos ex­ternos» 222. Tú, pues, alma, del Rey eterno *hija, escucha e inclina el oído* (Sal 44,11), devotamente, a los santos y saludables con­sejos *y mira* contemplando el consuelo del reino celeste, *olvida tu pueblo y la casa de tu padre* detesta, es decir, el mundo, el demo­nio y a ti misma.

218 SAN BERNARDO, *Meditationes,* VI, 17 (PL 184, 496).

219 SAN JERÓNIMO, *Carta 22,* 41, en *Cartas* I (BAC, 1962) 207.

220 SAN AGUSTÍN, *IV La Trinidad,* 20, 28, en *Obras completas* V (BAC, 4 1 968) 383.

221 SAN BERNARDO, *El precepto y la dispensa,* 20, 60, en *Obras completas* II (BAC, 21994) 311.

222 SAN BERNARDO, *Apología del Abad Guillermo,* 10, 25, en *Obras completas 1* (BAC, 21994) 285.

**B) El gozo celeste en particular**

1. Mira y advierte devotamente cómo aquellos divinos y ce­lestiales espíritus, escapados del peligro de la presente vida y miseria, aunque no pueden apartarse del esplendor del sol eter­no, vuelven sin embargo el rayo de su contemplación unas veces hacia las cosas inferiores, otras a las superiores, algunas a las in­teriores y algunas a las exteriores.
2. Lo dirigen hacia las inferiores y se alegran por un triple motivo: primero, porque por la divina potencia vencieron a enemigos tan impíos, horribles y crueles; segundo, porque con la sabiduría divina evitaron todo error y pecado o se enmenda­ron de los anteriormente cometidos; tercero, porque con la divi­na clemencia escaparon de los lamentables e interminables tor­mentos eternos. ¿Cómo crees que pueden alegrarse, alma, cuando ven cada día a tantos vencidos por la carne, el mundo y el demonio, a tantos manchados por diversos pecados que no serán jamás perdonados, a tantos condenados eternamente sin fin? Entonces creo verdaderamente que el haber pasado de la muerte a la vida (Jn 5,24) redobla el gozo de vivir.

7. Oh Señor Dios, si es tan grande ahora el peligro en la lu­cha, cuánto más, pienso, ha de ser el gozo del triunfo, «cuando, vencido y derrotado el mundo, sumergido el impío Faraón y su ejército en el Mar Rojo, todos los elegidos al sonido del tímpa­no, salmodiando y cantando como María, alabando y bendi­ciendo al Señor, dicen a una sola voz: *Cantad al Señor que se cu­brió de gloria* (Éx 15,1)» 223,

Se colocarán entonces al centro dos serafines, es decir, dos coros de elegidos, los inocentes y los penitentes, clamando uno a otro: ¡*Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos!* (Is 6,3). Santo es Dios Padre que nos ha liberado tan poderosamente del mundo, de la carne y del diablo; Santo es Dios Hijo que nos ha justificado tan sabiamente de la pena y de la culpa; Santo es Dios Espíritu Santo que nos ha preservado con tanta clemencia

223 Cf. SAN JERÓNIMO, *Carta 22,* 41, en *Cartas* I (BAC, 1962) 206: «Cuando, pa­sado el Mar Rojo y hundido el Faraón con su ejército, al son del tamboril, entonará el himno que responderá el coro: *Cantemos al Señor».*

de los tormentos eternos. *Llena está la tierra de su gloria* (Is 6,3), que nos llamó de la miseria del mundo al gozo del reino ce­lestial.

¡ Oh alma, cómo ha de ser para ti el día en que seas admitida a este feliz coro, cuando se convierta en júbilo eterno todo lo que en la tierra y en el mundo pacientemente soportaste! Entonces tus labios exultantes alabarán al Señor Dios por todas estas co­sas, diciendo: *La misericordia del Señor por siempre cantaré* (Sal 88,1). «Este cántico —dice san Agustín en *La Ciudad de Dios—* cantado en alabanza de la gloria de Cristo, con cuya sangre he­mos sido liberados, será el más gozoso entre los ciudadanos del cielo», y el más dulce 224.

8. Tú, por tanto, cuando seas puesta a prueba en las tenta­ciones, sufras persecuciones, estés afligida por diversas tribula­ciones de este mundo, vuela con la mente al cielo y piensa que estas cosas no son más que la ocasión y el medio para conseguir un gozo infinito. Entonces, según san Gregorio, la considera­ción de los premios disminuirá la violencia del golpe: «Si consi­deramos cuáles y cuántos bienes son los que se nos prometen para el cielo, todo lo que hay en la tierra lo tiene el alma por vil» 225. Efectivamente, se hacen despreciables no sólo los bie­nes que poseemos con deleite, sino hasta los males que a veces, lamentablemente, debemos soportar: *«Porque estimo que los bie­nes del tiempo presente no son comparables* con la culpa pasada que se os perdona; se quedan en nada en comparación con la pre­sente gracia de desolación que se os da, y *con la gloria que se ha de manifestar* (Rom 8,18)» 226. Poseerás, alma, con gozo esta gloria cuando sepas perfectamente haber vivido con tanto peligro en el mundo, en que muchos sucumbieron; haber vencido las fala­ces astucias de los demonios, en que muchos cayeron; que te

224 SAN AGUSTÍN, *XXII La Ciudad de Dios,* 30, 4, en *Obras completas* XVII (BAC, 42000) 1720: «Sabemos que la mayor alegría de esta ciudad será cantar un cántico de gloria a la gracia de Cristo, que nos libertó con su sangre».

225 SAN GREGORIO, *II Homilías sobre los Evangelios* 37, 1, en *Obras* (BAC, 1958) 741.

226 SAN BERNARDO, *A los clérigos, sobre la conversión,* 21, 37, en *Obras completas 1* (BAC, 21994) 419.

has librado de los suplicios eternos, con los que muchos otros son atormentados.

EL ALMA. Hombre, qué verdadero y saludable es este con­suelo, pues, al examinar las cosas que me has propuesto, en­cuentro no poco consuelo en la esperanza que me has devuelto. Pero, Señor Dios, ¿cómo será cuando posea realmente las cosas que ahora espero?

C) **El triple gozo de los bienaventurados por cuanto
los rodea**

1. EL HOMBRE. Oh alma, son mínimas las cosas que has escuchado, o en comparación, casi nada lo que tienes en la mente, pero si elevas un poco los ojos del espíritu puedes volver una y otra vez acerca de cuánto gozo recibirás de aquellas reali­dades que están junto a ti. Recapacita, pues, considerando el lu­gar tan hermoso que construyó para ti la sabiduría divina; pien­sa en el delicioso sustento y el exquisito 227 adorno, el tesoro precioso (Mt 13,44) que te ha proporcionado la potencia eter­na; observa también la ilustre compañía con la que tu espíritu se regocijará eternamente de la divina clemencia.
2. Ten en cuenta, alma, cuán gloriosa es «la ciudad celes­tial, mansión segura, patria que contiene todo deleite», dice Bernardo 228. Considera qué luminosa y espléndida es la ciudad celestial que *no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren* (Ap 21,23), porque el mismo Señor, *sol de justicia, con la salud en sus rayos* (Mal 3,20), *reflejo de la luz eterna* (Sab 7,26), es su luzy *su lámpara es el Cordero* (Ap 21,23). ¡ Oh, qué *glorias se dicen de ti, ciu­dad de Dios!* (Sal 86,3). *¡Oh Israel, qué grande es la casa de Dios, qué vasto el lugar de su dominio!* (Bar 3,24). Alma, aun viviendo aquí en el cuerpo, mora allí ya con la mente; porque allí está «el des­canso sin trabajo, la vida sin muerte, la juventud sin vejez, la luz

227 DU CANGE, *Glossarium mediae et infimae latinitatis* II, 716. «Curiosus»: elegan­te, exquisito.

228 SAN BERNARDO, *Meditationes,* IV, 11 (PL 184, 492).

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos*

sin tinieblas» 229, la paz imperturbable. Porque dice el Señor: *Habitará mi pueblo en albergue de paz, en moradas seguras y en posadas tranquilas* (Is 32,18).

1. Y ¿cuál será allí nuestro alimento sino el Cordero beatísimo, aquel blanco e inmaculado Jesús, Hijo de Dios Padre y María Virgen, del cual serán servidas a los espíritus bienaventurados hasta la saciedad abundantes porciones de su purísima Humanidad y excelentísima Divinidad? Oh, ¡*dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero!* (Ap 19,9). «Allí siempre habrá sed y saciedad, pero de manera admirable la necesidad estará muy lejos de la sed y el fastidio muy lejos de la saciedad» 2302 Porque *se saciarán de los bienes de tu casa, en el torrente de tus delicias los abrevas* (Sal 35,9).
2. EL ALMA. Dime, te ruego, ¿cuándo sucederá esto?

EL HOMBRE. Pienso que no será antes de que aquel amable copero del gran Rey, *resplandor de la gloria del Padre* (Heb 1,3), re*flejo de la luz eterna, espejo sin mancha* de la claridad divina, *imagen de su bondad* (Sab 7,26), *al que los ángeles ansían contemplar (1 Pe* 1,12), *cuando tal y tan* gran Señor *se ceñirá y los hará sentar a la mesa y yendo de uno a otro les servirá* (Lc 12,37) personalmente 2312 ¡Oh alma, medita devotamente tales cosas! ¡Cuánto gozo han de experimentar entonces los espíritus bienaventurados o tan estupendo servidor, con la caridad admirable de todos los invitados, con la deliciosa abundancia de manjares, con el elevado número de servidores, y de instrumentos músicos y de cuantos salmodian, cantan y alaban al Rey de la gloria, Dios e Hijo de Dios, con dulces resonancias! En este divino, grande y admirable banquete, oirás proclamar el júbilo de los ángeles, los salmos de los apóstoles, los triunfos de los mártires, las alabanzas de confesores y vírgenes, la alegría de los patriarcas y profetas, y las alabanzas unánimes de todos los santos y elegidos Dios al Padre, al Hijo y Espíritu Santo, exclamando a una sola

229 SAN AGUSTÍN (Ps), *Soliloquia animae ad Deum,* 35 (PL 40, 895); *Sennones ad. fratres in eremo,* 65 y 67 (PL 40, 1351 y 1353).

230 SAN GREGORIO, *XVIII Moralia,* 54, 91 (PL 76, 94). Cf. SAN AGUSTÍN (Ps) *Speculum,* 29 (PL 40 980).

231 SAN BERNARDO, *Sobre el amor de Dios,* XI, 33, en *Obras completas 1* (BAC 21994) 347.

*voz: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos; llena está la tie­rra de su gloria* (Is 6,3). «¡Qué glorioso es el Reino en que con Cristo reinan todos los Santos, *vestidos con blancas vestiduras* (Ap 7,9), siguiendo al Cordero adondequiera que vaya! (Ap 14,4)» 232. Alma, ¿cómo podrá faltar algún bien donde hay tan­tos y variados motivos de júbilo?

13. Mira a tu alrededor el coro de todos los santos, congre­gados por la divina clemencia para colmar tu dicha; porque «la posesión de ningún bien es sabrosa sin particionero», dice Sé­neca 233. Y san Gregorio: «¿Qué lengua es capaz de decir, ni en­tendimiento de comprender, cuán grandes son los gozos de aquella ciudad celeste, hallarse entre los coros de los ángeles, colocado con los felicísimos espíritus, estar de asiento en la glo­ria del Creador?» 234,¡no separarse ya más de la compañía su­mamente feliz de los bienaventurados, sino participar conti­nuamente con ellos de su mismo gozo para siempre! Dice san Anselmo: «porque allí todos serán conocidos y conocerán sin­gularmente. Por lo que no se ignorará de qué patria, de qué pue­blo, de qué estirpe proceden» 235. Allí será tan dichosa y perfec­ta la caridad de los justos que «cada uno amará a su prójimo tanto como a sí mismo» 236. De lo que se seguirá un bien inesti­mable por el que «te alegrarías por cada uno tanto como por ti» 237. Y, además, como el número de los elegidos es inconta­ble, ¿quién podrá describir adecuadamente el gozo de los bien­aventurados?

 14. «¿Qué tal será aquel día cuando María, la Madre del Señor, te saldrá al encuentro con el cortejo de los coros de vírge­nes; cuando el Esposo mismo te saldrá a recibir y te dirá: *Levántate, amada mía; hermosa mía, ven, porque, mira, ha pasado ya el in­vierno, han cesado las lluvias y se han ido* (Cant 2,10s). Entonces se

232 BREVIARIO ROMANO, Fiesta de Todos los Santos (1 Nov.), Antif. Magnificat II Visp.

233 *Cartas a Lucilo,* 6, 4, en *Obras completas* (Madrid 1957) 443.

234 SAN GREGORIO, *II Homilías sobre los Evangelios* 37, 1, en *Obras* (BAC, 1958) 741.

235 EADMERO, *De S. Anselmi similitudinibus,* 59 (PL 159, 635).

236 Ibid.

237 SAN AGUSTÍN (Ps), *De spiritu et anima,* 57 (PL 40, 822). Cf. SAN ANSELMO, *Proslogio,* 25 final, en *Obras completas* I (BAC, 1952) 403.

maravillarán los ángeles, y te preguntarán: ¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada en su amado? (Cant 8,5). Y te contemplarán, Hija de Sión, y te alabarán. Entonces los ciento cuarenta y cua­tro mil que están delante del trono y los ancianos harán sonar las cítaras y cantarán el cántico nuevo (Ap 14,1 ss). Entonces te elevarás segura entre los brazos del Esposo, diciendo con júbilo: Encontré al amor de mi alma. Le aprehendí y no le soltaré (Cant

Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos 167

**3,4)».** Así dice san Jerónimo 238. Entonces los siete hijos del

**gran** Job, que fue el más grande de todos los hijos de Oriente, celebra­rán banquetes en casa de cada uno e invitarán a sus hermanas (Job 1,2-4), a ti, su compañera. Y cada uno te dirá: ¡Bebe y comparte la alegría con nosotros! (Jds 12,17), pues has encontrado gracia ante **el** sumo Príncipe. Y responderás con alegría diciendo: Beberé, es­taré alegre, pues nunca, desde el día que nací, estimé tanto mi vida como ahora (Jds 12,18). ¡Oh qué grandeza verdaderamente inau­dita! ¡Oh alegre y jovial excelencia, nunca antes escuchada en este mundo! Me parece que toda la pompa del mundo, en com­paración, no sería apenas una minúscula gota.

15. EL ALMA. Hasta ahora he callado, hombre, y he esta­do callada bastante, escuchando con placer y gran admiración cuanto me proponías. No continúes, te ruego, hasta exponerme más perfectamente algo de esa celestial convivencia entre los es­píritus, pues antes algo ya dijiste, pero refiriéndote a ello muy brevemente 239.

EL HOMBRE. Preferiría, alma, callar por ahora sobre lo que me pides, más que responder brevemente sobre este misterio divino con labios impuros y ni siquiera tratar de entenderlo mentalmente: pues estando todavía aquí, ¡ay!, implicado en co­sas mundanas y superficiales y, ¡ay!, ¡ay!, alimentándome aún de las *algarrobas de los cerdos* (Lc 15,16) como los demás, mucho me confunde y sonroja hablar de relaciones tan familiares a los espíritus celestiales. Pero, como no quiero contradecir tus pia­dosos deseos, te diré con brevedad lo que, aun indignamente, alguna vez el Espíritu inspiró en mi mente. Pues aunque en aquel celeste recinto, en que la plenitud de todos los bienes es

238 SAN JERÓNIMO, *Carta 22,* 41, en *Cartas* I (BAC, 1962) 206.

239 Cf. Más arriba, párrafos 11s.

en todos ellos perfecta (1 Cor 15,28), y aun siendo concedidas algunas de modo más excelente en virtud de la diferencia de los méritos (Jn 14,2), no obstante, como afirma san Gregorio, «gra­cias a la inmensidad de la inestimable misericordia divina, nada se posee allí individualmente» 240. Allí todos los bienes son co­munes a todos, en virtud de aquel que es *todo en todos (1* Cor 15,28). Allí la virgen gozará del mérito de la santa viudedad, y la viuda se regocijará con el privilegio de la casta virginidad; el confesor exultará por el triunfo de los mártires y el mártir se ale­grará con la victoria de los confesores; el profeta alabará la pia­dosa conversación de los patriarcas, y el patriarca dará gracias por la fe y la visión de los profetas. Los apóstoles y los ángeles gozarán del mérito de todos sus inferiores y éstos se alegrarán de la corona y gloria de sus superiores. Pues por el vínculo de aquel santo y perfecto amor sucederá que allí cada uno tendrá en otro aquello que no posee en mérito propio.

16. EL ALMA. Ni aun esto, hombre, es suficiente para tranquilizar mi espíritu; por eso te ruego que no sigas adelante sin explicarme de forma singular y detallada algo más de este convite.

EL HOMBRE. Alma, bien sabes que «sólo balbuciendo, como podemos, nos hacemos eco de las realidades sublimes de Dios» 241. Pero no sorprende esto, pues siendo poco aptos para entender, ¿cómo podemos expresar adecuadamente aquellas cosas altísimas, que contemplamos con ojos legañosos, si son más verdaderas de lo que comprendemos y mejor entendidas de lo que expresamos por las palabras? Pero, para no entretenerte demasiado, escucha lo que se representa el entendimiento, aun­que poco guste el afecto. Pienso que aquellos siete hijos que he­mos recordado antes (más arriba, párrafo 14. Cf. Job 1,2) son

240 SAN GREGORIO, *IV Moralia,* 36, 66 (PL 75, 677); V, 36, 66 (PL 75, 715s) y V, 46, 86 (PL 75, 729s); ID., II *Homilías sobre Ezequiel,* 4, 6, en *Obras* (BAC, 1958) 434s: «porque, aunque sea distinto el mérito de cada uno, no habrá diversidad de gozos; porque, aunque el uno goce más y el otro menos, a todos alegra un mismo gozo». ID., *IV Dialog,* 35. (PL 77, 380). Cf. SAN AGUSTÍN, *Sobre el Evangelio de Juan,* 67, 2, en *Obras completas* XIV (BAC, 1957) 369.

241 SAN GREGORIO, *V Moralia,* 36, 66 (PL 75, 715). Cf. SAN AGUSTÍN, *VII La Tri­nidad,* 4, 7, en *Obras completas* V (BAC, 41985) 475.

todos los espíritus santos y elegidos, herederos e hijos del altísimo Padre. Ellos *solían celebrar banquetes en casa de cada uno por turno* (Job 1,4), cuando se alimentan recíprocamente de los gozos celestes, en los que cada uno ofrece manjares deliciosísimos, según la gloria que ha recibido por sus méritos. El primer día toca al primogénito, representante de las categorías angélicas, que no sin motivo se denominan primogénitos, pues son los primeros que por creación y conversión a Dios, del que nunca se alejaron por el pecado, siempre unidos en el amor inamovible de Dios Padre y los primeros de todos en poseer la bienaventurada herencia del Reino celestial. Éstos, alma, en su convite ofrecen distintos preciosos y deliciosos alimentos: cada orden o categoría de ellos distribuyen gozos particulares, según lo más excelente que recibió en don 242.

17. Piensa, alma, qué manjar te ofrecen aquellos sumos espíritus que componen el orden de los serafines: ellos, que «por su particular aproximación a su Creador arden en un amor comparable, tan cercano a Dios que entre ellos y Dios no hay otro espíritu alguno» 243, lo contemplan más inmediatamente y gozan más perfectamente de sus bienes infinitos. ¿Qué gloria crees que pueden darte de la nobleza de su naturaleza, de la claridad de su contemplación, de la sinceridad de su amor? Éstos que denominamos Serafines, adornan el banquete con el ardor de la divina caridad; los Querubines con el resplandor de eterna claridad; los Tronos con la rectitud de la majestad divina; las Dominaciones con la excelencia del dominio sobre los otros; los Principados con la magnificencia de presidir a los inferiores; las Potestades con la autoridad para someter los espíritus malvados; las Virtudes con el poder de hacer milagros; Arcángeles con el honor de anunciar las realidades más altas los Ángeles con la agilidad de revelar los secretos menores de ciencia divina. Ya ves, pues, de qué modo cada uno suministrar las mentes de los bienaventurados los gozos celestes que recil

242 SAN GREGORIO, *Homilías sobre los Evangelios* 34, 14, en *Obras* (BAC, 19 720: «Mas no por eso les da a todos un mismo nombre, sino que los que han recibido un don más plenamente, reciben el nombre particular correspondiente a don».

243 Ibid., 10 (p.717).

más especialmente en premio en la morada celestial. Pero no es de extrañar que aquellos que fielmente nos guardan *en este valle de lágrimas* (Sal 83,7) y con todas las fuerzas nos conducen a la patria de la eterna bienaventuranza, nos brinden, para nuestro gozo, las cosas antedichas y otras muchas que están todavía ocultas para nosotros. Dice Bernardo: «¡Ay si supieras con qué cuidado y solicitud los bienaventurados espíritus están en me­dio de los que cantan, asisten a los que oran, están con los que meditan, protegen a los que descansan, acompañan a los que trabajan!» 244. Alma desnutrida y famélica, si con la boca espiritual abierta tomases en este banquete siquiera *las migajas que caen de la mesa de los amos* (Mt 15,27), pienso que, ya desde aho­ra, sufrirías más pacientemente esta peregrinación y todas las penalidades. Creo que si probaras una gota de aquel vino, re­chazarías todas las dulzuras de este mundo. Como dice san Gregorio en su *Moral:* «Una vez que el corazón se pone en las cosas celestiales —entiéndase, por gustarlas—, en seguida se da cuenta qué despreciables son las cosas que antes tenía por tan altas» 245.

18. Oh alma querida, ¿qué decir del convite de los patriar­cas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, que no sin motivo vienen representados en los otros seis hijos? Cada uno ofrece tantos manjares en su banquete como fueron en su vida las obras de virtud. Y ¿quién podrá medir el gozo que cada alma recibe de la humildad y sencillez perfectísima de los san­tos patriarcas, la fe y la fidelidad ciertísima de los profetas, la gran caridad y diligencia de los apóstoles, la firmeza y paciencia de los mártires, la piedad y clemencia de los confesores, la casti­dad y continencia de las vírgenes? «¿Qué lengua es capaz de de­cir, ni entendimiento de comprender, cuán grandes son los go‑

244 SAN BERNARDO, *Meditationes,* VI, 16 (PL 184, 495s).

245 SAN GREGORIO, V *Moralia, 1,* 1 (PL 75, 679s); VII, 27, 46 y 13, 28 (PL 75, 830 y 817s); XXVII, 16, 32 (PL 76, 417s). ID., *I Homilías sobre Ezequiel,* 10, 43, en *Obras* (BAC, 1958) 360s: «Cuando uno ha gustado ya con el paladar del corazón cuál sea la dulcedumbre de los premios celestiales [...] a éste, cuanto más dulce le es lo que interiormente ve, tanto más amargo se le trueca todo lo que soporta por defuera». ID., *I Homilías sobre los Evangelios, 11,* 2; y II, 25, 2 al final, en *Obras* (BAC, 1958) 576 y 656.

zos de aquella ciudad celeste, hallarse entre los coros de los ángeles, colocado con los felicísimos espíritus, estar de asiento en **la** gloria del Creador, mirar presente la faz de Dios, ver la luz infinita, no ser afectados por el temor de la muerte y gozarse del don de la perfecta incorrupción?», dice san Gregorio 246.

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos 171*

1. ¡Oh qué feliz será para ti el día en que regreses a la heredad de tus padres y, en medio de un inestimable gozo, seas llevad con todos e introducida felizmente en el tálamo del gran Rey! ¡Despierta, alma mía!, y con la célebre reina (1 Re 10,1 ss; 2 Cor **9,1ss),** con aroma de virtudes, tesoros de buenas obras y fasto celestiales deseos, asciende a la Jerusalén celeste y contempla cuidadosamente cada una de estas cosas; mira que la realidad vence a la fama, la gloria supera las palabras y entonces, con gran júbilo en el corazón, podrás decir como Pedro: *Señor, ¡qué bueno es estar aquí! (Mt* 17,4). Aquí están el padre, la madre, la hermana, el hermano, **la** patria. Señor, ¡permítenos quedarnos aquí, que nunca nos alejemos! Y con san Ambrosio: «Corramos, alma, hacia la patria verdadera: allí está la patria a la que somos destinados; el Padre, por quien fuimos creados; ésa es la mansión segura, *la Jerusalén del cielo* ***que es*** *nuestra madre* (Gál 4,26)» 247. Y san Anselmo: «Oh alma, tan grande debe ser en esta vida el amor a Dios y el deseo de llegar al ***fin*** para el cual has sido creada, el dolor de no haberlo ya conseguido, el temor de no llegar, que no debes sentir ninguna alegría m que por aquellas cosas que te son una ayuda para ello o te proporcionen una esperanza de llegar» 248.

**D) El triple gozo de los bienaventurados resultante de
la vida interior**

1. También nuestro cuerpo, que se compone de cuatro elementos, será debidamente recompensado con cuatro premios. Pues entonces la tierra recibirá inmortalidad perenne (Sal **84,10);** el agua, completa impasibilidad; el aire, veloz agilidad,

246 SAN GREGORIO, *II Homilías sobre los Evangelios* 37, 1, en *Obras* (BAC *170)* 471.

**247** SAN AMBROSIO, *Liber de Isaac et anima,* VIII, 78 (PL 14, 559).

**248** SAN ANSELMO, *Por qué Dios se hizo hombre,* I, 20, en *Obras* I (BAC, 1952) 807

y el fuego, claridad esplendente 249. «En la patria eterna los co­razones de los bienaventurados se iluminan recíprocamente por su claridad y se transparentan por la pureza; allí al contem­plar el rostro de cada uno se penetra la conciencia; allí el cuerpo no esconde a los ojos de los demás el alma de cada uno» 250.

Porque, como el alma obedecerá de modo perfecto a su Crea­dor, el cuerpo con prontitud responderá a su motor 251. Allí to­das las facultades sensibles estarán en actividad: el ojo verá una belleza incomparable, el gusto sentirá un sabor dulcísimo, el ol­fato percibirá un aroma suavísimo, el tacto abrazará los objetos más deliciosos, el oído estará recreado por sonidos agradabilísi­mos. «Aleja, pues, de ti el amor a la vida presente y venga el amor a la vida futura, donde ninguna adversidad preocupa, nin­guna necesidad angustia, ninguna molestia inquieta, porque allí reina perenne alegría» 252. Allí «nuestro ser no tendrá muer­te, en él nuestro conocer no tendrá error, en él nuestro amor no tendrá ofensa» 253. «Excluya toda deformidad, toda debilidad, toda pesadez, toda corrupción y todo aquello que sea contrario a la hermosura de ese Reino en el que los hijos de la resurrec­ción y de la promesa serán igual a los ángeles de Dios, si no por

249 SAN BERNARDO, *Sermones en la fiesta de Todos los Santos* IV , 6, en *Obras com­pletas* IV (BAC, 1986) 555ss: «Si queremos que la gloria habite en nuestra tierra y, como dice el profeta, el orbe entero se llene de la majestad del Señor, busque­mos cuatro cosas en conformidad con los cuatro elementos que lo integran... Re­ciba, pues, nuestra tierra la inmortalidad para que no tema convertirse en polvo... Para ello se le da el agua de la más absoluta impasibilidad... Además de esto, nuestro cuerpo desea la ligereza, ya que el aire es uno de sus elementos... Tampo­co le faltará la belleza, como plenitud de ese otro elemento suyo que es el fuego...».

25') SAN GREGORIO, XVIII *Moralia,* 48, 77ss (PL 76, 83ss); SAN AGUSTÍN, *XXII La Ciudad de Dios,* 30, 1, en *Obras completas* XVII (BAC, 41988) 1717: «Es cierto también que el espíritu se presentará al instante donde el espíritu quiera». ID., *Ser­món 242, III,* 5 y VIII, 11, en *Obras completas* XXIV (PL 41, 801) 472 y 447.

251 SAN AGUSTÍN, *Cartas,* 143, 1, en *Obras completas,* XIa (BAC, 31987) 177. ID., *Cartas,* 205, 11, en *Obras completas* IXb (BAC, 31991) 961ss. ID., *XII Del Génesis a la letra,* en *Obras completas* XV (BAC, 21969) 1267. ID., *Sermón 242,* 8, 11, en *Obras completas* XXIV (BAC, 1983) 476s; *Sermón 277, 7,* 7, en *Obras completas* XXV (BAC, 1984) 31. ID., *XIII La Ciudad de Dios,* 20, en *Obras completas* XVI (BAC, 41988) 893. ID., *Enarraciones sobre los Salmos* 140, 5, en *Obras completas* XXII (BAC, 1967) 640s.

252 SAN AGUSTÍN (Ps), *De conflictu vitiorum et virtutum,* XXVI (PL 40, 1103). 253 SAN AGUSTÍN, *XI La Ciudad de Dios,* XI, 28, en *Obras completas* XVI (BAC, 52000) 765.

Cuerpo ni por edad, sí por felicidad”254. Allí habrá vida sin muerte, juventud sin vejez, gozo sin tristeza, paz sin discordia, voluntad sin defecto, luz sin tiniebla, reino eterno sin cambio» 255. Allí, «ciertamente, todo lo que quiera será, y lo que no quiera, no será.256

21. Considera también cuánto se alegrará el espíritu do volverá a unirse al cuerpo, como has oído, no aquel que llevé con dolor y dominó con esfuerzo, del que muchas veces dijiste, entre temerosa, sufriendo impaciente y clementemente airada: *¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?* (Rom 7,24). No será ya ciertamente así, sino que será perfectamente dócil y espiritual, tal que te servirá de gozo en la contempla­ción, y de aumento de la eterna felicidad. Porque es cierto que **la** misma alma nunca desearía volver a tomar cuerpo, si éste, aun estando glorificado, le impidiera la contemplación de Dios. Pero, según la opinión y enseñanza de san Agustín 257, las mis­mas almas santas desean recuperarlo y esperan unirse de nuevo **al** cuerpo, porque, si no lo tuvieran, su felicidad y gozo no sería completo, y tanto más lo desean en cuanto de algún modo im­pide y retarda también su contemplación. Dice san Bernardo: **«iOh** carne miserable, deforme y repugnante! las almas santas, Imágenes vivas de Dios, y rescatadas con su propia sangre, te

254 SAN AGUSTÍN, *XXII La Ciudad de Dios,* 20, 3, 3, en *Obras completas* XVII (BAC, 4 1 98 8 ) 1683.

255 SAN AGUSTÍN (Ps), *Semi. ad fratres in eremo,* 65 (PL 40, 1351).

256 SAN ANSELMO, *Proslogio,* 25, en *Obras completas* I (BAC, 1952) 399.

257 SAN AGUSTÍN, *XII Del Génesis a la letra,* 35, 68, en *Obras completas* XV (BAC, 21969) 1267.

258 SAN BERNARDO, *Sermones en la festividad de Todos los Santos* III, 2, en *Obras completas* IV (BAC, 1986) 541.

te, vivificado y vivificante. Entonces con dicha inefable le será de gozo lo que le fue una carga» 259.

174 *Experiencia y teología del Misterio*

1. Alma, medita cuál será entonces tu gloria, cuando es­tés vestida con una estola nueva y espléndida, adornada de toda clase de piedras preciosas (Eclo 50,9), es decir, con el cuerpo glorificado, en el que brillarán tantas piedras preciosí­simas como ahora virtudes hay en el alma. ¿Quién será capaz de referir tanto gozo, gloria tan estupenda, tan incomprensi­ble alabanza por haber dominado tan virilmente el propio cuerpo con el escudo de la castidad y de la continencia; por ha­ber vencido poderosamente al mundo, huyendo de él y despre­ciándolo; por haber hecho huir prudentemente al diablo com­batiéndolo con resistencia; por haber resistido con tanta ener­gía todos los pensamientos, los sentimientos y cada uno de los impulsos desordenados? Observa, si puedes, cuánta alabanza recibirás de aquellos a quienes con tus palabras y ejemplo hi­ciste ser mejores. Y ¿qué más? Tendrás una especial y eterna ovación por cada uno de los pensamientos, palabras y actos virtuosos.

E) **El gozo de los bienaventurados por la presencia del
Sumo Bien en las tres facultades del alma**

1. Te aconsejo, alma, ahora que estás movida, excitada y dispuesta con todas estas cosas, que te vuelvas hacia tu Creador y adviertas, considerando diligentemente, el gozo tan grande que de él reciben los espíritus bienaventurados, «cuán deleita­ble es aquel bien que contiene en sí el deleite de todos los bie­nes, no como lo experimentamos en las cosas creadas, sino tan diferente como se diferencian el Creador y la criatura. El que gozara de este bien tendrá todo lo que querrá, y lo que no quie‑

259 SAN AGUSTÍN, *XII Del Génesis a la letra,* 35, 68, en *Obras completas* XV (BAC, 21969) 1263ss.

260 SAN ANSELMO, *Proslogio,* 24-25, en *Obras completas* I (BAC, 1952) 399: «En cuán alto grado debe serlo éste, puesto que en él se encuentra todo lo que es agra­dable en los otros bienes, y no en la proporción que existe en las cosas creadas, se­gún lo que vimos, sino en el mismo grado que el Creador se diferencia de la criatu­ra. iQuién gozara de este bien! ¿Qué poseerá y que no poseerá?».

ra, no será», dice san Anselmo 260. «La vida bienaventurada es más fácil de conseguir que de describir: se prolonga sin término, **se** usa sin cansarse, alimenta sin comida, en los antiguos y perpetuos goces encuentra deleite siempre nuevo, una felicidad continua sin temor a perderla» 261, en la que «se aleje de la razón el error, de la voluntad el sufrimiento, de la memoria todo temor, y les revele todo lo que esperamos: una maravillosa serenidad, una dulzura absoluta, una seguridad eterna», dice Benardo 262.

24. Alma, ¿cuánto crees que se alegran y gozan los que asiduamente, contemplando en aquel espejo de eternidad, observan las cosas pasadas, presentes y futuras, que atañen a la eter**na** bienaventuranza? Dice san Agustín: «Cuando lleguemos a **esa** suprema luz del *Padre de las luces* (Sant 1,17), entenderemos **todo** lo que puede existir en las criaturas» 263. Y san Anselmo: «Entonces los justos conocerán todas las cosas que Dios hizo para conocer» 264. Pues «¿qué hay los que no puedan saber los ql contemplan al omnisciente?» 265.

Dice san Fulgencio: «Como a través del espejo vemos un tri**ple** objeto, es decir, nosotros mismos, el propio espejo y cuanto hay presente, del mismo modo en el espejo de la divina claridad conoceremos al propio Dios, a nosotros mismos y a todas las criaturas» 266. Alma, puesto que naturalmente deseas saber 267 trata de mirarte en este espejo, desea estudiar y leer en él, por**que** haberlo visto una vez significa conocerlo todo. Allí se verá y **se** tendrá por necia toda la ciencia de Platón, la filosofía de Aristóteles, la astronomía de Ptolomeo, pues la verdad que aprendemos con sus enseñanzas es mínima parte de todo lo que igno-

261 CESÁREO DE ARLES, *Homil. 9* (PL 67, 1067).

262 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar, 11,* 6, en *Obras completas* V (BAC. 1987) 177.

263 SAN AGUSTÍN (Ps), *De mirabilibus sacrae Scripturae, 1,* 7 (PL 35, 2159).

264 EADMERO, *De similitudinibus,* 59 (PL 159, 635).

265 SAN GREGORIO, *IV Dialog.* 33 (PL 77, 376); ID., *II Moralia,* 3, 3 (PL 75, 556) *y II Homilías sobre los Evangelios,* 34, 14, en *Obras* (BAC, 1958) 720: «¿Quién no tiene ciencia allí donde todos juntos ven a Dios, fuente de la ciencia?».

266 Esta sentencia no pertenece en realidad a san Fulgencio, sino a la obra, atribuida a san Agustín, *De triplici habitaculo,* 6 (PL 40, 996).

267 ARISTÓTELES, *Metafisica, 1, 1,* en *Obras* (Madrid 21973) 909: «Todo hombre, **por** naturaleza, apetece saber».

ramos. *Entonces al verlo te pondrás radiante, se estremecerá y se ensan­chará tu corazón* (Is 60,5).

1. EL ALMA. ¿Y que veré?

EL HOMBRE. El Rey del cielo en su belleza (Is 33,17). Porque dice Beda: «El esplendor de la gloria es de tal belleza y de tanta suavidad que ni los ángeles, incomparablemente más lumino­sos que el sol, podrían saciarse» 268. Entonces abundarás de gozo con la estupenda visión de la claridad divina, te maravilla­rás en la deliciosa consideración de ti mismo, te ensancharás con el perfecto conocimiento de todas las criaturas. ¡Oh con­templación encantadora y admirable! ¡Oh consideración deli­ciosa y deleitable! ¡Oh especulación gozosa e inefable! Pues que dignamente se ha dicho de ti, Señor Dios mío: Vale más un día en tus atrios que mil en mis mansiones (Sal 83,11); porque mil años a tus ojos son como un ayer, que pasó (Sal 89,4); y según san Agustín: «Tal es la hermosura de la justicia, tal el encanto de la luz eter­na, es decir, de la inmutable verdad y sabiduría, que aunque no nos fuera permitido gozar de ella más que un solo día, a cambio de ese solo gozo haríamos muy bien en despreciar innumerables años de esta vida plena de delicias y abundante en toda clase de bienes temporales» 269. Es tan bella y suave que, una vez cono­cida, no se siente jamás gozo con otra realidad; ella supera toda suavidad y aventaja todo deseo.

1. EL ALMA. ¿Existe alguna otra cosa cuya visión deleite, cuya contemplación alegre?

EL HOMBRE. Alma, estas realidades bastarían por sí mis­mas, aunque no hubiese otras. Pero hay además una —para no hablar de la gozosa visión de tantas otras cosas innumera­bles—, que maravillosamente alegra la mente de todos los es­píritus y de modo admirable embriaga de no sé qué inestima­ble gozo toda beata criatura: es la visión de la deífica claridad de la Reina del cielo y la humanidad glorificada de su bendito Hijo. ¡Quién pudiera siquiera imaginar, alma, el gozo que pro-

268 BEDA EL VENERABLE, III Homil. subdititiae, I, hom. 70 (PL 94, 450s). Cf. SAN AGUSTÍN (Ps), De cognitione verae vitae, VIII (PL 40, 1011s).

269 SAN AGUSTÍN, *III El libre albedrío,* XXV, *77,* en *Obras completas* III (BAC, 5 1 983 ) 431.

duce contemplar esta Madre de misericordia, Reina de piedad y de clemencia, no ya agachada al lado del Niño que lloraba en el pesebre (Lc 2,7), sino a la que todos los coros de ángeles sirven como Señora; no ya como la que anda llorosa de acá para allá buscando al hijo, como cuando perdió por tres días al in­fante querido (Lc 2,43ss), sino mientras lo contempla ahora con gozo sempiterno; no ya turbada huyendo con él de la mi­rada de Herodes a Egipto (Mt 2,13ss), porque él ascendió al cielo y Herodes bajó al infierno; no ya afligida por las muchas cosas que los judíos hicieron a su Hijo, pues *ha sometido todas las cosas a sus pies* (1 Cor 15,27); ni llorando, lamentándose y clamando: *¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, hijo mío* (2 Sam 19,1), cuando estaba junto a su Hijo unigénito que moría pendiente del patíbulo de la cruz (Jn 19,25), ni tampoco lamentándose lacrimosamente cuando «entrega al siervo en sus­titución del Señor, al discípulo en lugar del Maestro» 270, casi un extraño en lugar de su unigénito y dulcísimo Maestro, sino ver a aquella que por nosotros estuvo una vez afligida y llena de dolor, exaltada ahora sobre los coros de los ángeles y sobre todas las criaturas, reinando con Cristo, su Hijo, en el palacio de la Trinidad!

27. Oh alma, lleva tu mente devota a contemplar qué lleno de suavidad es el gozo de ver al Hombre Creador del hombre, a *la* mujer Madre del Creador; a Jesús nuestro hermano, en otro tiempo perdido, desechado, despreciado, pero reencontrado, regresado, reinante e imperante ahora sobre todos. *¡Ah, si fueras hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre! Al encontrarte fuera, podría besarte,* con labios de devoción, con abrazos de amor, *sin que nadie me desprecie* (Cant 8,1), cuando te introdujese en el aposento con la dulzura de tan suave fruición! Esta visión deseaba el devoto Anselmo en las *Meditaciones,* al decir: «Oh dulcísimo Niño, ¿cuándo te veré, cuándo apareceré finalmente ante ti, cuándo me saciaré de tu hermosura, cuándo veré tu ros­tro deseable *que los ángeles desean contemplar (1* Pe 1,12)? !Infeliz

270 SAN BERNARDO, *Sermón en el Domingo de la octava de la Asunción,* 15, en *Obras completas* IV (BAC, 1986) 415. Cf. SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 2, en *Obras completas* II (BAC, 1953) 295.

el alma que no te ama y no te busca! ¡Infeliz el alma que, amando el mundo, sirve al pecado, que nunca está tranquila ni segur­a! Haz, te ruego, que nada me agrade sin ti, que nada me con­suele, que nada hermoso me guste fuera de ti. Todo me sea des­preciable sin ti; lo que te es adverso me resulte molesto y tu beneplácito sea mi más invariable deseo. Me sea insufrible go­zar sin ti y me resulte delicioso gozar contigo y llorar contigo. Oh buen Jesús, si ya me es dulce llorar por ti, ¿cuánto más será gozar de ti?», dice Anselmo 271.

EL ALMA. Hombre, languidezco de amor por ver ya al Se­ñor Dios mi Creador, desfallezco por el ardor de ver a Jesús mi hermano y redentor. Gimo de dolor al tratar de contemplar la Virgen Madre. «Oh, ¿cuándo veré en mi alegría aquel que yo deseo? *Quedaré saciado cuando aparezca tu gloria* (Sal 16,15), de a que tengo hambre. ¿Cuándo seré embriagado *con la abun­dancia de tu casa* (Sal 35,9), tras la cual suspiro? ¿Cuándo beberé en el torrente de tu placer, del que tengo sed?» 272. Pesado me resulta ya ver toda criatura, porque le aventaja incompara­blemente la hermosura de aquel que es causa primera de todas las cosas.

EL HOMBRE. Alma, espera con paciencia, para que crezca tu deseo, porque está escrito: *Dentro de poco ya no me veréis, y dentro le poco me volveréis a ver* (Jn 16,16).

EL ALMA. «¡Qué poco tan largo! Demasiado largo. Es muy poco tiempo para merecer y muy largo cuando se desea» 273.

EL HOMBRE. Alma, si tan largos y grandes te parecen tus deseos en que ardes por contemplar la claridad eterna, ¿cuán­to más ardiente, piensa, no ha de ser el deseo de amar perfecta­mente la eterna Bondad y poseer eternamente la suma Majestad? No amando en grado sumo, ¿cómo gozarías de la visión?

Y si vieras y amaras sumamente, pero sin poseer con certeza,

271 SAN ANSELMO, *Oratio,* 19, *y Meditatio,* 14, 3 (PL 158, 902 *y* 781); fragmentos reunidos en: SAN BERNARDO (Ps), *Lamentatio in Passionem Christi,* 3 (PL 184, 770).

272 Cf. Sal 35,9. SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones,* 2, en *Obras completas* II (BAC, 1953) 299.

273 SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar* 74, 4, en *Obras completas* V (BAC, 1987) 929.

¿como continuarías siendo bienaventurada? «Allí descansare­mos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabare­mos». «El será el fin de nuestros deseos, y será visto sin fin,

 amado sin hastío y alabado sin cansancio» 274. Escucha lo que de los predichos goces celestiales dice el devoto san Anselmo al final de su *Proslogio* y considera «en cuán alto grado debe serlo éste, puesto que en él se encuentra todo lo que es agradable en los otros bienes, y no en la proporción que existe en las cosas creadas, según lo que vimos, sino en el mismo grado que el Creador se diferencia de la criatura. Si la vida creada es buena, ¡cuánto más lo será la vida creadora! Si la conservación de la vida ha sido hecha agradable, ¡cuánto más lo será la vida que conserva a los otros! Si la sabiduría es amable en el conoci­miento de las obras, ¡cuánto más amable será la sabiduría que ha sacado todo de la nada!» 275. «¿Por qué das vueltas enton­ces en medio de tantas cosas distintas, buscando el bien para tu alma y para tu cuerpo? Ama el único bien, aquel en el que están los demás bienes, y eso basta. Si es la belleza la que os encanta, *los justos brillarán como el sol* (Mt 13,43). Si os compla­céis en el valor o en una libertad del cuerpo que ningún obs­táculo pueda detener, *serán como los ángeles* (Lc 20,36). Si que­réis una vida larga, llena de salud, allí la eternidad será sin en­fermedad y la salud eterna, porque *los justos vivirán eternamente* (Sab 5,15); si queréis ser saciados, *serán saciados con la gloria del Señor* (Sal 16,17) *y se saciarán de los bienes de tu casa* (Sal 35,9). Si la música os atrae, allí los coros de los ángeles cantan si fin delante de Dios. Si es la amistad, si es concordia, no tendrán todos más que una voluntad, que será la de Dios. Si los hono­res y riquezas despiertan vuestros deseos, Dios establecerá so­bre numerosos tesoros a sus servidores buenos y fieles (Mt 25,21). Si deseáis una verdadera seguridad, dónde podría exis­tir mayor puesto que los justos tendrán la certidumbre de que estos bienes, o más bien este Bien supremo, no les faltará: *ha-*

274 SAN AGUSTÍN, *XXII La Ciudad de Dios,* 30, 5 *y* 1, en *Obras completas* XVII (BAC, 41988) 1722 y 1718.

275 SAN ANSELMO, *Proslogio,* 24, en *Obras completas* I (BAC, 1952) 399. Cf. F. S. SCHMIT-T, *S. Anselmi Cantauriensis Archiepiscopi Opera Omnia* I (Stuttgart, 1968), 118,

*cienda y riqueza en su casa* (Sal 111,3)... ¡0h cuán grande debe ser la alegría, allí donde se encuentra tan gran bien! Corazón del hombre, lleno de necesidades y probado por tantos males que te oprimen, ¿cómo no habrás de alegrarte si poseyeses es­os bienes en abundancia? Sondea los repliegues más ocultos le tu alma. ¿Podría ésta contener la alegría de tan gran dicha?... Por consiguiente, si el corazón del hombre apenas pue­de bastar para su dicha particular, ¿cómo será capaz de conte­ner tantas y tan grandes alegrías? Y puesto que cuanto más se ama a uno más se complace en su dicha, ¡como en esta felici­dad completa cada uno amará a Dios sin comparación más que a sí mismo y a los otros sin medida, del mismo modo se alegrará sin medida de la felicidad de Dios, más que de la suya y de la de los otros juntos! Pero si ama a Dios *con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente* (Mt 22,37), de modo, sin em­bargo, que todo su corazón, todo su espíritu, toda su alma no puedan bastar a la grandeza de este amor, está fuera de duda que todo su corazón, todo su espíritu y toda su alma se llena­rán de una alegría tal, que no bastarán a la plenitud de esta di- :ha... Esta alegría de que ciertamente gozarán tus elegidos, *ni !a ha visto el ojo, ni el oído la ha escuchado, ni entró jamás en el cora­zón del hombre* (Is 6,6; 1 Cor 2,9). Yo te suplico, Señor, ¡haz que te conozca y que te ame, a fin de que encuentre en ti toda mi alegría! Y si en este mundo no puedo alcanzar la plenitud de la dicha, que al menos crezca en mí cada día hasta ese momento deseado. Que en esta vida cada instante me eleve más y más al conocimiento de ti mismo y en la vida futura ese conocimien­to sea perfecto; que aquí mi amor aumente, que allí alcance su plenitud; que aquí mi alegría en esperanza sea cada vez mayor; que allí sea completa en realidad. Señor, tú nos ordenas, nos aconsejas por tu Hijo, que pidamos, y nos prometes que recibi­remos, a fin de que nuestro gozo sea perfecto. Yo te lo pido, Señor, como nos lo aconsejas, por boca del Maestro admirable que nos has dado: haz que reciba, como lo prometes por tu verdad, a fin de que mi *gozo sea pleno* (Jn 16,24)... Y ahora, en medio de estos deseos y favores, que sea éste el objeto de más meditaciones de mi alma y de las palabras de mi lengua. Que

*Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos* 181

sea eso lo que ame mi corazón, lo que hable mi boca. Que mi alma tenga hambre de esa felicidad; que mi cuerpo tenga sed; que mi sustancia entera la desee, hasta que entre en el gozo de mi Señor (Mt 25,21), que es Dios trino y uno, bendito por los siglos (Rom 1,25). Amén» 276.

276 SAN ANSELMO, *Proslogio,* 25-26, en *Obras completas* I (BAC, 1952) 399ss.